

LOS VERANEROS

DE: MAXIMO GORKI

PERSONAJES

BASOV, SERGIO VASILIEVICH	abogado, sobre los cuarenta años.
BARBARA MIJAILOVNA	su esposa, veintisiete años.
CALERIA	hermana de Basov, veintinueve años.
VLAS	hermano de Bárbara, veinticinco años.
SUSLOV, Pedro Ivanovich	ingeniero, cuarenta y dos años.
JULIA FILIPOVNA	su esposa, treinta años.
DUDAKOV, Ciril Akimovich	médico, cuarenta años.
OLGA ALEXEIEVNA, su esposa	treinta y cinco años.
SCHALIMOV, Jacob Petrovich	escritor, unos cuarenta años.
RIUMIN, Pablo Sergeievich	treinta y dos años.
MARIA LVOVNA	médico, treinta y siete años.
SONIA	su hija, dieciocho años.
DVOIETOCHIE, Siméon Semeonovich,	tío de Suslov, cincuenta y cinco años.
ZAMYSLOV, Nicolás Petrovich	ayudante de Basov, veintiocho años.
ZIMINE	estudiante, veintitrés años.
PUSTOBAYKA	sereno, cincuenta años.
KROPILKINE	SERENO.
SACHA	criada de los Basov.
UNA MUJER CON LA MEJILLA CUBIERTA POR UN PAÑUELO	
EL SEÑOR SIMEONOV.	
UNA SEÑORA VESTIDA DE AMAPILLO.	
UN JOVEN CON UNA CHAQUETA A CUADROS.	
UNA SEÑORITA DE AZUL.	
UNA SEÑORITA DE ROSA.	
UN CADETE.	
UN SEÑOR CON SOMBRERO DE COPA	

AFICIONADOS

AL

APTE

DRAMATICO

ACTO PRIMERO

(La casa de campo de los BASOV. Una gran habitación sirve de comedor y de salón. En el fondo, a la izquierda, una puerta comunica con el despacho de BASOV: a la derecha, otra puerta comunica con la habitación de su mujer. Entre las dos habitaciones hay un pasillo cuya entrada está tapada por una cortina oscura. A la derecha hay una ventana y una amplia puerta que da a la terraza; a la izquierda, dos ventanas. En medio de la habitación, una gran mesa de comedor; frente a la puerta del despacho, un piano de cola. Muebles de mimbre; cerca de la entrada del pasillo un gran diván cubierto por una funda gris.)

Atardecer. BASOV trabaja en su despacho; ante él, brilla una lámpara con una pantalla verde. Está sentado de perfil; de cuando en cuando mueve la cabeza, mira hacia la habitación grande, en semipenumbra, y canturrea. BARBARA MIJAILOVNA sale sin ruido de su cuarto, enciende una cerilla, la mantiene a la altura de su cara y mira a su alrededor. La cerilla se apaga. Al avanzar, silenciosamente, hacia la ventana, BARBARA tropieza con una silla.)

BASOV: ¿Quién es?  
 BARBARA: Soy yo.  
 BASOV: Ah...  
 BARBARA: ¿Tienes una vela?  
 BASOV: No.  
 BARBARA: ¿Quieres llamar a Sacha?  
 BASOV: ¿Ha llegado Vlas?  
 BARBARA: (DESDE LA PUERTA QUE DA A LA TERRAZA.) No lo sé...  
 BASOV: Este casa es absurda. Han instalado timbres eléctricos, pero los tabiques están llenos de grietas y el piso cruje... (CANTURREA UNA MELODIA ALEGRE.) ¿Estás ahí, Varía?  
 BARBARA: Claro...  
 BASOV: (ORDENANDO SUS PAPELES.) ¿Hay corrientes de aire en tu habitación?

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI  
 JOSE FRANCISCO ALEZ  
 FACULTAD DE CIENCIAS  
 UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
 RECINTO DE RIO PIEDRAS

13 NOV 58

Revisado August con Anthony Hopkins

1180538

DM DU C-1



BARBARA: Ya lo creo. Sopla por todas partes.

BASOV: Lo ves.

(ENTRA SACHA.)

BARBARA: Tráiganos una lámpara, Sacha.

BASOV: ¿Ha llegado Vlas Mijailovich?

SACHA: No, señor. Aún no.

(Sale SACHA y vuelve en seguida con la lámpara encendida que coloca sobre la mesa. Limpia el cenicero y arregla el mantel de la mesa. BARBARA baja las persianas, coge un libro de una estantería y se acomoda en un sillón.)

BASOV: (Con benevolencia). Nuestro Vlas se ha hecho muy informal... y perezoso... Ultimamente se comporta de una manera absurda... Es un hecho...

BARBARA: ¿Quieres té?

BASOV: No. Voy a casa de los Suslov.

BARBARA: Sacha, ¿quieres ir a casa de Olga Alexeievna y preguntarle si quiere tomar el té conmigo?

(Sale SACHA.)

BASOV: (Guardando los papeles en la mesa de trabajo.) Bueno, por hoy se acabó. (Sale del despacho y se estira). Tú, Varia, deberías decírselo, amablemente, desde luego.

BARBARA: ¿Decir qué...?

BASOV: Que haría bien en tomar un poco más en serio su trabajo, ¿No?

BARBARA: De acuerdo. Unicamente creo que es una equivocación hablar de él en ese tono... en presencia de ~~Staba~~ Sacha.

BASOV: (Recorriendo la habitación con la mirada). -¡Qué más da! De todas maneras es imposible ocultar algo a los criados... ¡Qué vacío está esto! Habría que tapar con algo esas paredes desnudas..., algunos adornos..., cuadros..., algo así. Es un ambiente muy poco acogedor. Bueno, hasta luego. Dame la patita... Qué fría estás conmigo, y qué silenciosa... ¿Por qué? Pareces aburrida. ¿Dime por qué?

BARBARA: Creía que tenías prisa.

BASOV: Sí, tengo que ir a casa de Suslov. Hace mucho que no jugamos al ajedrez.. y que no beso tu ~~patita~~ <sup>mano</sup>..., ¿por qué? ¡Es muy raro!

BARBARA: (Disimulando una sonrisa.) Hablaremos de mi humor en otro momento, cuando tengas menos prisa. No es importante, ¿verdad?

BASOV: Claro que no. Por qué había de serlo. Tu eres una mujer encantadora, espiritual, franca... etcétera, etcétera. Si tuvieras algo contra mí, lo hubieras dicho. ¿Pero por qué te brillan tanto los ojos? ¿No estarás enferma?

BARBARA: En absoluto.

BASOV: Sabes, querida Varia..., deberías ocuparte en algo. Lees continuamente..., demasiado. Y todos los excesos son perjudiciales. ¡Es un hecho!

BARBARA: No pierdas de vista ese hecho cuando bebas vino en casa de Suslov.

BASOV: (Riéndose.) Qué mala eres. Pero te aseguro que la literatura de hoy es más dañina que el vino. Esos libros producen el mismo efecto que los narcóticos... Quienes los escriben son siempre tipos con los nervios desquiciados. (Bosteza.) Pronto nos visitará un escritor..., uno "verdadero de veras", como dicen los niños..., tengo curiosidad por ver lo que ha sido de él...; estará muy engallado, sin duda...; todos estos hombres famosos revientan de vanidad...; están todos un poco ~~chaleados~~ <sup>chaleados</sup>... si que va a ser feliz cuando vea a Schalimov! Si al menos <sup>al menos</sup> pudiera casarse con él. Ya no es nada joven y sólo sabe gemir como si tuviera todo el tiempo dolor de muelas. Y su belleza... le puede calificar de escritora

BARBARA: Sergio, realmente deberías hablar menos.

BASOV: ¿Se veras? No importa, estamos solos... Si, me gusta charlar... (Se escucha la tos de alguien tras la cortina del pasillo.) ¿Quién hay ahí?



SUSLOV: (Detrás de la cortina.) Soy yo. . . .

BASOV: (Yendo a su encuentro). Me disponía a ir a tu casa.

SUSLOV: (Saluda a BARBARA en silencio). Venía a buscarte... ¿No has estado hoy en la ciudad?

BASOV: No. ¿Por qué?

SUSLOV: (Con una sonrisa torva). Se dice que tu ayudante ganó ayer en el club dos mil rublos...

BASOV: ¡Oh!

SUSLOV: Se los ganó a un vendedor muy borracho...

BARBARA: ¿Qué manera de hablar!

SUSLOV: ¿Por qué?

BARBARA: Usted subraya el hecho de que haya ganado dinero precisamente a un hombre borracho.

SUSLOV: (Con una sonrisita irónica). Yo no subrayo nada en absoluto.

BASOV: ¡Vamos! Si hubiera dicho que Zamyslov emborrachó al comerciante para sacarle el dinero, hubiera sido poco amable... ¿Nos vamos, Pedro?... Varia, cuando vuelva Vlas... ¡Ah! ¡Ahí está en persona!

VLAS: (Entrando con un viejo porta-folios en la mano).  
¿Se aburriría sin mí, querido patrón? Eso me halaga, (A SUSLOV, como si quisiera asustarlo.) Hay un hombre que le busca por todas partes; va a pie de una finca a otra y pregunta a todos por usted... (A su hermana.) ¡Hola, Varia!

BARBARA: ¡Hola!

SUSLOV: ¡Ah, diablos! Debe ser mi tío.

BASOV: Entonces, ¿es mal momento para ir a tu casa?

SUSLOV: Ni hablar. ¿Crees que me interesa un tío al que conozco a penas y a quien no he vuelto a ver desde hace diez años?

BASOV: (A Vlas) Ven conmigo un momento.  
(Se lo lleva al despacho.)

SUSLOV: (Encendiendo un cigarrillo.) ¿Y usted no quiere venir a casa?

BARBARA: No... ¿Es pobre su tío?

SUSLOV: Al contrario. Es muy rico. ¿Sin duda usted piensa que sólo me fastidian los parientes pobres?

BARBARA: (Tosiendo con aire irritado). En cuanto a su Zamyslov, acabará por poner a Sergio en un compromiso. ¿Es un canalla! ¿No me cree?

BARBARA: (Tranquilamente.) No quiero hablar de él con usted.

SUSLOV: Bueno..., como quiera. (Una pausa.) Hace usted un poco de exhibicionismo con su rectitud. Tenga cuidado, el papel de un ser recto es el más difícil de todos... Para desempeñarlo con un poco de verosimilitud hace falta mucha inteligencia, carácter valor... ¿No se enfada conmigo?

BARBARA: No. Pero no sé discutir..., ni hablar bien.

SUSLOV: (Sorbrío). No se enfade conmigo. Me es difícil admitir la existencia de alguien que se atreva a ser él mismo.

SACHA: (Entrando.) Olga Alexeievna ha dicho que vendrá en seguida. ¿Preparo el té?

BARBARA: Sí, por favor.

SACHA: Ahí está el señor Zamyslov.  
(Sale.)

SUSLOV: (Acercándose a la puerta del despacho.) ¿Sergio, acabas pronto? Yo me voy.

BASOV: ¡En seguida!

ZAMYSLOV: (Entrando.) Mis respetos, querida patrona! ~~Buenos días~~, Pedro Ivanovich.  
*Buenos días*



Los verdugos

- SUSLOV: (Tosiendo). Buenos días... Se parece usted... a una mariposa..
- ZAMYSLOV:Q Soy un hombre de vida fácil. ¡Tengo ligeros la cabeza y el corazón y vacíos los bolsillos!
- SUSLOV: (Irónico y bastante brutal). De acuerdo en lo que se refiere a la cabeza y al corazón. En cuanto a sus bolsillos, se dice que ha limpiado a un buen hombre en el club.
- ZAMYSLOV: (Con suavidad). Debería decir: ha ganado en el juego. Limpiar a alguien eso sólo se dice de un tramposo.
- BARBARA: De usted siempre se cuentan cosas asombrosas. Al parecer, es el destino de las personas que no son vulgares.
- ZAMYSLOV: Yo mismo, de tanto escuchar esos chismes, empiezo a creerme un tipo extraordinario. Pero, desgraciadamente, no he ganado gran cosa: únicamente cuarenta y dos rublos.
- (Suslov va tosiendo hacia la izquierda y se para ante una ventana).
- BASOV: (Saliendo de su despacho). Nada más que eso. Y yo que ya estaba pensando en el champán... Bueno, ¿qué hay de nuevo? Tengo prisa.
- ZAMYSLOV: ¿Se va? No importa, yo puedo esperar. Bárbara Mijailovna, ¡qué lástima que no haya asistido al espectáculo! Julia Filipovna, interpretó su papel de una manera asombrosa..., ¡maravillosamente!
- BARBARA: Me gusta mucho en escena.
- ZAMYSLOV: (Con entusiasmo.) Tiene un gran talento. ¡Qué me corten la cabeza si me equivoco!
- SUSLOV: (Con una leve sonrisa). ¿Y si tenemos que cortársela? Le será muy incómodo andar por ahí sin cabeza... Bueno, ¡vamos, Sergio!... Hasta la vista, Bárbara Mijailovna... (Se despide de Zamyslov.)
- BASOV: (Echando un vistazo hacia el despacho donde Vlas se ocupa en ordenar los papeles). ¿Entonces, mañana por la mañana, a las nueve, estará copiado todo eso? ¿Puedo contar con ello?
- VLAS: Cuento, cuento... Y que mi insomnio le perdone, querido patrón... (Se van Suslov y Basov.)
- 
- ZAMYSLOV: Yo también me voy. Su mano, señora...
- BARBARA: ¿No quiere tomar el té con nosotros?
- ZAMYSLOV: Volveré, con su permiso. Pero ahora tengo que irme. (Se va rápidamente.)
- VLAS: (Saliendo del despacho). ¡Varia! ¿No hay manera de tomar té en esta casa?
- BARBARA: Llama a Sacha. (Cogiendo por los hombros). ¿Por qué tienes un aspecto tan crispado?
- VLAS: (Apoyando su mejilla en la mano de su hermana.) Estoy cansado. De diez a tres en el Juzgado, De tres a siete haciendo recados por por la ciudad... No he tenido tiempo ni para cenar.
- BARBARA: ¡Secretario de un abogado! Es poco para ti, Vlas...
- VLAS: (Bromeando). Hay que subir, alcanzar las alturas, ya lo sé... Pero mira, Varia, fíjate, por ejemplo, en un deshollinador en el tejado: realmente subido más arriba que nadie... Pero ¿es superior a sí mismo?
- VARIA: No digas tonterías. ¿Por qué no te buscas otro trabajo más útil, más importante?
- VLAS: (Indignado cómicamente). ¿Cómo, señora? Participo, indirectamente, es cierto, pero con todas mis fuerzas, en la defensa de los sagrados derechos de la propiedad, ¿y llama a mi esfuerzo trabajo inútil? ¡Es una forma bien extraña de pensar!
- BARBARA: ¿No quieres hablar en serio? *Me paro*
- (Entra Sacha.)
- VLAS: (A Sacha). Mi pequeña Sacha. Sea amable conmigo y deme té con algo para comer.
- SACHA: ¡En seguida! ¿Quiere usted chuletas?
- VLAS: Chuletas y todo lo que pueda encontrar. ¡Espero!



- (Sale Sacha.)  
VLAS: (Todea la cintura de su hermana con el brazo y ambos pasean).  
¿Y a tí qué te ocurre, Varia?
- BARBARA: ¡Estoy triste, pi pequeño Vlas! Sabes..., a veces..., sin pensar en nada concreto, me siento de repente como prisionera. Todo aquí me parece ajeno..., secretamente hostil e inútil. Sin salida... y tú eres como los otros: bromeas, haces el payaso...
- VLAS: (Adoptando una actitud cómica.)  
No me regañes por favor  
por mis bromas tan frecuentes.  
En ellas escondo mi dolor  
a tus ojos clarividentes.  
Son versos míos, muy superiores a los de Caleria... Pero no te los voy a recitar completos: tienen cinco metros de longitud. ¡Querida hermana! Te gustaría que fuera serio. Al que no tiene más que un ojo le gustaría que todos los demás fueran tuertos.  
(Entra SACHA con el servicio del té, que coloca sobre la mesa. Se oye la matraca del sereno).
- BARBARA: ¡Basta, Vlas!— ¿Por qué hablas si no dices nada?
- VLAS: "Está bien-dijo él-, y se calló tristemente." ¡No eres muy generosa, hermanita! Estoy callado mañana y tarde, mientras copio montones de denuncias y querellas..., es normal que tenga ganas de charlar por la noche.
- BARBARA: Y a mí me gustaría irme a otra parte; a donde vivan hombres sencillos y sanos, donde se hable otro idioma y se haga un trabajo serio, importante, útil para todos... ¿Me entiendes?
- VLAS: (Pensativo). Sí... te entiendo... Sólo que no te irás nunca...
- BARBARA: ¿Quién sabe. (Pausa. SACHA trae el samovar.) Son vacíos, aburridos, sin garra...
- BARBARA: Una vez le vi en una velada...; entonces yo era sólo una colegiala...; lo recuerdo en el estrado..., un hombre fuerte y duro..., con su cabellera espesa, indomable, y una expresión franca y audaz, con el aspecto de quien sabe lo que ama y lo que odia..., de quien conoce su fuerza... ¡Yo lo miraba llena de alegría al comprobar que existen hombres así!... Era magnífico... Le veo sacudir la cabeza con energía..., sus mechones morenos le caían sobre la frente... Recuerdo sus ojos inspirados..., de esto hace ya siete años,,, no, ocho.
- VLAS: Sueñas con él como una pensionista sueña con su nuevo profesor. ¡Ten cuidado, pequeña! Se dice que los escritores son seductores muy peligrosos.
- BARBARA: ¿Por qué dices cosas tan vulgares, Vlas?
- VLAS: (Sencilla y sinceramente). ¡No te ofendas, Varia!
- BARBARA: Entiéndeme...; lo espero... como se espera a la primavera. No soy feliz...
- VLAS: Te comprendo..., yo tampoco...; <sup>soy feliz</sup> me da vergüenza vivir así..., y me pregunto lo que me espera en el futuro.
- BARBARA: ¡Ah, sí Vlas, sí! Pero entonces, ¿por qué?
- VLAS: ¿Por qué hago el payaso? No me gusta que los demás me crean desgraciado.
- CALERIA: (Entrando). ¡Qué maravillosa noche! ¡Y ustedes se quedan aquí con este olor a humo!
- VLAS: (Sacudiéndose). ¡Mis respetos, Abstracción Vasiliievna!
- CALERIA: El bosque está tan tranquilo, tan soñador... ¡Qué hermoso! La luna es suave... las sombras son espesas y tibias... Nunca el día es tan hermoso como la noche...
- VLAS: (Imitándola). ¡Oh, sí! Las ancianitas son siempre más alegres que las muchachas, y los cangrejos vuelan más de prisa que las golondrinas...
- CALEPIA: (Sentándose a la mesa.) ¡Usted no entiende nada! Dame té. Varia... ¿No ha venido nadie a su casa?
- VLAS: No puede haber venido nadie, porque nadie no existe.



- CALERIA: Por favor, déjame en paz.  
(Vlas la saluda en silencio y pasa a su despacho, donde ordena los papeles de la mesa. Se escuchan lejanas la matraca del sereno y silbidos apagados.)
- BARBARA: Ha venido Julia Filipovna para hablar contigo...
- CALERIA: ¿Conmigo? Ah, sí..., para lo del espectáculo...
- BARBARA: ¿Has paseado por el bosque?
- CALERIA: Sí..., y he encontrado a Riumin..., que me ha hablado de tí.
- BARBARA: ¿Y qué decía?
- CALERIA: Tú ya lo sabes.  
(Pausa. Vlas canturrea suavemente con voz ronca.)
- BARBARA: (Suspirando) Es muy triste.
- CALERIA: ¿Para él?
- BARBARA: Un día me dijo que amar a una mujer es el deber trágico del hombre.
- CALERIA: No siempre le has tratado de esta manera.
- BARBARA: ¿Me lo reprochas?
- CALERIA: ¡Oh, no, Varía!
- BARBARA: Al principio trataba de disipar su melancolía..., y me ocupé mucho de él. Pero pronto vi adónde iba a parar esto... Y entonces se fue.
- CALERIA: ¿Habéis tenido una explicación?
- BARBARA: Ni una sola palabra..., ni yo, ni él.  
(Pausa.)
- CALERIA: Su amor debe ser tibio..., sin fuerza y sin alegría..., sólo palabras poéticas. Y un amor sin alegría es una ofensa para una mujer. ¿No te has dado cuenta de que tiene joroba?
- BARBARA: (Extrañada.) No, nunca... ¡Te equivocas!
- CALERIA: Su alma carece de armonía. Y cuando yo descubro una malformación así, me parece tan físicamente como moral.
- VLAS: (Saliendo del despacho y blandiendo con aire melancólico un montón de papeles.) Teniendo en cuenta la abundancia de estas denuncias, tengo el honor de hacerle saber, querida patrona, que ni aun con la mejor voluntad del mundo seré capaz de terminar el desagradable trabajo que se me ha encargado.
- BARBARA: Te ayudaré en seguida. Ven a tomar el té.
- VLAS: ¡Oh, hermana mía! ¡Realmente eres una hermana! Puedes estar orgullosa. Abstracción Vasilievna, aprenda en nosotros a amar al prójimo.
- CALERIA: ¿Sabe usted que es jorobado?
- VLAS: ¿En qué sentido?
- CALERIA: Su alma está tullida.
- VLAS: Espero que esto no perjudique a mi físico.
- CALERIA: La grosería es una verdadera aberración, una especie de joroba. Los imbéciles son como cojos...
- VLAS: (Imitándola.) Y los cojos son como sus aforismos...
- CALERIA: Los hombres vulgares me parecen como marcados por la viruela y son casi siempre rubios...
- VLAS: A diferencia de los morenos que se casan jóvenes, y los metafísicos, que son sordos y ciegos... ¡Desgraciadamente no son mudos!
- CALERIA: ¡Qué agudo! En primer lugar, ¿qué sabe usted de metafísica?
- VLAS: Sí, la conozco. El tabaco y la metafísica son muy gustados por los aficionados. Yo no soy fumador y no sé nada del daño que causa el tabaco; pero a los metafísicos los he leído; producen mareo y náuseas...



ZAMYSLOV: (Entrando). Trataba de pervertir a la juventud... Sonia y Zimine querían convencernos de que estamos en la vida para re-  
me insultan.

JULIA FILIPOVNA: Caleria Vasilievna... ¡Hágale callar!

ZAMYSLOV: Caleria Vasilievna, usted ama la belleza... ¿Por qué no me ama a mí? ¡Es una terrible contradicción!

CALERIA: (Sonriendo). Es usted tan ruidoso..., tan cosquilleante...

ZAMYSLOV: ¡Hum!... Por otra parte, no se trata de eso... Esta hermosa dama y yo...

JULIA FILIPOVNA: ¡Cállese! Hemos venido...

ZAMYSLOV: (Saludando). ¡... a su casa!

JULIA FILIPOVNA: ... PARA...

ZAMYSLOV: (Saludando con una inclinación aún más profunda). Pedirla...

JULIA FILIPOVNA: ¡Basta! Vamos a su encantadora habitación..., ¡que tanto me gusta!

ZAMYSLOV: ¡Vamos! Aquí no paran de molestarnos.

CALERIA: (Riendo.) ¡Vamos!

(Se dirigen hacia la entrada del pasillo y salen).

OLGA: ¡Qué alegre está siempre...! Sin embargo, yo sé que su vida no es muy grata... Con su marido...

BARBARA: (Secamente). Me parece, Olga, que ése no es asunto nuestro.

OLGA: ¿Acaso estoy hablando mal de ellos?

RIUMIN: Ultimamente los dramas familiares son muy frecuentes...

SONIA: (Asomando la cabeza desde la puerta). ¡Mamá! Me voy a dar una vuelta.

MARIA LVOVNA: ¿Otra vez?

SONIA: Sí, otra vez. Aquí hay demasiadas mujeres. Y entonces es demasiado aburrido...

MARIA LVOVNA: (Bromeando). ¡Cuidado, Sonia! Olvidas que tu madre también es una mujer...

SONIA: (Entrando rápidamente). ¡Mamá...! ¿No es posible? ¿Desde cuándo?

OLGA: ¿Qué dice!

BARBARA: ¡Ni siquiera nos ha dado los buenos días!

MARIA LVOVNA: ¡Sonia! ¡Te portas mal!

SONIA: (Bárbara). ¡Pero si ya nos hemos visto hoy! ¿No? Pero además no importa, la besaré encantada...; soy buena y generosa cuando esto me proporciona placer o, por lo menos, cuando no me cuesta nada.

MARIA LVOVNA: ¡Sonia! ¡Deja de decir tonterías y lárgate!

SONIA: ¿Qué les parece mi mamá! ¡De repente pretende ser una mujer! ¡Hace dieciocho años que la conozco y es la primera vez que se lo oigo! ¡Es muy significativo!

ZIMINE (Asomando la cabeza desde la puerta.) ¿Viene o no?

SONIA: Les presento a mi esclavo, *Zimine*

BARBARA: ¿Pero por qué no entra? ¡Pase, por favor!

SONIA: Es impresentable en sociedad.

ZIMINE: ¡Me ha arrancado una manga! ¡Eso es todo!

SONIA: ¡Eso es todo! ¡No le basta, todavía no está contento! Mamá, volveré a buscarte, ¿te parece? Mientras tanto voy a ver cómo Max me jura amor eterno...



ZIMINE: ¡Naturalmente! ¡No le quepa la menor duda!

SONIA: Veremos, jovenzuelo. ¡Adiós a todo el mundo! ¿Sigue ahí la luna?

ZIMINE: No me llame jovenzuelo. Permítame, Sonia. ¿Por qué da un empujón a un hombre que...?

SONIA: Que no es todavía un hombre... ¡Adelante!

(Sus voces y risas suenan todavía un largo rato).

RIUMIN: Tiene usted una hija encantadora, María Lvovna.

OLGA: Cuando era joven, yo era como ella...

BARBARA: Me encanta sobre todo su forma de relacionarse con usted. ¡Es hermoso!

MARIA LVOVNA: Sí, somos amigas.

OLGA: Amigas..., cómo se consigue?

MARIA LVOVNA: ¿Qué?

OLGA: La amistad de los hijos...

MARIA LVOVNA: Muy sencillamente: basta con ser franco con ellos, no ocultarles la verdad, no engañarlos.

RIUMIN: (Con una sonrisa irónica). Sin embargo, eso es bastante arriesgado. La verdad es brutal y fría y encubre el sutil veneno del escepticismo... Envenenaría a sus hijos si les descubriese bruscamente el rostro terrorífico de la verdad.

MARIA LVOVNA: ¿Preferiría usted envenenarlos progresivamente?

RIUMIN: (Nerviosamente y con vehemencia). ¡Perdone! ¡No he dicho eso! Estoy sencillamente contra esas... revelaciones, contra esos intentos absurdos e inútiles de arrancar el velo de poesía que disimula el lado tan a menudo feo y tosco de la vida. ¡Hay que embellecer la vida! Antes de arrancar las ropas viejas, hay que preparar otras nuevas.

MARIA LVOVNA: ¿De qué habla usted? ¡No le entiendo!

RIUMIN: ¡El hombre quiere ser engañado y está en su derecho! La vida... dice usted. ¿Qué es la vida? Me la represento como un monstruo informe e inmenso, que reclama sacrificios constantemente, que devora, día tras día, el cerebro y los músculos del hombre y bebe ávidamente su sangre. (El rostro de Bárbara, que escucha atentamente, refleja el asombro. Hace un gesto, como para detener a Riumin). Y todo ello, ¿para qué? La existencia no tiene para mí ningún sentido visible, pero yo sé que cuanto más se adentra el hombre en la vida más espectáculos sucios y tristes ve, más cosas innobles a su alrededor..., y tanta más sed de belleza, de claridad, de pureza siente. El hombre es incapaz de suprimir las contradicciones de la vida, incapaz de destruir el mal... ¡Déjenle, al menos, el derecho a no ver lo que ofende a su espíritu! ¡Déjenle, por lo menos, apartarse de lo que le aflige! El hombre sólo quiere olvido, reposo..., la paz lo que necesita!

(Al encontrar la mirada de Bárbara, Riumin tiembla y se detiene).

MARIA LVOVNA: (Con tranquilidad). ¿Su hombre está en quiebra? Lástima... ¿Y eso le da derecho al descanso? No es muy halagüeño para él.

RIUMIN: (A Bárbara). Perdóneme por haber gritado de esa manera. Veo que la he disgustado.

BARBARA: No ha sido su nerviosismo...

RIUMIN: ¿Qué, entonces?

BARBARA: (Lentamente, con mucha calma). Recuerdo que hace dos años usted hablaba de otra manera... ¡con la misma sinceridad y ardor

RIUMIN: (alterado). ¡El hombre evoluciona y su pensamiento también!

MARIA LVOVNA: Se arroja en todas direcciones, como un murciélago espantado, ese pequeño y oscuro pensamiento...

RIUMIN: (Siempre alterado). ¡Se eleva en espiral, pero no deja de ascender! ¿Cree usted que no soy sincero?



- CALERIA: ¡Viene gente del bosque! ¡Miren! Pablo Sergueievich hace señales con los brazos...
- BARBARA: ¿Quién más viene?
- CALERIA: María Lvovna..., Julia Filipovna..., Sonia, Zimine y Zamyálov.
- OLGA: (Colocándose el chal). ¡Y yo que estoy tan mal arreglada! Esa elegantona, la Suslova, se va a reír de mí... ¡No puedo ni ver!
- BARBARA: Vlas, ¿quieres llamar a Sacha?
- VLAS: ¡Me desvía usted de mis sagradas obligaciones, querida patrona! Dése por advertida.
- OLGA: Esa hermosa señora no se ocupa para nada de sus niños y, sin embargo, cosa rara, nunca están enfermos...
- MARIA LVOVNA: (Entrando por la puerta de la terraza). Me ha dicho su marido que no se encuentra usted bien. ¿Es cierto? ¿Qué le ocurre?
- BARBARA: Me alegro de verla, pero no me pasa nada. (Risas y ruido en la terraza).
- MARIA LVOVNA: Sin embargo, parece usted nerviosa... (A Olga Alexeievna). ¿También usted aquí? Hace mucho que no la veía...
- OLGA: ¡Cómo si fuera un placer ver a alguien tan amargado como yo!
- MARIA LVOVNA: ¿Usted qué sabe? ¿Y sus niños?
- JULIA FILIPVNA: (Entrando). ¡Traigo mucha gente! Pero no se asusten, nos iremos en seguida. ¿Qué tal, Olga Alexeievna? ¿Por qué no entran los hombres? Pablo Sergueievich y Zamyslov venían conmigo. ¿Puedo llamarlos?
- BARBARA: Por supuesto.
- JULIA FILIPOVNA: Venga, Caleria Vasilievna.
- MARIA LVOVNA: (A Vlas). Está más delgado. ¿Por qué?
- VLAS: ¿Cómo puedo saberlo?
- SACHA: (Entrando). ¿Caliente el samovar?
- BARBARA: Sí, por favor, lo antes posible.
- MARIA LVOVNA: (A Vlas.) ¿Por qué hace esos gestos...?
- VLAS: Es mi especialidad.
- MARIA LVOVNA: ¿Sigue intentando ser gracioso? ¿Siempre sin éxito? Querida Bárbara, su Pablo Sergueievich está cada vez más deprimido...
- BARBARA: ¿Desde cuándo es mío?
- (Entra Riumin, seguido por Julia Filipovna y Caleria. Vlas, ceñudo, se refira al despacho y cierra la puerta. Olga se lleva aparte a María Lvovna y le habla en voz baja señalando su pecho).
- RIUMIN: Perdona nuestra invasión nocturna.
- BARBARA: Me alegra ver gente...
- JULIA FILIPOVNA: La falta de formalidades es uno de los atractivos del veraneo... El y María Lvovna acaban de tener una discusión terrible.
- RIUMIN: No soy capaz de hablar con calma de cosas tan trascendentes. (Sacha trae el samovar, que ha vuelto a clacntar. Bárbara le da órdenes en voz baja y distribuye la vajilla. Riumin, de pie junto al piano, la mira fijamente.)
- JULIA FILIPOVNA: Su nerviosismo le impide ser más persuasivo. (A Bárbara). Su marido está bebiendo coñac con el mío y tengo el presentimiento de que se van a emborrachar como polacos. Mi marido ha recibido inesperadamente la visita de un tío que es algo así como comerciante en carnes o fabricante de mantequilla...; tiene el pelo gris, todo rizado, se ríe a carcajadas, hace ruido... ¡Un buen hombre, muy divertido! Y Nicolás Petrovich, mi prudente caballero, ¿dónde está?
- ZAMYSLOV: "Aquí, Inesilla, bajo su ventana..."
- JULIA FILIPOVNA: Venga usted aquí. ¿De qué hablaba?



MARIA LVOVNA:

¿Yo? ¡No! Veo que grita..., sinceramente, y aunque la histeria no sea un argumento para mí, me doy cuenta de que algo le ha dado mucho miedo y trata de escaparse de la vida... No es usted único, hay muchos timoratos.

RIUMIN:

Sí, hay muchos, porque los hombres sienten cada vez más intensamente, hasta qué punto es horrible su vida... Todo en ella está rigurosamente determinado..., y sólo el ser del hombre es azaroso, casual, irracional... y sin finalidad.

MARIA LVOVNA:

(tranquilamente). Trate de convertir ese hecho casual en una necesidad social y la vida cobrará sentido...

OLGA:

¡Dios mío! Cuando oigo palabras tan severas y tan acusadoras me siento muy pequeña: como si fuera a mí a quien se condena. ¡La vida no es muy tierna...! Pero tengo que volver..., se está bien en tu casa, Varia..., siempre se oyen cosas que conmueven el alma. Pero es tarde, tengo que volver.

BARBARA:

Quédate. Qué prisa tienes? Si te necesitan, mandarán a buscarte.

OLGA:

Sí, vendrán a buscarme... Bueno, me quedo un momento.

(Se sienta acurrucada en el diván. RIUMIN tamborilea nerviosamente en la cristalera de la ventana.)

BARBARA:

(SOñadora). ¡Curiosa vida la nuestra! Lo único que hacemos es hablar... Hemos amontonado tal cantidad de opiniones..., que aceptamos o rechazamos con una rapidez sospechosa..., pero deseos fuertes y claros, ¡eso no tenemos!

RIUMIN:

¡Va por mí?

BARBARA:

Va por todos nosotros. En nuestra vida falta sinceridad, belleza...: es una vida aburrida...

JULIA FILIPOVNA:

(Entra rápidamente, seguida por Caleria). ¡Amigos míos, ayúdenme

GALERIA:

¡Pero a qué...!

JULIA FILIPOVNA:

<sup>Caleria</sup> Ha escrito un nuevo poema y me ha prometido recitarlo en nuestra velada a beneficio de la colonia infantil. ¡Pero me gustaría que nos lo diga ahora! ¡Pídanse, amigos míos!

RIUMIN:

¡Sí, por favor! Me gusta mucho su emotiva poesía.

MARIA LVOVNA:

La escucharé encantada. A fuerza de tanto discutir se vuelve una grosera.

BARBARA:

¿Has escrito algo nuevo, Caleria?

CALERIA:

Sí, Pero es prosa. Y aburrida.

JULIA FILIPOVNA:

¡Léanoslo, querido amigo! ¡No se haga rogar! Vamos a buscarlo.  
(Sale llevándose a Caleria)

MARIA LVOVNA:

¿Y dónde está Vlas Mijailovich?

BARBARA:

En el despacho. Tiene mucho trabajo.

MARIA LVOVNA:

Tengo miedo de haber sido demasiado agresiva con él. Me exaspera verlo hacer el payaso y sólo el payaso.

BARBARA:

Sí, da lástima. Sea un poco más amable. Todo el mundo trata siempre de leerle la cartilla, pero nadie se ha portado nunca bien con él.

MARIA LVOVNA:

Lo mismo nos ha ocurrido a todos nosotros y por eso somos duros y bruscos...

BARBARA:

Ha vivido mucho tiempo con un padre que bebía... y le pegaba.

MARIA LVOVNA:

Voy a hacerle compañía.

(Se dirige a la puerta del despacho, golpea y entra).

RIUMIN:

(A Bárbara). Cada día es usted más amiga de María Lvovna, ¿No es cierto?

BARBARA:

Sí, me gusta.

OLGA:

(A media voz). ¡Con qué severidad habla de todo! ¡Con qué severidad!

RIUMIN:

Tiene la crueldad helada y áspera que caracteriza a los creyentes. ¿Cómo puede gustarle?



- DUDAKOV: (Entrando por el pasillo). Buenas tardes: perdónenme. ¿Estás aquí, Olga? ¿Vas a volver pronto?
- OLGA: Ahora mismo, si quieres. ¿Has estado de paseo?
- BARBARA: ¿Un vaso de té, doctor?
- DUDAKOV: ¿Cómo?... No, no bebo por la noche... Pablo Sergueievich, tengo que hablar con usted... ¿Puede ser mañana?
- RIUMIN: Por supuesto.
- DUDALOV: Se trata de la colonia de jóvenes delincuentes. Han hecho unas cosas... ¡Qué el diablo se los lleve! Al parecer se les pega... Ayer nos han dado una buena tunda a usted y a mí los periódicos!
- RIUMIN: Es verdad. Hace mucho que no he ido por allí. ¡Nunca tengo tiempo!
- DUDAKOV: Sí. Nosotros nunca tenemos tiempo. Nos movemos mucho, pero no hacemos el trabajo... ¿Por qué? Por mi parte estoy agotado. Acabo de dar un paseo por el bosque y me he tranquilizado un poco. Tengo los nervios destrozados.
- BARBARA: Está usted más delgado.
- DUDAKOV: Es posible. Hoy he vuelto a tener complicaciones. El imbécil del alcalde me abruma a reproches; al parecer no soy muy económico. Los enfermos comen demasiado y se gastan cantidades astronómicas en quinina. ¡Qué imbécil!!! En primer lugar, no es asunto suyo..., y luego, que haga sanear la parte baja de la ciudad y no volveré a tocar su quinina... Se diría que me la como yo mismo. ¡Me dan horror la quinina y esos... insolentes!
- OLGA: Haces mal en irritarte por esas tonterías, Ciril. Deberías estar acostumbrado.
- DUDAKOV: ¿Y si toda mi vida fuera una suma de tonterías? ¿Qué quiere decir estar acostumbrado? ¿Acostumbrado a qué? ¿A que el primer imbécil que se presenta meta la nariz en tus asuntos y te amargue la vida? Bien, de acuerdo, me acostumbraré. El alcalde me ha dicho ¡hay que economizar! ¡Pues economizaré! Sé que es malo para el hospital, pero tanto peor. No tengo clientela particular y no puedo renunciar a ese estúpido trabajo...
- OLGA: ¿Por qué tienes una familia numerosa? ¿Es por eso, no, Ciril? ¡Ya has dicho más de una vez!... Aquí al menos bien podías no mencionarlo... ¡Eres grosero... y careces de tacto!
- (Se tira el chal a la espalda y corre hacia la habitación de Bárbara.)
- BARBARA: ¡Olga! ¡Qué tienes!
- OLGA: (Casi llorando). ¡Déjame, deja! Sé lo que ~~digo~~ <sup>dice</sup>...  
(Ambas desaparecen en la habitación de Bárbara.)
- DUDAKOV: (Desconcertado). ¡Qué historia! No tenía la menor intención... Perdóneme, Pablo Sergueievich..., estoy realmente desconcertado..  
(Al salir rápidamente tropieza con Julia Filipovna y Caleria.)
- JULIA FILIPOVNA: ¡El doctor casi nos derriba! ¿Qué le ocurre?
- RIUMIN: Son nervios... (Entra Bárbara). ¿Se ha ido Olga Alexeievna?
- BARBARA: Sí..., se ha ido.
- JULIA FILIPOVNA: No tengo confianza en ese doctor. El mismo está enfermo, tartamudea..., y, además-, ¡es tan distraído! Mete las cucharillas de té en la funda de las gafas y remueve sus pociones con el estetoscopio. No sería nada raro que se equivocase en la receta y le envenenara a uno como si nada.
- RIUMIN: No me extrañaría que acabase con un tiro en la cabeza.
- BARBARA: Lo dice con una tranquilidad...
- RIUMIN: Los suicidios son frecuentes entre médicos.
- BARBARA: Nos conmueven más las palabras que la suerte de los hombres. ¿No cree?
- RIUMIN: (Estremeciéndose). ¡Oh, Bárbara Mijailovna!



(CALERIA se sienta al piano y ZAMYSLOV se coloca a su lado. Entran MARIA LVOVNA Y VLAS, muy animados).

VLAS: ¡Oh! ¡Van a recitarnos versos?

CALERIA: (Irritada). Sí, pero si quiere usted oírlos tendrá que hacer un poco menos de ruido.

VLAS: ¡Callad, mortales!

MARIA LVOVNA: Callamos..., callamos...

CALERIA: Tanto mejor. Son versos blancos. Más tarde les pondrán música.

JULIA FILIPOVNA: ¡Con música! ¡Qué hermoso! ¡Me gusta todo lo original...! Me pongo contenta como un niño cuando veo postales ilustradas, con automóviles...

VLAS: (Imitándola). Terremotos, gramófonos, gripes...

CALERIA: (Secamente y subiendo el tono). ¡Podemos empezar? (Todos se acomodan rápidamente. Caleria tantea suavemente las teclas del piano.) Se llama Edelweis.

"El hielo y la nieve recubren como un sudario inmutable las cumbres de los Alpes, donde reina un silencio frígido, el sabio mutismo de las orgullosas alturas."

"El desierto del cielo es inabarcable y los ojos de los astros melancólicos que centellean por encima de las nevadas cúspides, resultan incontables."

"Al pie de las montañas, en los llanos exigüos de la tierra, el hombre, señor extenuado de las planicies, se revuelve y sufre."

"En los barrancos sombríos de la tierra resuenan risas y gemidos, murmullos amorosos, gritos de cólera..., ¡tantas voces componen la melancólica música terrena! Pero los suspiros desolados de los hombres no turban el silencio de las cimas ni la serenidad de los astros."

"El hielo y la nieve recubren como un sudario inmutable las cumbres de los Alpes, donde reina un silencio frígido, el sabio mutismo de las orgullosas alturas."

"Pero al pie de los hielos, en el reino del silencio eterno, vive la flor triste de las montañas, el Edelweis solitario, que canta las desgracias de la tierra y el cansancio de los hombres atormentados."

"Más allá de la flor, en el desierto sin límites del cielo, el sol orgulloso flota en silencio, la luna muda brilla con tristeza y las estrellas relucen en un temblor..."

"Y cayendo del cielo, el velo frío del silencio estrecha día y noche al solitario Edelweis."

(Pausa. Todos callan, pensativos. Se oyen a lo lejos las matracas del sereno y silbidos apagados.) Caleria mira ante sí con los ojos muy abiertos.)

JULIA FILIPOVNA: (A media voz.) ¡Qué bello es! ¡Tan triste...! ¡Tan puro...!

ZAMYSLOV: ¡Escuchen! Cuando lo recite tiene que hacerlo con un traje blanco.. muy amplio... aterciopelado. ¡Cómo el Edelweis! ¡Será endemoniadamente bello! ¡Magnífico.

VLAS: (Acercándose al piano). ¡A mí también me gusta! (Ríe con aire aturdido.) ¡Palabra de honor! Está muy bien... ¡Es como limonada fresca en un día de calor!

CALERIA: ¡Váyase!

VLAS: Le hablo sinceramente! ¡No se moleste!

SACHA: El señor Schalimov ha llegado.

(Se levantan todos. Bárbara va hacia la puerta y se detiene ante Schalimov, que llega. Schalimov es completamente calvo.)

SCHALIMOV: ¿Es la señora Basov a quien tengo el placer de...?

BARBARA: (A media voz, después de un silencio.) Entre, por favor... Sergio llega en seguida...



(Se queda pensativo.)

- SUSLOV: ¿Les ha vendido todo?
- DVOIETOCHIE: Sólo he conservado mi casa de la ciudad..., una casa grande y vieja. Y ahora no tengo otro trabajo que contar mi dinero..., jo, jo!, ¡jo, jo! Sólo que, a decir verdad, soy un viejo imbécil. Nada más vender me he sentido como huérfano...; me aburro, no sé qué hacer de mí mismo. ¿Me entiendes? Aquí están mis manos. Antes ni siquiera las sentía. Y ahora, ahí están como dos objetos inútiles que cuelgan, no se sabe muy bien por qué...  
(Se ríe. Pausa. Bárbara sale a la terraza, con las manos a la espalda, abstraída en sus pensamientos. Pasea de un lado a otro.) Ahí está la señora Basov. ¡Qué mujer! ¡Si yo tuviera diez años menos!  
(Se ríe.)
- SUSLOV: Pero usted ha estado casado. ¿No?
- DVOIETOCHIE: Sí, más de una vez. Unas han muerto, otras pusieron pies en polvorosa. También he tenido hijos..., dos niñas..., han muerto. Y un chava!..., que se ahogó en el río. Siempre he tenido mucha suerte con las mujeres... Aquí, a Rusia, venía buscarlas... No es difícil birlarles las mujeres: son ustedes unos maridos lamentables. Frecuentemente llegaba, miraba a derecha e izquierda y veía una mujer interesante..., mientras que el marido no era más que un imbécil con sombrero de hongo. Entonces, ponía manos en el asunto..., ¡jo, jo! (Vlas sale a la terraza, se detiene y observa a su hermana). Pero todo eso está en el pasado y ahora ya no tengo nada..., nada ni nadie..., ¿comprendes?
- SUSLOV: ¿Y cómo piensa vivir?
- DVOIETOCHIE: No lo sé. ¡Aconséjame tú!
- VLAS: Varia, ¿qué te pasa?
- BARBARA: Nada..., nada nuevo...; soy una persona miserable, ¿no?
- VLAS: (Rodeando su cintura con el brazo). Quisiera decirte algo amable... ¿Pero qué?... No lo sé.
- BARBARA: Déjame, querido.
- DVOIETOCHIE: Ahí viene el señor Chernov.
- SUSLOV: Es un payaso.
- DVOIETOCHIE: Un muchacho despierto, pero al parecer una inutilidad...
- VLAS: (Acercándose.) ¿Por quién iba eso?
- DVOIETOCHIE: ¡Por mi sobrino!, ¡jo, jo! Pero usted tampoco es, en mi opinión, un hombre de negocios..., ¿eh?
- VLAS: Por lo que puedo deducir, inestimable Simeón Simeonovich, ese vocablo significa que se es capaz de exprimir al prójimo. ¿No es así? En ese caso, no, yo no soy todavía un hombre de negocios..., ¡desgraciadamente!
- DVOIETOCHIE: ¡Jo, jo, jo! No se entristezca demasiado. Cuando se es joven es un poco difícil. La conciencia no es suficientemente firme, ni hay bastante cerebro. Crezca un poco más y también usted trepará sobre la espalda de su prójimo. ¡Jo, jo! Todavía es la mejor manera de alcanzar un cierto bienestar.
- VLAS: ¡Usted es, sin duda, muy experto en esa clase de ejercicios! ¡Tengo que creerle necesariamente!
- (Saluda a DVOIETOCHIE y se va.)
- DVOIETOCHIE: ¡Jo, jo! Me devolvió la pelota y se quedó tan campante. Es encantador. Sin duda se toma por un héroe... bueno; que se divierta ese jovencuelo... ¿Y entonces, Pedro? ¿Cómo tengo que vivir?
- SUSLOV: No puedo responderle de repente. Tengo que reflexionar.
- DVOIETOCHIE: Ya veo que no tienes nada que decirme. (Por la derecha llegan del bosque Basov y Schalimov. Saludan y se sientan en una mesa bajo los pinos, Basov lleva anudada una toalla al cuello.) ¡Auí están el escritor y el abogado! ¿De paseo?
- BASOV: Nos hemos bañado.



- DVOIETOCHIE: ¿Está fría el agua?
- BASOV: Algo.
- DVOIETOCHIE: Me apetece nadar un poco. ¿Vienes, Pedro? Si me ahogo heredarás antes. ¿No?
- SUSLOV: No, no puedo. Tengo que hablar con ellos.
- DVOIETOCHIE: Bueno, yo me voy.  
(Sale por la derecha. Suslov le observa sonriendo y se acerca a Basov.)
- BASOV: Varia, pide que nos manden una botella de cerveza...; no, mejor tres. Y bien, ¿qué tal tu tío.  
(Bárbara entra en la casa.)
- SUSLOV: Me harta.
- BASOV: Sí..., los viejos no son divertidos.
- SUSLOV: Creo que quiere instalarse en mi casa.
- BASOV: ¿Tu tío? Sí... ¿Y tú qué opinas?
- SUSLOV: ¡Qué diablos quieres que haga! Tendré que resignarme.  
(Sacha trae las botellas.)
- BASOV: ¿Tú no dices nada, Jacob?
- SCHALIMOV: Estoy un poco embotado... pero ¿cómo se llama esa dama tan belicosa?
- BASOV: María Lvovna... Pedro, no te puedes imaginar la discusión de hoy en la mesa.
- SUSLOV: ¿Por supuesto con María Lvovna?
- SCHALIMOV: Una mujer feroz, a mi juicio.  
(Barbara vuelve a la terraza.)
- SUSLOV: No me gusta.
- SCHALIMOV: Yo soy un hombre muy pacífico, pero les confieso que he estado a punto de insolentarme con ella.
- BASOV: ¡Ella no ha dudado en hacerlo contigo!
- SCHALIMOV: (A Suslov). Póngase en mi lugar; uno trabaja, escribe, se cansa..., le confieso que acaba uno agotándose. Llego aquí, a casa de un amigo, para descansar, para vivir tranquilo..., reunir algunas ideas, y de repente aparece una mujer que se dedica a confesarme; cuáles son sus creencias, cuáles sus esperanzas, por qué no habla de esto, por qué calla aquello... Y después te dice que tal cosa en tu novela no está clara..., que la otra es falsa o fea... Pues, mi querida señora..., ¡escriba usted de forma que todo sea claro, justo y bello! ¡Escriba cosas geniales, adelante; pero déjeme descansar un poco!... ¡Uf!...
- BASOV: Hay que tener paciencia, amigo mío. El que navega por el Volga tiene que comer sopa de salmonete; el que tropieza con un escritor tiene que parecer inteligente. Hay que aceptarlo.
- SCHALIMOV: ¡Qué falta de delicadeza... y de inteligencia! ¿Viene muy a menudo a tu casa esa señora?
- BASOV: No..., bueno, sí, muy a menudo. Yo casi no la aguanto, Es tan rígida... ¡como un bastón! Mi mujer es quien tiene amistad con ella... ¡Me la echa a perder!... (Se vuelve y ve a Bárbara en la terraza). ¡Ah! ¿Estás ahí, Varia?
- BARBARA: Ya lo ves.  
(De la casa de Suslov llegan a buen paso Zamyslov y Julia Filipovna, riendo. Schalimov mira sonriendo a Basov, que está muy confuso.)
- ZAMYSLOV: Bárbara, estamos organizando una excursión. En canoas...
- JULIA FILIPOVNA: ¿Cómo estás, querida mía?
- BARBARA: Vamos adentro.  
(Desaparecen en la casa. Suslov se levanta y las sigue sin prisa.)
- ZAMYSLOV: ¿Está aquí, Caleria Vasilievna?



- SCHALIMOV (Riéndose). Parece que tienes un poco de miedo a tu mujer.  
¿Eh?, Sergio?
- BASOV: (Suspirando).. ¡No gastes bromas! Ella es... muy buena.
- SCHALIMOV: ¿Por qué lo dices con tanta tristeza?
- BASOV: (A media voz y señalando a Suslov). Está celoso... de mi ayudante Su mujer, fíjate bien en ella, es muy atractiva.  
(Sonia y Zimine pasan por el fondo del césped.)
- SCHALIMOV: ¡Ah, sí! La prestaré atención. ¡Aunque esa María Lvovna me quita las ganas de conocer más mujeres.
- BASOV: La señora Suslov es de otro género completamente diferente. Es... en una palabra... ¡Bueno, ya lo verás tú mismo! (Pausa.)  
¿Hace mucho que no has publicado nada, JACOB? ¿Preparas algo importante?
- SCHALI OV: (Brusco.) Nada en absoluto..., es cierto. ¡Nada! ¿Qué diablo quieres que escriba cuando ya no entiendo nada de nada? Los hombres se han vuelto tan complicados, tan resbaladizos, tan incomprensibles...
- BASOV: Pues no tienes más que escribir; no entiendo nada. La sinceridad, amigo mío, es la primera virtud del escritor.
- SCHALIMOV: ¡Gracias por el consejo! La sinceridad..., no se trata de eso amigo mío. Si fuera sincero sólo podría hacer una cosa; tirar la pluma y dedicarme a cultivar flores como Diocleciano...  
(En la esquina de la casa de Basov algunos mendigos canturrean:)  
"Protectores y bienhechores, una limosna en nombre de Cristo..."  
(Pustobayka sale de la parte trasera del escenario y comienza a echarlos). Pero... hay que comer y, por tanto, escribir.  
¿Escribir... para quién? No lo sé. Hay que tener una idea clara del lector. ¿Cómo es? ¿Quién es? Hace apenas cinco años estaba completamente seguro de conocer al mío y sabía lo que esperaba de mí... y después, sin darme cuenta, lo he perdido... Lo he perdido, ¡sí! Esa es la tragedia...; dicen que acaba de nacer un lector nuevo... ¿Quién es?
- BASOV: No te entiende. ¿Qué quiere decir "perder al lector"? Y yo, y nosotros todos, la inteligencia del país, ¿Acaso no somos tus lectores? ¿Cómo se nos puede perder?
- SCHALIMOV: La inteligencia..., sí, claro; pero yo no hablo de ella. Ahora hay un lector nuevo...
- BASOV: No lo entiendo.
- SCHALIMOV:A Yo tampoco..., pero lo intuyo. Cuando voy por la calle observo a las gentes y veo sus expresiones..., sus ojos, y me digo a mí mismo: éstos no me leerán, lo que hago no les interesa. El invierno pasado tomé parte en una velada literaria y, mientras leía, podía ver esos ojos innumerables que me observaban con curiosidad... Y sentía que me eran ajenos, que no me querían y que no me necesitaba más..., que a un autor latino. Soy demasiado viejo para ellos...; mis ideas son demasiado viejas... Pero quiero saber ¿quiénes son? ¿Qué es lo que les gusta? ¿Qué quieren?
- BASOV: Sííí... Es curioso... Pero creo que estás agotado, ¿no? Cuando llesves una temporada aquí, cuando descanses. volverás a encontrar tu lector..., estoy seguro. Lo principal en la vida es mirarlo todo con calma y sangre fría..., ¡eso creo! Vamos dentro. A propósito, Jacob, quería pedirte una cosa; haz la rosca a mi mujer...
- SCHALIMOV: (Estupefacto.) ¿Cómo? ¿Hacer la rosca?
- BASOV: (Misterioso). Sí, haz la rosca como un pavo real..., es decir, distraela, deslumbrala..., me harías un favor...
- SCHALIMOV: (Después de una pausa.) ¿Hacer el papel de pararrayos? ¡Eres un tipo curioso! Bueno, de acuerdo.
- BASOV: No, me has entendido mal. Es una mujer muy amable. Pero se aburre, no sé muy bien por qué... todos se aburre, está de moda: humores raros, conversaciones extrañas..., estamos en medio de tinieblas... A propósito, ¿estás casado todavía? Me han dicho que te habías divorciado.



SCHALIMOV: Sí, y después me he vuelto a casar, y me he vuelto a divorciar. Es difícil encontrar una mujer que sea al mismo tiempo un camarada.

BASOV: Sí. ¡Es cierto, querido amigo! ¡Es bien cierto!

(Entran en la casa. Una señora vestida de amarillo y un joven que lleva una chaqueta de cuadros salen del bosque.)

LA SEÑORA: ¿Todavía no hay nadie? ¡Y la cita era para las seis! ¿Qué le parece?

EL JOVEN: Yo puedo hacer papeles de héroe. Y, sin embargo, él me los da cómicos. ¡Reconozca que no puede ser!

LA SEÑORA: Los papeles buenos se los guardan ellos...

(Desaparecen por la derecha. Sonia y Zimine llegan por el otro lado.)

ZIMINE: No voy a ir a su casa, Sonia. De forma que me marcharé mañana.

SONIA: (A media voz). Está bien, vete. Pero ten prudencia, Max, por favor.

ZIMINE: (Cogiéndola la mano). Tú también... ten prudencia.

SONIA: Entonces, adiós. Nos veremos dentro de tres semanas. ¿Antes no?

ZIMINE: No, antes no...; adiós, Sonia, ¡querida! Pero cuando yo no esté.. (Se calla, embarazado.)

SONIA: ¿Cómo?

ZIMINE: Nada... tonterías. Adiós, Sonia.

SONIA: (Reteniendo su mano). No, dime lo que querías decir. ¿Cuándo yo no esté...?

ZIMINE: (Bajando la cabeza). ¿No te casarás con otro?

SONIA: ¡Te prohíbo que hables así, Max! ¡Te prohíbo hasta que lo pienses! ¿Oyes? Es estúpido... y asqueroso... Max, ¿me entiendes?

ZIMINE: Basta, no te ofendas. Perdóname. Son ideas estúpidas que me vienen a mí pesar. Dicen que el hombre no es dueño de sus sentimientos...

SONIA: (Con ardor.) ¡No es verdad! Es una mentira, Max. Entérate: es una mentira con la que se intenta justificar las debilidades. Yo no lo creo, Max. ¡No lo olvides! ¡Y, ahora, márchate!

ZIMINE: (Apretándole la mano). Está bien, no lo olvidaré. Adiós entonces querida Sonia...

(Radea la casa y desaparece. Sonia le mira marchar y después sube lentamente a la terraza y entra en la casa. Doudakov, Vlas y María Lvovna llegan por el lado derecho, seguidos de Dvoietochie. María Lvovna se sienta en el banco; Dvoietochie a su lado. Bosteza)

DUDAKOV: Los hombres son atolondrados y la vida es dura... ¿Por qué?

VLAS: ¡No lo sé, doctor! Por tanto, continúo; mi padre, cocinero de profesión y hombre muy imaginativo, me quería terriblemente y me llevaba con él a todas partes, como a su pipa. Me escapé en varias ocasiones para reunirme con mi madre, pero entonces irrumpía en su lavandería, pegaba a todo el que se le ponía por delante y me volvía a echar la zarpa encima. Un día, estando al servicio de un arzobispo, se le ocurrió la fatal idea de ocuparse de mi instrucción. De esta manera me vi metido en un seminario. Algunos meses más tarde se empleó con un ingeniero, y yo, en consecuencia, entré en una escuela de ferroviarios...; un año después lo hice en una de agricultura, pues mi padre se había puesto a trabajar en el ramo. La escuela de Bellas Artes y la de Comercio también tuvieron el honor de contarme entre sus alumnos. Abreviando: a los diecisiete años sentía tal repugnancia hacia todas las ciencias que ya no podía aprender nada, ni siquiera a jugar a las cartas o fumar cigarrillos. ¿Por qué me rira usted así, María Lvovna?

MARIA LVOVNA: (Pensativa.) ¡Es muy triste!

VLAS: ¿Triste? ¡Pero si se trata del pasado!

DUDAKOV: Su vida ha sido muy dura, Vlas.

VLAS: ¿Cuándo?

DUDAKOV: Siempre.



- UNA MUJER CON LA MEJILLA CUBIERTA POR UN PAÑUELO: Señores: ¿no han visto a Eugenio? Es un niño... ¿No ha pasado por aquí corriendo? Lleva un sombrero de paja... y es muy pálido...

MARIA LVOVNA: NO, no lo hemos visto.

LA MUJER: ¡Ah, qué barbaridad!... Es el niño de los señores Rozov...; es muy listo...

VLAS: No lo hemos visto, tía.  
(La Mujer murmura algo y se va corriendo al bosque.)

DUDAKOV: Lo pasará usted mal, Vlas...

VLAS: ¿Cuándo?

DUDAKOV: Siempre.

DVOIETOCHIE: Desde luego que lo pasará mal; Vlas es un hombre recto y todo el mundo intentará doblarle un poco.

VLAS: Ya veremos. Mientras tanto, a tomar el té. ¿Les parece? Los demás ya están seguramente en la mesa...

DUDAKOV: ¡Buena idea!

DVOIETOCHIE: Iría... si no es inoportuno.

VLAS: Naturalmente que no, abuelo. Yo me voy delante.  
(Corre hacia la casa; los demás les siguen sin prisa.)

DVOIETOCHIE: Un buen muchacho.

MARIA LVOVNA: Sí, es encantador; pero le gusta demasiado hacerse el tonto.

DVOIETOCHIE: Eso no es nada. Se le pasará. Es profundamente honrado. La mayor parte de la gente exhibe su honestidad como si fuera una corbata, y acostumbra a repetir: soy un hombre honrado. Pero cuando una muchacha dice demasiado a menudo: soy virgen, para mí es la señal inequívoca de que hace mucho tiempo que ha pasado a señora. ¡¡Jo, jo! Discúlpeme, María Lvovna.

MARIA LVOVNA: Buena falta hace...  
(Suben a la terraza. Suslov les sale al encuentro.)

DVOIETOCHIE: ¿Adónde vas, Pedro?

SUSLOV: Me apetecía fumar al aire libre...  
(Se dirige lentamente hacia su casa. Del bosque sale un señor con sombrero de copa.)

EL SEÑOR: (Saludando con distinción.) Perdón, señor... ¿No me está usted buscando?

SUSLOV: (Sorprendido.) Yo no busco a nadie...

EL SEÑOR: Voy a interpretar el papel principal en una pieza.

SUSLOV: (Sigue andando). Eso a mí no me importa.

EL SEÑOR: (Ofendido.) Permítame..., ¿entonces a quién le importa? ¿Dónde está el director? Hace dos horas que ando por aquí buscándole... Son todos unos mal educados...  
(Desaparece tras el estrado. Olga Alexeievna llega al encuentro de Suslov.)

OLGA: ¿Qué tal, Pedro Ivanovich?

SUSLOV: ¡Ah!... ¡Buenas tardes! ¡Qué bochorno!

OLGA: ¿Bochorno? No me parece.

SUSLOV: (Encendiendo un cigarrillo). Yo me ahogo. Está esto lleno de chalados que buscan a directores...

OLGA: ¿Sí? ¿Qué le pasa? ¿Parece cansado? Le tiemblan las manos.

SUSLOV: (Volviendo con ella hacia la casa de los Basov.) Ayer bebí demasiado y no he dormido bien...

OLGA: ¿Por qué bebe usted?

SUSLOV: Para que la vida sea más divertida.

OLGA: ¿No ha visto usted a mi marido?

SUSLOV: Está tomando el té en casa de los Basov.



- BARBARA: (Apareciendo en la terraza). ¿Me vienes a ver a mí, Olga?
- OLGA: Paseo...
- BARBARA: ¿Por qué se ha marchado, Pedro Ivanovich?
- SUSLOV: (Con una sonrisa irónica). Estaba harto de oír los discursos del señor escritor y de la venerable María Lvovna.
- BARBARA: ¿No le interesan? A mí sí...
- SUSLOV: (Encogiéndose de hombros). Que le aproveche... Mis respetos...  
(Se va hacia su casa.)
- OLGA: (Confidencial). ¿Qué le pasa? ¿Tú lo entiendes?
- BARBARA: No. Ni quiero entenderlo. ¿Vienes?
- OLGA: Quédate un poco conmigo... ¿Quieres?
- BARBARA: ¿Qué es lo que te ocurre?
- OLGA: ¿Cómo podría yo vivir tranquila? Llegó de la ciudad, apareció un momento por casa y se volvió a marchar... Estarás de acuerdo conmigo en que no es como para estar contenta...
- BARBARA: Está en casa.
- OLGA: (Irritado). Huye de mí y de los niños... Sí, está agotado y necesita descanso... ¿Pero es que yo no estoy cansada? No consigo hacer nada, todo me sale mal... y me da rabia. Debería recordar que le he entregado mi juventud, mi fuerza...
- BARBARA: (Con suavidad.) Querida Olga, creo que te gusta demasiado quejarte. ¿No?... ¿Me equivoco?  
(Desde la casa llegan las voces de una discusión que va aumentando en intensidad).
- OLGA: No lo sé... Tal vez. Le voy a decir que quiero irme.. yo y los niños.
- BARBARA: Sí, eso estaría bien. Una pequeña separación os vendría bien a los dos. Vete. Yo te proporcionaré el dinero.
- OLGA: ¡Oh! Te debo tanto ya...
- BARBARA: Son bagatelas. Tranquilízate. Sentémonos aquí.
- OLGA: Me odio por tener que recurrir constantemente a tu ayuda. ¡Me detesto! ¿Crees que me es fácil aceptar tu dinero?... ¿El dinero de tu marido? ¿Cómo podría respetarme a mí misma. No sé vivir solo, necesito siempre que alguien me ayude..., me sostenga Sabes que a veces me pasa que no te quiero..., ¡llego a aborrecerte...! Te aborrezco por ser tranquila y razonable. Por no vivir, por no sentir nada...
- BARBARA: Querida, sé callarme. Eso es todo. No puedo permitirme una queja.
- OLGA: Los que ayudan a los otros deben despreciarlos en secreto. Yo también preferiría ayudar...  
(Riumin camina rápidamente hacia la casa de Basov.)
- BARBARA: ¿Para poder despreciar a la gente?
- OLGA: ¡Sí, sí! ¡No los quiero! ¡No quiero a María Lvovna!... ¿Con qué derecho juzgan tan severamente a los otros? No quiero a Riumin: no hace más que filosofar y no se atreve a actuar. Ni a tu marido, que se ha hecho blando como la cera y que te tiene miedo... Ni a tu hermano, que está enamorado de esa discutidora, de esa malévola de María Lvovna.
- BARBARA: (Asombrada, con reproche). ¡Olga! ¿Qué te pasa? ¡Eso no está bien! Escúchame...
- OLGA: ¿No está bien? ¡Tanto peor! Y esa orgullosa de Caleria que habla de belleza y sólo piensa en el matrimonio.
- BARBARA: (Severa y fría.) ¡Olga! Tienes que reprimir esos sentimientos o te llevarán a un callejón sin salida...
- OLGA: (A media voz, pero con fuerza y rabia). ¡Me da igual! ¡Estoy dispuesta a todo con tal de librarme de este aburrimiento agotador! ¡Quiero vivir! ¡No soy peor que los demás! Y yo, por lo menos,



no estoy ciega. También tú..., lo entiendo muy bien... ¡Oh!  
¡Lo comprendo todo! Tu vida es fácil, tienes un marido rico que  
no se para en escrúpulos..., todo el mundo lo dice... ¡Tú tienes  
que saberlo!... Tú misma... te has arreglado para no tener hijos..

BARBARA: (Levantándose y mirándola fijamente con ojos asombrados).  
¿Arreglado? ¿Qué quieres decir?

OLGA: (Turbado). No, nada de particular... Mi marido me dijo que  
muchas mujeres no querían tener hijos...

BARBARA: No te entiendo...; pero siento que sospechas algo malo de mí...  
no quiero hacerte más preguntas.

OLGA: Varia, no me mires así. Sin embargo, es verdad lo de tu marido...  
Tiene mala reputación....

BARBARA: (Estremeciéndose). Has sido siempre para mí como una hermana...  
si no supiera lo difícil que es tu vida, si olvidara nuestros  
antiguos sueños...

OLGA: (Sinceramente). Perdóname..., soy muy mala.

BARBARA: Hemos soñado juntas en una vida mejor, más amplia y más luminosa...;  
hemos soñado y llorado juntas... ¡Me has hecho mucho daño, Olga!  
¿Era eso lo que querías? ¡Me duele!

OLGA: ¡Oh, no, Varia! ¡No hables así!

BARBARA: Me voy. (Olga se levanta y ella también)  
¡No! ¡No vengas conmigo! ¡Déjame!

OLGA: ¿Hemos terminado, Varia? ¿Para siempre?

BARBARA: Calla..., no entiendo lo que te he hecho...

(Dvoietochie baja de la terraza riendo, se acerca a Bárbara  
y la toma por la mano.)

DVOIETOCHIE: ¡Me he escapado, señora! Ese bonito pequeño filósofo, el señor  
Riumin, me ha sumido en la mayor confusión. Me he empantanado en  
sus hermosos discursos, como una cucaracha en la mermelada.  
He tenido que largarme, que el diablo se lo lleve. Prefiero  
charlar con ustedes... ¿Le gustan de tal manera a este viejo  
pecador que soy! ¿Pero por qué parecen trastornadas?

(Mira a Olga y carraspea, molesto.)

OLGA: (Humildemente). ¿Debo irme, Varia?

BARBARA: (Con firmeza). Sí. (Olga se aleja hacia el fonde de la escena.  
Bárbara a Dvoietochie.) ¿Decía usted? Perdón, no le he compren-  
dido...

DVOIETOCHIE: (Amistosamente). ¡Ah, señora! La miro y veo que su vida aquí  
no es muy divertida. ¿Es cierto, no?

BARBARA: (Mirándolo de pies a cabeza). Escuche, Simeón Semionovich:  
¿qué le autoriza a hablarme en semejante tono?

DVOIETOCHIE: ¡Jo, jo!, mi vejez y mi experiencia...

BARBARA: Perdóneme..., pero eso no le permite entrometerse de cualquier  
forma...

DVOIETOCHIE: (Bonachón). No quiero entrometerme... sólo que veo que vive  
usted aquí como entre extraños...; yo también soy un extraño  
aquí... Tenía ganas de hablar con usted, pero sin duda soy muy  
torpe... Perdóneme...

BARBARA: (Excusándose). Perdóneme usted a mí también... He sido un  
poco brusca..., pero no estoy acostumbrada a que se interesen  
tanto por mí...

DVOIETOCHIE: Ya veo que no está usted acostumbrada... ¿Vamos a dar un paseo?  
Le dará un gran placer a un viejo...

(Simeonov llega en bicicleta y se detiene, a punto de derri-  
barle, en los mismos pies de Dvoietochie, que dice aterrado:)  
¿Qué le pasa, señor?

SIMEONOV: (Sin aliento). Perdóneme..., ¿se acabó ya?

DVOIETOCHIE: ¿El qué?

SIMEONOV: ¡El ensayo...! Se me pinchó una rueda... ¡Qué rabia!



DVOIETOCHIE: ¿Y a mí qué me importa?

SIMEONOV: ¿Usted no está en el reparto? ¡Perdóneme, creía que estaba maquillado!

DVOIETOCHIE: (A Bárbara). ¿Esto qué es?

BARBARA: (A Simeonov). ¿Usted viene al ensayo?

SIMEONOV: Sí, pero...

BARBARA: Todavía no ha empezado.

SIMEONOV: (Encantado). ¡Oh, muchas gracias! ¡Era tan molesto...! ¡Yo que soy tan puntual siempre!

DVOIETOCHIE: ¿Qué es lo que hay de molesto?

SIMEONOV: (Amablemente). Sería muy molesto si hubiera llegado tarde. ¡Perdóneme!

(Saluda y se dirige hacia el estrado.)

DVOIETOCHIE: ¡Qué bestia! Ha estado a punto de aplastarme. Vámonos de aquí? Bárbara Mijailovna? SI NO SE NOS VENDRÁ ENCIMA ALGÓN OTRO ENERGOMENO.

BARBARA: (Distraída). Sí, claro...; voy por mi chal...

(Se dirige hacia la casa.)

SIMEONOV: (Acercándose a Dvoietochie). Ahí vienen más: dos señoritas y un cadete.

DVOIETOCHIE: ¿¿Conque vienen, eh...? Vaya, vaya, me alegro mucho...

SIMEONOV: Llegarán en seguida... Es el cadete cuya hermana se pegó un tiro..

DVOIETOCHIE: Si..., realmente,,, es un caso...

SIMEONOV: ¡Pues yo creía que estaba pintado! Por su cara y su pelo... Se diría que lleva usted peluca.

DVOIETOCHIE: Se lo agradezco mucho.

SIMEONOV: No piense que quiero halagarle...

DVOIETOCHIE: Lo creo. ¿Le parece a usted halagador?

SIMEONOV: Pues claro. El hombre resulta siempre mejor maquillado que al natural. Y dígame: ¿no es usted decorador?

(Suslov sale del bosque. En segundo plano, aparecen la señora de amarillo y el joven de la chaqueta de cuadros.)

DVOIETOCHIE: No..., me limito a ser el tío de aquel señor...

LA SEÑORA DE AMARILLO: ¡Señor Sazanov!

SIMEONOV: Me llaman a mí. ¡Es curioso! Mi nombre es tan sencillo, Simeonov, y, sin embargo, nadie lo recuerda. ¡Adiós!

(Se reúne con los que le llamaban.)

SUSLOV: (Acercándose.) ¿No ha visto usted a mi mujer? (Dvoietochie mueve negativamente la cabeza.) Se han juntado en mi casa esos... artistas.

DVOIETOCHIE: Se me ha pegado uno de esos muchachos..., me ha tildado de decorador. ¿Para qué servirá este tipo de gente?... ¡Mira. ¡Todavía discuten! (Caleria, Schalimov, Riumin y Bárbara salen de la casa. Dvoietochie se les acerca; Suslov se acomoda y mira con tristeza a los que llegan.)

SCHALIMOV: (Con aire agotado). Cuando estoy con ella me entran ganas de irme al Polo Norte... ¡Es demasiado apasionada!

RIUMIN: Me indigna su despotismo. Las gentes de su clase son insoportablemente intolerantes. ¿Por qué creen que todo el mundo tiene que opinar como ellos?

BARBARA: ¡Enseñenos algo algo más grande y más hermoso que esas ideas!

CALERIA: ¿Calificas de grandes y hermosas a esas ideas frías y prosaicas sobre el hartazgo general?

BARBARA: (Emocionada.) No lo sé... Sin embargo, no conozco nada más importante... (Schalimov escucha atentamente.) Yo no sé hablar bien; pero, amigos míos, siento en mi corazón que hay que despertar en todos los hombres el sentido de su dignidad...



¡En todos los hombres, sin excepción! Entonces, dejaremos de insultarnos unos a otros... Pues todavía no hemos aprendido a respetar al hombre..., sea quien sea. Y por eso sufrimos.

CALERIA: Desde luego no es de María Lvovna de quien podemos aprender a hacerlo.

BARBARA: ¿Por qué están todos contra ella?

RIUMIN: ¡Porque es terriblemente irritante! Cuando la oigo definir el fin de la vida, me parece como si un ser fuerte y brutal me apretase en sus brazos para asfixiarme.

CALERIA: Cuando está ella presente la vida se hace dura e incómoda.

BARBARA: ¿Acaso es más fácil o más alegre entre personas que no hacen más que lamentarse? ¿Qué sólo se quejan y hablan de sí mismos y que no dan nada, nada a nadie? Seamos justos. Caleria. ¿Qué aportamos nosotros a la vida? ¿Ustedes, tú, yo...?

RIUMIN: Y María Lvovna, ¿qué aporta? ¿Animosidad?

(Los actores se reúnen en torno al estrado. Pustobayka coloca las sillas.)

DVOIETOCHIE: ¿Por qué se altera de ese modo, Bárbara Mijailovna? Deje de discutir y venga a dar una vuelta conmigo..., me lo ha prometido.

BARBARA: Si..., voy. Soy incapaz de expresar mis ideas. Es terrible estar condenada así al silencio.

SCHALIMOV: ¡Soy testigo de que no es cierto!... ¿Me permiten que les acompañe?

BARBARA: Si lo desea.

DVOIETOCHIE: Iremos al río..., donde está el pequeño pabellón. ¿Y usted, amiga mía, por qué se apasiona tanto?

BARBARA: ¡Ah! Siento que estamos presos en un malentendido.

(Se van por el camino del bosque. Suslov los mira.)

RIUMIN: ¿Qué animada está desde que ha llegado Schalimov! ¿Cómo habla! ¿Y él qué significa? ¿Es que ella no se da cuenta de que ya no tiene nada que decir? ¿Que ha perdido pie?... Y cuando él asegura lo contrario, se miente a sí mismo y miente a los demás.

CALERIA: Ella lo sabe. Ayer por la tarde, después de hablar con él, estuvo llorando como un niño desilusionado... Sí... De lejos le parecía audaz y fuerte; creía que él iba a producir un cambio en el vacío de su vida.

(Por el ángulo de la casa aparecen Zamyslov y Julia Filipovna. Zamyslov habla al oído de Julia, que ríe. Suslov les observa.)

RIUMIN: Vamos adentro. ¿Nos tocará usted algo, no? Tengo ganas de oír música...

CALERIA: Vamos adentro. Es todo tan triste...

JULIA FILIPOVNA: Miren: ya están todos los actores. El ensayo era a las seis... ¿y son ahora...?

ZAMYSLOV: Las siete y media. Se han acostumbrado a llegar tarde. Gracias a su ejemplo.

JULIA FILIPOVNA: ¿Es un insulto?

ZAMYSLOV: No, es un cumplido. Voy a hablar un momento con el patrón... ¿Me lo permite?

JULIA FILIPVNA: Dése prisa.

(ZAMYSLOV SE DIRIGE HACIA LA CASA Y JULIA FILIPOVNA SE ACERCA CANTURREANDO AL GRUPO DE ARBOLES. DESCUBRE A SU MARIDO.)

SUSLOV: ¿Dónde has estado?

JULIA FILIPOVNA: Aquí y allá.

(Cerca del estrado se encuentran la señora de amarillo, el joven de la chaqueta a cuadros, un joven oficial y dos muchachas. Pustobayka coloca con estrépito una mesa en el escenario. Risas y exclamaciones: "Señores, ¿dónde está el director?" "¡Señor Stepanov!" "Está aquí, yo le he visto." "Vamos con retraso." "Perdone, pero me llamo Simeonov y no Stepanov.")



- SUSLOV: ¿Siempre con él? ¿Ni siquiera te escondes? ¿Por qué ese desaffo, Julia? Ya se ríen de mí..., ¿Lo sabes...?
- JULIA FILIPOVNA: ¿Se ríen de tí? Eso sí que es molesto...
- SUSLOV: Necesitamos una explicación... No puedo permitirte...
- JULIA FILIPOVNA: No me divierte nada ser la mujer de un hombre del que la gente se ríe.
- SUSLOV: ¡Ten cuidado, Julia! Soy capaz...
- JULIA FILIPOVNA: ¿De ser grosero como un carretero? Ya lo sé.
- SUSLOV: ¡Te prohibo que me hables así! ¡Especie de ramera!
- JULIA FILIPOVNA: (Con tranquilidad y a media voz.) Terminaremos esta escena en casa Llegan... Es mejor que te vayas... Tu cara dice demasiado.  
(Se estremece con asco. Suslov da un paso hacia adelante, retrocede y desaparece en dirección al bosque, después de haber dicho:)
- SUSLOV: ¡Algún día... te mataré!
- JULIA FILIPOVNA: Pero hoy no, ¿verdad? (Cuando Suslov se va, canturrea:) "La tarde cae... sobre las aguas rojizas..."  
(Mira ante sí, con los ojos muy abiertos, y baja lentamente la cabeza. María Lvovna, visiblemente emocionada, Dudakov y Basov, con cañas de pescar, salen de la casa de Basov.)
- BASOV: (desenredando el sedal). Querida amiga... Hay que ser más suave, más indulgente. Somos humanos... ¡Ah, que el diablo se lleve al que ha enredado el sedal!
- MARIA LVOVNA: ¡Me permite!
- DUDAKOV: Comprenda que estamos cansados...
- BASOV: ¡Es usted imposible, querida amiga! ¿Según usted, un escritor debe ser una especie de héroe? ¿Y si no es su temperamento?
- MARIA LVOVNA: ¡Tenemos derecho a exigir cada vez más de la vida, y de los hombres.
- BASOV: ¡Exigir más...m de acuerdo! ¡Pero en la medida de lo posible! ¡Todo se realiza progresivamente según las leyes de la evolución! ¡La evolución! Eso es lo que hay que tener siempre en cuenta.
- MARIA LVONA: No pido imposibles. Pero vivimos en un país en el que sólo el escritor puede ser heraldo de la verdad, juez imparcial de los defectos de su pueblo y campeón de sus libertades... Sólo él puede hacerlo, tiene el deber de hacerlo.
- BASOV: Sí, claro...; pero de todas maneras...
- MARIA LVOVNA: (Bajando los escalones de la terraza.) ¡En su amigo no hay ni rastro de todo eso! ¡No! ¿Qué quiere? ¿Qué busca? ¿Dónde está su odio? ¿Su amor? ¿Quién es? ¿Mi amigo? ¿Mi enemigo? No lo entiendo...  
(Se va doblando el ángulo de la casa.)
- BASOV: La estimo mucho por la pasión con la que... ¿Se ha largado? Pero dígame... ¿por qué esa explosión? Todo el mundo sabe que el escritor debe ser honrado y luchar por el bien de su pueblo y todo lo demás...; que un soldado debe ser valiente y un abogado inteligente... Pues esa mujer indomable tiene que seguir repitiéndolo mil veces... Mejor, vámonos a pescar unas percas... ¿Pero quién diablos habrá enredado los sedales?
- DUDAKOV: Sí..., ella dice muchas cosas inteligentes. Si, su vida es fácil; tiene buena clientela, pocas necesidades...
- BASOV: ¡Y ese bribón de Jacob! ¿Se ha dado cuenta de cómo escurría el bulto cada vez que ella lo acorralaba? (Ríe.) ¡Habla bien, cuando está en forma! Peep, confidencialmente, con su primera mujer, a la que abandonó a los seis meses de la boda...
- DUDAKOV: En ese caso se dice: de la que se separó...
- BASOV: Bueno, de la que se separó, si le parece... Ahora que está muerta intenta apropiarse de su finca. Es astuto. ¿verdad?
- DUDAKOV: ¡N... no! ¡Más bien repugnante!



BASOV: ¡A él no se lo parece... mi querido doctor! ¿Vamos al río?

DUDAKOV: Dígame.

BASOV: ¿Qué?

DUDAKOV: (Lenta y pensativamente). ¿No le parece raro que nos demos asco unos a otros?

BASOV: (Deteniéndose). ¿Cómo? ¿Lo dice usted en serio?

DUDAKOV: Completamente en serio. Somos gente completamente vacía... ¿no?

BASOV: En absoluto. Yo soy, con su permiso, un hombre normal.

DUDAKOV: No estoy bromeando.

BASOV: ¿Quién habla de bromear? Pero a propósito, doctor, tengo que hacerle una pregunta: ¿no irá usted a tirarme al agua?

DUDAKOV: (Encogiéndose de hombros, con aire grave). ¿Para qué?

BASOV: ¿Y yo qué sé? Está usted de un humor un poco raro.

DUDAKOV: (Sombrío). No hay manera de hablar en serio con usted.

BASOV: Entonces déjelo, ¡no me hable en serio!

(Salen Basov y Dudakov. Sonia y Vlas entran por la derecha. Zamyslov sale rápidamente de la casa de los Basov y corre hacia el estrado, donde se le acoge alegremente. Los actores se agrupan a su alrededor para oír sus explicaciones.)

SONIA: No tengo fe en su poseía...

VLAS: Pues hace mal. Tengo piecitas encantadoras, como, por ejemplo:  
Melocotones y ananas  
No han sido hechas para Vlas  
¡A comerlas no llegarás!  
¡No sueñes más con ananas!

SONIA: (Riendo.) ¿Por qué se entretiene en tonterías, Vlas? ¿No podría usted tomarse más en serio?

VLAS: (Con aire misterioso, bajando la voz). Sapiéntísima Sofía: lo he intentado. Y éste es el fruto de mis intentos. (Canturrea con voz de falsete y sobre un motivo vulgar:)  
"Soy demasiado grande para las cosas pequeñas"  
"Y demasiado pequeño para las cosas sublimes."

SONIA: (Seriamente). ¡Basta! Estoy completamente segura de que no le divierte nada hacer el idiota. Dígame, Vlas: ¿Cómo le gustaría a usted vivir?

VLAS: (Con ardor.) ¡Muy bien! Me gustaría vivir con dignidad.

SONIA: ¿Y qué hace para conseguirlo?

VLAS: (Melancólico). Nada. ¡Absolutamente nada!

MARIA LVOVNA: (Llamando desde el bosque). ¡Sonia...!

SONIA: ¡Sí! ¿Qué hay?

MARIA LVOVNA: Vuelve a casa..., tienes visita.

SONIA: Voy... (Maria Lvovna se acerca.) Te confío a este gesticulador. No dice más que tonterías y merece una buena reprimenda.  
(Sale corriendo.)

VLAS: (Resignado). Bueno, adelante. Su querida hija se ha estado metiendo conmigo todo el camino, desde la estación hasta aquí. Pero todavía estoy vivo.

MARIA LVOVNA: (Afectuosamente). ¡Amigo mío! ¿Por qué hace usted el payaso? ¿Por qué se humilla? ¿Para qué sirve?

VLAS: (Sin mirarla). ¿Para qué sirve, dice usted? ¡Esta gente no se ríe nunca y yo quiero que se rían! (Habla sincera y apasionadamente). Estoy harto, María Lvovna, ya no puedo más... No quiero a toda esa gente...; son pequeños como mosquitos. No puedo hablar en serio con ellos...; son ellos los que me llevan a hacer el payaso...; tengo ganas de quejarme, de gemir, de insultarlos... Acabaré bebiendo vodka y ¡que el diablo me lleve! Viviendo entre ellos vivo, sin quererlo, a su manera... y esa vulgaridad me envenena... ¡Vámonos! ¡Tengo tantas, tantas ganas de hablar con usted!



MARIA LYOVNA: (Tomándole por el brazo). ¡Ah, si usted supiera lo que me alegra oírle hablar así!

VLAS: Puede que no lo crea, pero a veces tengo que contenerme para no insultarles, para no decirles palabras duras e hirientes...  
(Se van al bosque. Schalimov, Julia Filipovna y Bárbara entran por la derecha.)

SCHALIMOV: ¡Otra vez palabras serias! ¡Piedad! ¡Las cosas serias me cansan tanto! Basta de filosofía, hasta en la sopa. Quiero llevar una vida vegetativa, cuidar mis nervios, galantear a las mujeres.

JULIA FILIPOVNA: ¿Galantear a las mujeres mientras cuida sus nervios? Muy original. ¿Por qué no me galantea a mí?

SCHALIMOV: Aprovecharé sin falta su amable invitación.

JULIA FILIPOVNA: Yo no le he invitado a nada... Pero dejemos esto... ¡No ha respondido usted a mi pregunta!... Y le pido que hable con sinceridad.

SCHALIMOV: De acuerdo. Creo que la amistad entre el hombre y la mujer es posible, pero no duradera. ¡No se puede engañar a la naturaleza.

JULIA FILIPOVNA: En otras palabras: ¿para usted la amistad es sólo el preludio de amor?

SCHALIMOV: ¡Oh, el amor es algo muy serio! Cuando amo a una mujer quiero elevarla sobre la tierra..., adornar su vida con todas las flores de mis sentimientos y de mi pensamiento...

ZAMYSLOV: (Junto al escenario). ¡Se la espera, Julia Filipovna!

JULIA FILIPOVNA: ¡Voy! ¡Hasta pronto, señor floricultor! Ponga orden en su jardín.  
(Va hacia el escenario.)

SCHALIMOV: ¡Sin falta!... Es encantadora y tan alegre... ¿Por qué me mira usted así. Bárbara Mijailovna?

BARBARA: ¡Le favorecen mucho sus bigotes!

SCHALIMOV: ¿De verdad? Se lo agradezco... ¡No le gusta el tono con que he hablado...? Es usted muy severa. Pero de verdad que no es posible hablarla de otra manera...

BARBARA: Ya no me extraña nada.

SCHALIMOV: Comprendo..., ¿me encuentra cambiado, no? Sin embargo, no puedo exhibir mis sentimientos ante todo el mundo..., como lo hace ese histérico de Riumin. ¡Oh, perdóneme, parece... amigo suyo!

BARBARA: (Negando con la cabeza.) Yo no tengo amigos.

SCHALIMOV: Respeto demasiado los secretos de mi alma para entregárselos a cualquier curioso. Los pitagóricos sólo comunicaban sus misterios a los elegidos.

BARBARA: Sin embargo, creo que los bigotes sobran en su cara.

SCHALIMOV: ¡Al diablo los bigotes! Vamos a dejarlos en paz. ¿Conoce usted el refrán "Si vives con los lobos tienes que aullar con ellos"? No está mal el refrán. Sobre todo para el que ha apurado hasta las heces el amargo cáliz de la soledad. Usted, seguramente, no lo conoce bien... ¿Cómo podría usted comprender a un hombre que...? Pero no me atrevo a entretenerla más...  
(Saluda y se dirige hacia el estrado, donde ante el público reunido Zamyslov atraviesa el escenario cautelosamente, indicando a Simeonov su cometido. Basov sale de la casa, con sus cañas de pescar).

BASOV: ¡Varia! ¡Cómo pican! ¡Hasta el doctor, que no es muy hábil que digamos, sacó a la primera una perca así de grande...! ¡El tío sacó tres! (Mira a su alrededor.) A propósito, ¿sabes lo que he visto cuando venía hacia aquí? Allí, junto al pabellón, junto al pino seco... ¡Vlas, de rodillas ante María Lovna, la besaba las manos! ¿Qué te parece? Querida, tienes que hablarle, es un chiquillo y ella podría ser su madre...

BARBARA: (A media voz). ¡Por favor, Sergio, no hables de esto a nadie... ni una palabra! ¡Te equivocas, no has entendido nada! Si cuentas eso a los demás vas a hacer mucho daño...



BASOV: ¿Por qué te alteras tanto? Bien, de acuerdo, no diré nada. Pero es ridículo, ¿no? Esa María Lvovna....

BARBARA: Dame tu palabra de honor de que lo vas a olvidar.

BASOV: ¿Mi palabra de honor? Bueno. ¡Te lo prometo, diablos! Sin embargo, explícame...

BARBARA: No puedo explicarte nada, pero sé que no es eso... ¡No es lo que tú piensas, no es una novela de amor!

BASOV: ¡Hum!... Bueno..., en fin, ¿qué es entonces? De acuerdo, Varia, me callo, no te enfades. ¡No he visto nada! ¡Ah, sí, Jacob, sabes, ese sí que es un sinvergüenza!

BARBARA: (Horrorizada). ¿Qué le pasa?

BASOV: Es otra historia...

BARBARA: (A media voz, asqueada). ¡Calla, Sergio! ¡No quiero saber nada!... ¡Nada!

BASOV: (Asombrado, habla rápidamente). No es nada trágico... ¡Qué rara estás! Simplemente quiere quitarle la propiedad de su difunta mujer a la hermana de...

BARBARA: (Dolorida y con asco). ¡Por favor, cállate!... Te lo ruego... ¿Cómo puedes no entenderlo?... ¡Ni una palabra más, Sergio!

BASOV: (Ofendido). ¡Perdona, pero deberías cuidarte los nervios, Varia! Te comportas de una manera extraña... y ofensiva, ¡sí!

(Se va rápidamente. Bárbara se dirige lentamente hacia la terraza. Ruidos y risas alrededor del escenario).

ZAMYSLOV: ¡Guardia! ¿Dónde está la linterna?

JULIA FILIPOVNA: ¡Señor Somov! ¿Dónde está mi papel?

SIMEONOV: Simeonov, con su permiso.

JULIA FILIPOVNA: Lo tiene.

ZAMYSLOV: ¡Silencio, señores! ¡Empezamos!

TELON

ACTO PRIMERO *TERCERA*

(Un claro en el bosque. Al fondo, bajo los árboles, y alrededor de una alfombra cubierta de platos y botellas, sentados en la hierba, se encuentran Basov, Dvoietochie, Schalimov, Suslov y Zamyslov. Un poco al margen, un gran samovar, junto al que Sacha lava la vajilla. Pustobayka, tumbado en la hierba, fuma su pipa; a su lado unos remos, unos canastos y un cubo de hierro. En primer plano, a la izquierda, un montón de heno y un gran tronco de árbol arrancado y tumbado. Caleria, Bárbara y Julia Filipovna están sentadas en el montón de heno. Basov está contando algo y los demás escuchan atentamente. Llega en ocasiones, proveniente de la izquierda, la voz de Sonia y el toque de una balalaika y una guitarra. Atardece.)

JULIA FILIPOVNA: Muy aburrido nuestro pic-nic.

CALEPIA: Como nuestra vida.

BARBARA: ¡Los hombres sí se divierten!

JULIA FILIPOVNA: Han bebido mucho y ahora, sin duda, están contando cuentos verdes. (Pausa. La voz de Sonia: "No, no, más despacio." Toque de guitarra. Dvoietochie rompe a carcajadas.) Yo también he bebido, pero eso no me pone más alegre. Por el contrario, un vaso de alcohol me pone más serio... La vida me parece insoportable... y me vienen ganas de hacer locuras.

CALEPIA: (Pensativo). Todo es confuso..., extraño...; todo me da miedo.

BARBARA: ¿Qué es lo que te da miedo?

CALEPIA: La gente... No se puede confiar en nadie.

BARBARA: Te entiendo muy bien.



(Basov con pronunciación armenia: "¿Para qué, mi amor? Así también estoy muy bien!" Todos los hombres estallaron en una carcajada..)

CALERIA: No, no lo entiendes. Ni yo te entiendo a tí. Ni nadie entiende a nadie... Los hombres van a la deriva como témpanos en un helado mar boreal..., chocando unos con otros...

JULIA FILIPOVNA: (Canta suavemente). "La tarde cae... sobre las aguas rojizas..."

BARBARA: La vida se parece a una feria de engaños: cada uno trata de estafar al otro, dando menos para recibir más.

JULIA FILIPOVNA: (Cantando). "La tarde cae..."

CALERIA: ¿Cómo tendrían que ser los hombres?

BARBARA: Tendrían que ser más honrados..., sí..., y más valientes...

JULIA FILIPOVNA: Dejen de razonar. No es nada divertido. Vamos mejor a cantar.

BARBARA: ¡Qué hermoso dúo acaba usted de cantar, Julia Filipovna!

JULIA FILIPOVNA: Sí, es hermoso... ¡y puro! Me gusta todo lo que es puro... ¿No me cree? Es verdad, sin embargo. Me gusta mirar y oír cosas puras. (Se ríe.)

CALERIA: Siento cómo la riliencia me invade el corazón...: es gris como una nube de otoño... Una pesada nube re aplasta el corazón, Varia... No amo a nadie. ¡No quiero amar a nadie! Moriré solterona, vieja y ridícula...

BARBARA: Basta, querida. Nos estás deprimiendo...

JULIA FILIPOVNA: Estar casada es un placer muy dudoso... Sin embargo, yo en su lugar me casaría con Piurin. Es un poco agrio, pero...

(La voz de Sonia: Adelante! No, empieza la mandolina." Se escucha un dúo de mandolina y guitarra.)

BARBARA: No sé por qué, hay una canción triste que me obsesiona. (Solían cantarla las lavanderas en la lavandería de mi madre. Yo era muy pequeña, iba al liceo. Me acuerdo: al volver encontraba la lavandería inundada por un vapor asfixiante, una niebla en la que las mujeres se inclinaban medio desnudas sobre su trabajo, cantando con una voz cansada apenas audible.)

*estudiado* ←

Corpadécete de mí, madre mía  
Corpádece a esta infeliz.  
Mi vida es dura entre gente extraña,  
Y la miseria ha secado mi corazón.

Yo lloraba al oír esta canción.

(Basov dice: "Sacha, dame vino... y otorta...")

*tono más animado* →

¡Yo vivía bien entonces! Aquellas mujeres re querían... Recuerdo que por la noche, una vez que terminaban su trabajo, se sentaban a beber el té en una mesa grande y re invitaban como si fuera una igual.

CALERIA: ¡Qué aburrido es eso que cuentas, Varia! Eres tan aburrida como María Lovna.

JULIA FILIPOVNA: Queridas amigas: ¡Nuestra vida no vale nada!

BARBARA: (Pensativo.) No, no vale nada... Y no sabemos cómo mejorarla. Mi madre trabajó toda su vida. ¡Qué buena era...! ¡Y qué alegre...! Todo el mundo la quería. Fue ella la que quiso que yo estudiara. ¡Fue tan feliz cuando terriné mis estudios en el liceo! En aquella época ya no podía andar. El reumatismo la tenía agarrotada... Y antes de morir me dijo: "No llores, Varia! No hay por que llorar!... Ma llevado mi hora... Me vivido, he trabajado... ¡Ya es bastante!" Murió tranquilamente... Su vida tenía más sentido que la mía. Yo no estoy a gusto en la vida. Su vida tenía más sentido que la mía. Yo no estoy a gusto en la vida... Me parece que estoy entre extraños a quienes no comprendo... ¡No entiendo nuestra vida! ¡La vida de las burlescas personas cultas! Me parece frágil e inestable, como esas barracas que se levantan a toda prisa para una feria... O como el hielo que aprisiona las aguas de un río: el hielo es sólido, brilla, pero por dentro está el barro y los desperdicios... Cuando leo libros honrados y valientes me parece que sale el sol ardiente

*estudiado* ←

*(variosa) repetitiva*

*emixiada*

*La vida de las burlescas*



de la verdad y que el hielo va a fundirse descubriendo su suciedad y que los remolinos del río no tardarán en romperlo en mil pedazos y arrastrarlo a no sé dónde...

CALERIA:

(Con asco y enfado.) ¿Por qué no dejas a tu marido? ¿Qué necesidad tienes de un ser tan vulgar? (Bárbara la mira estupefacta.) ¡Sí, abandónale, vete! ¡Estudia, enamorate de alguien..., pero márchate!

BARBARA:

(Levantándose indignada.) ¡Qué barbaridad!

CALERIA:

¡Nada te lo impide! ¿No estás asqueada...? ¿No te gusta la compañía de las lavanderas?... Tu eres capaz de vivir en cualquier parte.

JULIA FILIPOVNA:

¡Habla muy amistosamente de su propio hermano!

CALERIA:

(Tranquilamente). ¡Sí! ¿Quiere que le diga lo mismo de su marido

JULIA FILIPOVNA:

No se moleste. No creo que así pueda ofenderme. Yo misma le digo con frecuencia cosas que le ponen furioso... y él me paga con la misma moneda. Hace un momento me dijo que soy una libertina.

CALERIA:

¿Y usted qué ha respondido?

JULIA FILIPOVNA:

No le he llevado la contraria. No sé... lo que es el libertinaje, pero soy, naturalmente, curiosa. Y los hombres me provocan una curiosidad malsana... y muy intensa. (Bárbara se levanta y da algunos pasos.) La desgracia es que soy bonita... En el liceo, en segundo, los profesores me miraban ya de tal manera que me daba vergüenza y acababa ruborizándome, lo que, desde luego, parecía gustarles: sonreían como glotones ante el escaparate de un gran restaurante.

CALERIA:

(Estremeciéndose). ¡Brrr!... ¡Qué asco!

JULIA FILIPOVNA:

Sí. Más tarde mis amigas casadas me han enseñado mucho. Pero es a mi marido a quien se lo debo todo. El es quien ha pervertido mi imaginación, quien ha inoculado en mí esa curiosidad malsana... (Píe. Schalimov se separa del grupo de hombres y se dirige hacia las mujeres.) Y yo le hago la vida imposible. Es como en el refrán: "Donde las dan las toman."

SCHALIMOV

(Acercándose). ¡Un bonito refrán! El autor era, sin lugar a duda un hombre bueno y generoso. Bárbara Mijailovna, ¿quiere dar una vuelta hasta el río?

BARBARA:

Sí lo desea..., ¿por qué no?

SCHALIMOV:

Parece usted tan triste... Su hermano es muy distinto: lleno de vitalidad... y muy divertido...

(Salen por el lado derecho.)

CALERIA:

No hay nadie entre nosotros que esté satisfecho con su vida. Ni siquiera usted, que parece siempre alegre...

JULIA FILIPOVNA:

¿Le gusta a usted ese hombre? A mí no me cae muy bien... ¿No es tan frío como una rana?... ¿Vamos nosotras también al río?

CALERIA:

(Levantándose). Como quiera. Me da igual.

JULIA FILIPOVNA:

Creo que está enamorado. Pero ella... ¡Está tan lejos de todo el mundo! Con esa mirada profunda, interrogante... ¿Qué busca? La quiero, pero me da un poco de miedo.

(Salen. Por la derecha resuenan gritos y risas: "¡Pronto, un bote." "¿Dónde están los remos?" "¡Los remos!" Pustobayka se levanta sin prisa y se dispone a salir por la derecha con un remo a la espalda. Suslov y Basov corren hacia allí. Zamylov llega de un salto hasta Pustobayka y le quita el remo.)

ZAMYSLOV:

¡Rápido! ¡Vete al diablo! ¿No oyes los gritos? ¡Puede haber ocurrido una desgracia y tú haces el remolón..., imbécil!

(Sale corriendo.)

PUSTOBAYKA:

(Murmurando.) Si hubiera una desgracia, gritarían de otra manera. ¡Vaya un héroe!

(Durante unos momentos la escena queda vacía. Llegan gritos: "¡Téngalo! ¡Con el remo!" María Lvovna y Vlas entran, muy emocionados, por la derecha.)



MARIA LVOVNA: (Alterada, pero con voz dominada). ¡Basta! ¿Me oye? ¡No quiero que me hable usted así! Nunca le he autorizado...

VLAS: ¡Sí! ¡Quiero hablarla!

MARIA LOVNA: (Extendiendo los brazos en gesto de rechazo). ¡Quiero que me respete!

VLAS: ¡La quiero! ¡La quiero! Amo locamente, con toda mi alma..., su corazón... y su inteligencia... y ese mechón de pelo blanco, tan savero..., y sus ojos, y su voz.

MARIA LVOVNA: ¡Cállese! ¿Con qué derecho...?

VLAS: No puedo vivir sin usted... La necesito como al aire que respiro..

MARIA LVOVNA: ¡Oh, Dios mío! ¿Para qué todo esto...?

VLAS: (Cogiéndose la cabeza con las manos). Usted me ha realzado ante mis propios ojos. Yo erraba sin objeto en las tinieblas... y usted me ha enseñado a tener confianza en mí mismo.

MARIA LOVNA: Máchese... ¡No me torture!... Amigo mío, no hay por qué torturarme...

VLAS: (De rodillas). Usted me ha dado ya mucho, pero no me basta. ¡Sea generosa! Déjeme creer que no sólo soy digno de su amistad, sino también de su amor. ¡No me rechace, se lo suplico!

MARIA LVOVNA: ¡No! ¡Soy yo quien le suplica que se vaya! Más tarde..., le responderé más tarde... Ahora, no... Y levántese, por favor!

VLAS: (Levantándose). Créame: necesito su amor. Mi corazón se ha degradado entre estos hombres míseros... Necesito una llama que lo purifique, que queme la basura y la herrumbre....

MARIA LVOVNA: Respéteme un poco. ¡Soy una mujer vieja! ¡Usted lo ve! Le ruego que se vaya.

VLAS: Está bien..., me voy... ¿Pero me dará una respuesta... más tarde?

MARIA LOVNA: Sí..., después... ¡Máchese!

(Vlas se dirige, por la derecha, hacia el bosque, y tropieza con su hermana.)

BARBARA: ¡Ten cuidado!... ¿Qué te pasa?

VLAS: ¡Eres tú! ¡Perdona!...

MARIA LOVNA: (Tendiendo los brazos hacia Bárbara Mijailovna.) ¡Querida amiga! ¡Venga conmigo.

BARBARA: ¿Qué ha ocurrido? ¿La ha ofendido?

MARIA LVOVNA: No... sí... ¿Ofendido?

BARBARA: ¡Síntese! ¿Qué ha pasado?

MARIA LOVNA: Me ha dicho... (Ríe, mirando a Bárbara con aire perdido.) ¡Me ha dicho que me amaba! A mí, con mis cabellos blancos... y mis dientes postizos... Sí, ¡tengo tres dientes postizos! ¡Ah, querida, soy una vieja! ¿Es que no lo ve? ¡Tengo una hija de dieciocho años! ¡Es imposible!

BARBARA: (Conmovida). ¡Querida mía! Cuéntemelo todo... Una mujer tan fuerte como usted...

MARIA LVOVNA: No soy fuerte...; soy como las demás: una mujer infeliz... ¡Ayúdeme! Tengo que rechazarlo... y no puedo! Es preciso que me vaya de aquí...

BARBARA: Sí, lo comprendo. Le da lástima, pero no le ama. ¡Pobre Vlas!

MARIA LVOVNA: No. ¡La estoy mintiendo! No tengo piedad de él, sino de mí.

BARBARA: (Rápidamente). ¿Por qué?

(Sonia sale del bosque y se detiene un instante tras el montón de heno. Lleva unas flores con la intención de tirárselas a su madre y a Bárbara: al oír las palabras de su madre, hace un movimiento en su dirección. Después da media vuelta y desaparece silenciosamente.)



MARIA LVOVNA: ¡Le amo! ¿Le resulta ridículo? Sí, le amo. Tengo ganas de vivir aunque mi pelo sea blanco. Soy como una hambrienta, todavía no he vivido... Mi matrimonio ha sido una tortura que duró tres años. No he amado nunca. Y ahora, y me avergüenza confesarlo, tengo sed de caricias, de caricias fuertes y tiernas, pero sé que es demasiado tarde..., demasiado tarde... Ayúdeme..., convénzale de que se equivoca, de que no me ama... He sufrido demasiado... ¡Ya basta!

BARBARA: Amiga mía, ¡no la entiendo! Usted le ama, él la ama. ¿Entonces? ¿Tiene usted miedo de los sufrimientos futuros? Tal vez estén muy lejanos!

MARIA LOVNA ¿Cree usted que esto es posible? ¿Y Sonia? ¿Y mi hija? ¿Y mis años? ¡Malditos sean mis años! ¿Y mis canas? ¡Y él es terriblemente joven! Me abandonará al cabo de un año... ¡No quiero ser humillada!

BARBARA: ¿Por qué pesarlo todo..., calcularlo todo? ¡Qué miedo tenemos de la vida! ¡Qué lástima nos damos a nosotros mismos!... No entiendo por qué... Yo misma soy como una mosca enorme y estúpida que choca contra un cristal, que trata de escapar... Me gustaría tanto que fuese usted feliz... Y mi hermano, ¡cuánto lo siento por él! ¡usted podría hacerle tanto bien! No conoció a su madre... Su vida está hecha de penas y humillaciones... Usted sería su madre...

MARIA LVOVNA: (Bajando la cabeza). ¡Sí, su madre! La entiendo... Gracias.

BARBARA: (Precipitadamente). No, no he querido decir...

(Riumin sale del bosque. Ve a las dos mujeres y carraspea. Ellas no le advierten. Se acercan.)

MARIA LVOVNA: Usted no quería decir eso... y sin querer ha dicho la verdad pura y simple. Sí, podría ser su madre..., ¡su amiga!... Querida..., tengo ganas de llorar... ¡Es mejor que me vaya! Mire, ahí está Riumin. Seguramente tengo un aspecto idiota. ¡Una viejecilla alocada!

(Se dirige hacia el bosque con paso lento y cansado.)

BARBARA: Voy con usted!

RIUMIN: (Rápidamente). ¡Bárbara Mijailovna! ¿Puedo pedirla que se quede? No la entretendré mucho tiempo...

BARBARA: La alcanzaré, María Lvovna. Vaya hacia la cabaña del guardia. ¿Qué quiere usted decirme, Pablo Sergueievich?

RIUMIN: (Hechando una mirada a su alrededor). Un momento...

(Baja la cabeza y calla.)

BARBARA: ¿Por qué tiene ese aire misterioso?

(Suslov pasa canturreando por el fondo del escenario, de derecha a izquierda. Se oye la voz de Basov: "Vlas, quería usted recitar unos versos! ¿Adónde va usted?")

RIUMIN: Yo... empezaré... Hace mucho tiempo que me conoce...

BARBARA: Cuatro años... Pero ¿qué le ocurre a usted?

RIUMIN: Estoy un poco emocionado... Tengo miedo... No me atrevo a decirlo... Si usted quisiera...

BARBARA: ¡No le entiendo. ¿Qué tengo que hacer?

RIUMIN: Adivinar... ¡únicamente!

BARBARA: ¿Pero el qué? Hable más claramente...

RIUMIN: (Bajando la voz). Adivinar... lo que estoy tratando de decirle desde tanto tiempo... ¿Lo ha entendido ahora?

(Pausa, Bárbara, frunciendo el entrecejo, mira severamente a Riumin y se aparta de él.)

BARBARA: (Involuntariamente). ¡Qué día más extraño!

RIUMIN: (En voz baja.) Es como si la hubiera querido toda mi vida, ¡antes de verla!, ¡antes de conocerla! Era la mujer de mis sueños..., la imagen divina que se tiene en la juventud. Después se la busca, a menudo sin encontrarla..., pero yo sí la he encontrado... he encontrado mi sueño...



BARBARA: (Con tranquilidad). Pablo Sergueievich, no hablemos de esto. ¡Yo no le amo a usted, no!

RIUMIN: Pero..., quizás..., permítame.

BARBARA: ¿Para qué?

RIUMIN: ¿Qué se puede hacer, entonces? ¿Qué hacer? (Ríe suavemente.) Se acabó. ¡Qué fácil! Hace tanto tiempo que me preparaba a hablar con usted..., temeroso y feliz ante la idea de confesarle mi amor... ¡Y ahora, ya está!

BARBARA: Pero Pablo Sergueievich... ¿Qué puedo yo hacer?

RIUMIN: Sí, sí... ¡La comprendo! Tenía todas mis esperanzas puestas en este amor, y ahora que se han desvanecido ya no puedo vivir...

BARBARA: No hable así. ¡Me hace daño! ¿Acaso es culpa mía?

RIUMIN: Y yo, ¿no siento daño? Desde hace mucho tiempo soporto el peso de una promesa incumplida. En mi juventud juré, ante mí y ante los demás, consagrar, mi vida a lo que yo entonces creía bueno y necesario. Y ahora han pasado mis mejores años sin que haya hecho nada, nada en absoluto. Al principio esperaba, me preparaba, y después, sin darme cuenta, me he acostumbrado a vivir tranquilo y a apreciar esa tranquilidad, a vigilarla como un bien precioso... ¡Ya ve que la estoy hablando con mucha claridad! No me quite esa alegría. Me avergüenza...: el gozo de una confesión...

BARBARA: ¿Pero qué puedo..., qué puedo hacer por usted?

RIUMIN: ¡No es amor lo que pido, sino compasión! Me asusta la vida y sus exigencias apremiantes. Procuro eludirlas con cautela, me escondo tras el biombo de mis teorías... Usted me comprende, ¡lo sé! Cuando la encontré, en mi corazón se despertó una esperanza grande y hermosa. Pensé que usted me ayudaría a mantener mi promesa. ¿Qué usted me daría la fuerza y el deseo de trabajar por una vida mejor!..

BARBARA: (Irritada y angustiada). ¡Pero yo no puedo! ¡Entiéndalo, yo misma no soy nada más que una mendiga! Yo misma no entiendo nada ante la vida. No la encuentro sentido... ¿Acaso es vida la nuestra? ¿Hay derecho a vivir como nosotros lo hacemos? ¡Mi corazón me exige una vida plena y hermosa, pero sólo encuentro a mi alrededor la agitación vacía de los desocupados! Todo esto es vergonzoso y asqueante... Todos tenemos miedo y nos agarramos unos a otros, gimiendo y pidiendo ayuda...

RIUMIN: ¡Yo también pido ayuda! Soy sólo un hombre débil y abúlico, pero ¡sí usted quisiera...!

BARBARA: (Con fuerza.) ¡No es cierto! ¡No le creo! Sólo son palabras lastimeras... Aunque fuera fuerte no le entregaría mi corazón. No creo que un hombre pueda ser transformado por otra fuerza que la suya propia. Se es fuerte o no. Pero ya hemos hablado bastante de esto..., si no pronto voy a sentir rencor.

RIUMIN: ¿De mí? ¿Por qué?

BARBARA: No contra usted..., ¡contra todos! Vivimos en esta tierra como extranjeros..., incapaces de ser útiles. Y me parece que mañana vendrán otros hombres fuertes y valientes que nos barrerán como a basura... Empiezo a odiar la mentira y los engaños...

RIUMIN: ¿Y si yo quisiera ser engañado? ¿De qué me sirve la verdad que acabo de saber? Ya no tengo fuerza para vivir.

BARBARA: (Casi con asco). ¡No desnude su alma ante mí! Siento compasión por el pobre que ha sido robado, pero hacia quien ha despilfarrado lo que tenía o ha nacido con el alma de mendigo..., ¡no puedo sentir la menor compasión!

RIUMIN: (Ofendido.) ¡No sea tan cruel! ¿No es usted también una persona enferma, herida,

BARBARA: (Con energía y orgullo)? Un herido no es un enfermo. Un enfermo es el que ha sido envenenado.

RIUMIN: ¡Tenga piedad de mí! ¿No soy un ser humano?



- BARBARA: ¿Y yo? ¿No lo soy? ¡Sólo me necesita para alcanzar una vida mejor! ¿Eso no es egoísmo? Además, no es usted el único que ha hecho hermosos juramentos en su juventud: hay miles de hombres tan perjuros como usted.
- PIUMIN: (Fuera de sí). ¡Adiós! ¡Ya entiendo! ¡Llego demasiado tarde!... Sólo que su Schalimov... Mírele bien..., ¿acaso él también...?
- BARBARA: (Friamente.) ¿Schalimov? ¿Con qué derecho...?
- PIUMIN: ¡Adiós! ¡No puedo más! Adiós...
- (Sale rápidamente por la izquierda. Bárbara, después de hacer un movimiento para seguirle, mueve la cabeza y se sienta en el tronco. Por el fondo, cerca de la alfombra llena de platos, aparece Suslov. Vacía un vaso. Bárbara se levanta y sale por la izquierda. Piumin vuelve a aparecer por el lado derecho, mira en torno suyo, y después con un gesto de despecho, se deja caer en el rontón de heno. Suslov, algo bebido, se le acerca silbando.)
- SUSLOV: ¿Ha oído usted?
- PIUMIN: ¿Qué?
- SUSLOV: (Sentándose). La discusión.
- PIUMIN: ¿Qué discusión?
- SUSLOV: (Encendiendo un cigarillo). Entre Vlas, el escritor y Zaryslov.
- PIUMIN: No.
- SUSLOV: ¡Lástima!
- PIUMIN: No le prenda fuego al heno...
- SUSLOV: ¡Qué importa!... Sí, se han peleado... Pero todo eso es sólo una farsa... A mí también me gustaba filosofar hace tiempo. Sé lo que valen las palabras de moda: conservadurismo, intelectualidad, democracia... y ¿qué más? Promas. El hombre pertenece al reino animal. ¡Esa es la única verdad! ¡Y usted lo sabe muy bien! Usted hace muchas carantoñas y lo que de verdad le gusta es comer, beber y tener una mujer... ¡Es un hecho! Sí... Cuando habla Schalimov lo entiendo: es un literato y jugar con las palabras es su oficio; lo entiendo también en Vlas, que es joven: pero cuando interviene Zaryslov, ese estafador, esa bestia malévola, me dan ganas de pegarle un puñetazo en la cara... ¿No lo sabe usted? ¡Ha metido a Pasov en un bonito negocio! Entre los dos, Pasov y ese pillo, han robado sobre los cincuenta mil... ¡Perfectamente! Después de este asunto su reputación está completamente hechada a perder. ¡Y esa Bárbara que no llega a decidir qué amante escoperará!
- PIUMIN: ¡Dice usted cosas innobles!
- (Sale rápidamente.)
- SUSLOV: ¡Pobre idiota! (Pustobayka sale por la derecha, se quita la pipa de la boca y mira fijamente a Suslov.) ¿Qué miras? Lárgate.
- PUSTOBAUKA: Sí, ya me voy.
- (Sale sin prisa.)
- SUSLOV: (Acomodándose en el montón de heno, canturrea). "El dinero gobierna el mundo..." (Tose.) Todos son unos cerdos... El dinero es una bagatela... cuando se tiene... (Soñoliento.) Pero la opinión de los demás..., cuando no se ha bebido..., cuenta... Todos ustedes son unos cerdos..., se lo digo yo...
- (Se duerme. Llegan Olga y Dudakov, abrazados. Ella se aprieta contra su marido, escrutando su cara.)
- DUDAKOV: Ambos estamos equivocados, es cierto... Con este trajín de pequeñas preocupaciones hemos dejado de respetarnos. Además, ¿por qué tendrías que respetarme? ¿Quién soy yo?
- OLGA: Ciril querido..., eres el padre de mis hijos, Te respeto... y te quiero.
- DUDAKOV: ¡Qué cansancio! Me dejo ir, no domino mis nervios, y tú te tomas el más pequeño incidente a pedno. Así se crea una situación infernal.
- OLGA: Sólo te tengo a ti en el mundo. A ti y a nuestros hijos... No tengo a nadie más.



- DUDAKOV: Recuerda, Olga, que en otro tiempo soñamos con una vida mejor...  
(Aparecen tras los árboles Julia Filipovna y Zamylov, a la izquierda.)
- OLGA: ¿Pero qué podemos hacer? ¿Qué hacer? Teneros hijos y necesitan toda nuestra atención.
- DUDAKOV: Sí, los hijos..., de acuerdo... Y, sin embargo, a veces uno se hace preguntas...
- OLGA: ¡Querido mío! ¿Qué podemos hacer...?  
(Desaparecen en el bosque.)
- JULIA FILIPOVNA: (Sale riendo). ¡Qué conmovedor! ¡Es una buena lección para mí!
- ZAMYLOV: Un prólogo al hijo número cinco, ¿o al número seis? Entonces, querida Julieta..., ¿te espero?
- JULIA FILIPOVNA: (Purlona). ¡Ya no sé cómo debo comportarme! Fran tan encantadores los dos... ¿Y si volviera al camino del bien, eh, mi tontito?
- ZAMYLOV: Déjalo para más adelante, Julieta...
- JULIA FILIPOVNA: Sí, más adelante; por el momento prefiero el camino del vicio y que mi novela de vacaciones ruera de la mejor manera... ¿Por qué gritaban tanto Vlas, el escritor y usted?
- ZAMYLOV: Vlas estaba hoy un poco chalado... Hemos hablado de nuestras creencias...
- JULIA FILIPOVNA: ¿Y cuáles son las tuyas?
- ZAMYLOV: ¿Las mías? Yo sólo creo en mí mismo, Julieta. Y en mi derecho a vivir a mi manera.
- JULIA FILIPOVNA: Y yo no creo en nada.
- ZAMYLOV: En mi pasado hay un niño hambriento... y un joven también hambriento... harto de humillaciones... Es triste mi pasado, Julieta. He visto y he sufrido muchas cosas duras y brutales. Y ahora soy el único juez y el único dueño de mi vida. ¡Eso es todo! Bueno, me voy... Adiós, encanto. En lo sucesivo deberíamos ser más prudentes... Dejar de vernos un poco...
- JULIA FILIPOVNA: (Enfáticamente). Lejos o cerca..., ¿qué importancia tiene, caballero mío? ¿Qué podemos temer nosotros que nos amamos con locura?
- ZAMYLOV: Me largo, tesoro.  
(Se va hacia el bosque. Julia Filipovna le mira desaparecer, lanza un gran suspiro y se dirige hacia el montón de heno canturreando a medio voz: "Tranquiliza mi alma atormentada por la angustia..." De repente, al ver a su marido, se estremece y permanece inmóvil: después hace un movimiento para alejarse, pero cambia de opinión y se sienta a su lado, sonriendo. Cosquillea su cara con una brizna de hierba y Suslov emite un gruñido.)
- JULIA FILIPOVNA: ¡Qué suave música!
- SUSLOV: ¡Demonios!... ¡Ah, eres tú!
- JULIA FILIPOVNA: ¡Cómo hueles a vino! Ni siquiera un montón de heno puede con tal olor. ¡Te perderán los vinos caros, amigo mío!
- SUSLOV: (Extendiendo los brazos). Julia..., tú..., ¡tan cerca! Hace ya tanto tiempo....
- JULIA FILIPOVNA: Es inútil recordar aquellos momentos felices, amigo mío... Dime, ¿quieres darme un gusto?
- SUSLOV: ¡Todos los que quieras! ¡No hay nada que yo no haría por tí, Julia!
- JULIA FILIPOVNA: Así debe hablar un buen marido.
- SUSLOV: (Resándole la mano). Vamos, dime..., ¿qué quieres?
- JULIA FILIPOVNA: (Sacando del bolsillo un pequeño revólver). ¿Nos matamos, amigo mío? ¿Primero tú... y después yo?
- SUSLOV: ¡Qué broma de mal gusto, Julia! Tira esa porquería... ¡Tírala, por favor!
- JULIA FILIPOVNA: ¡Espera! ¡Baja las manos! ¿No te gusta mi propuesta? ¿No querías matarme? Me iría la primera si no tuviera miedo de que me engañes y sigas viviendo, y me niego a ser engañada otra vez y separarme de ti... Así viviremos juntos mucho, mucho tiempo..., ¿no te ilusiona?



- SUSLOV: (Torturado). Escucha, Julia... ¿Cómo puedes tú...?
- JULIA FILIPOVNA: ¡Puedo, ya lo ves! <sup>Mirando raro</sup> ¿Quieres que empiece contigo?
- SUSLOV: (Tapándose la cara). ¡No me mires así!... No puedo más... ¡Me voy!
- JULIA FILIPOVNA: ¡Vete! ¡Te dispararé a la espalda! Pero, no, no puedo; ahí viene María Lvovna... ¿Por qué no te enamoras de ella? ¡Tiene unos cabellos tan hermosos!
- SUSLOV: (En voz baja). ¡Me estás volviendo loco! ¿Qué te he hecho? ¿Por qué me odias?
- JULIA FILIPOVNA: (Desdeñosa). A ti no se te puede odiar...
- SUSLOV: (En voz baja, sin aliento). ¿Por qué me torturas, dime, por qué?  
(Llega María Lvovna, con la cabeza baja, absorta en sus pensamientos. Suslov, de pie ante su mujer, vigila la mano que sostiene el revólver.)
- JULIA FILIPOVNA: ¡María Lvovna! Venge aquí... Has hecho de mí una mujer innoble, Pedro... ¡Marchate! ~~¿Volveres pronto, María Lvovna?~~
- MARIA LVOVNA: ¡No lo sé! Todo el mundo ha desaparecido por el campo. ¿Dónde está Fárbara Mijailovna?
- JULIA FILIPOVNA: Con ese escritor, me parece. ¿No querías ir al río, Pedro? Vete, no te echaré de menos.  
(Suslov sale sin decir palabras.)
- MARIA LVOVNA: (Distraídamente). ¿Es usted muy dura con él?
- JULIA FILIPOVNA: Eso le sienta bien. Hay un filósofo, me han dicho, que aconseja a los hombres: "Cuando vayas a ver a una mujer, coge el látigo."
- MARIA LVOVNA: Nietzsche...
- JULIA FILIPOVNA: Estaba medio loco, ¿no? Yo no conozco a ningún filósofo, ni loco ni inteligente, pero si yo lo fuera, diría a la mujer: "Cuando te acerques al hombre, querida, lleva una buena estaca." (Olga y Caleria aparecen por el fondo del claro, desde la izquierda; se sientan en la alfombra.) Me han contado también que entre los salvajes de una tribu existe la siguiente costumbre: antes de tomar la flor del placer el hombre propina a su compañera un gran estacazo en la cabeza. Entre nosotros, gente civilizada, esta costumbre se practica después del matrimonio. ¿Le han dado a usted estacazos, María Lvovna?
- MARIA LVOVNA: ¡Y cómo!
- JULIA FILIPOVNA: (Sonriendo). Los salvajes son más honrados, ¿no le parece? ¿Pero por qué está usted tan sombría?
- MARIA LVOVNA: No me haga preguntas. ¿Es difícil su vida?  
(Llega Dvoietochie por la derecha, con una caña de pescar en la mano.)
- JULIA FILIPOVNA: (Riendo). ¿No ha oído usted alguna vez quejarme? Yo estoy siempre alegre... Aquí está nuestro tío...: yo le quiero mucho.
- MARIA LVOVNA: Sí, es muy simpático.
- DVOIETOCHE: Se me ha caído el sombrero al río. Los jóvenes han intentado recuperarlo, pero sólo han conseguido hundirlo del todo. ¿No tendrían un pañuelo para mí? Mi calva fascina a los mosquitos.
- JULIA FILIPOVNA: Voy a buscarle uno.  
(Se aleja hacia el fondo de la escena.)
- DVOIETOCHE: Vlas nos ha hecho reír a carcajadas... ¡Qué muchacho más divertido!
- MARIA LVOVNA: ¿Está... alegre?
- DVOIETOCHE: ¡Fantásticamente! Suelta chispas. Nos ha recitado sus versos: "Me miró usted a los ojos", dijo. "Y esa mirada atravesó mi corazón", y luego...
- MARIA LVOVNA: (Precipitadamente). ¡Basta! Ya conozco esos versos. Dígame... ¿va usted a quedarse mucho tiempo aquí?
- DVOIETOCHE: Pensaba quedarme hasta el final de mi vida, pero esa idea no parece del agrado de mi sobrino. Entonces me pregunto: ¿qué debo hacer? Tengo dinero, sí..., pero nada más.



- MARIA LVOVNA: (Distraidamente, sin mirarle). Realmente ¿es usted tan rico?
- DVOIETOCHE: ¡Figúrese! Cerca de un millón. Sí. Cerca de un millón. Será para Pedro, después de mi muerte. Se diría que no le importa nada. ¡No es muy amable conmigo, no! Si bien es cierto que está seguro de conseguir mi dinero. Entonces, ¿para qué molestarse? ¡Jo, jo!
- MARIA LOVNA: (Interesándose más). ¡Pobre hombre! Sería mejor que gastara todo ese dinero en alguna obra social... Sería mucho más útil.
- DVOIETOCHE: ¡Pues sí! Ya me lo aconsejó alguien, pero no tenía confianza en él: era un pillo que se hacía pasar por liberal. Pero, por otra parte, debo confesar que no me hace ninguna ilusión dejarle todo el dinero a Pedro. No lo necesita. ¡Ya se considera un gran personaje! (María Lvovna ríe. Dvoietochie la mira atentamente) ¿Por qué se ríe? ¿Le parezco idiota? No, no soy idiota... pero no sé vivir solo, eso es todo. Usted, sin embargo, parece una mujer muy valiente.
- MARIA LVOVNA: Gracias.
- DVOIETOCHE: Soy yo quien se las da. Me ha llamado usted "pobre hombre" y es la primera vez que me lo dicen... Todo el mundo me cree rico... hasta yo mismo... lo creía... ¡Jo, jo!
- JULIA FILIPOVNA: (Trayendo un pañuelo). ¿Se está usted declarando, tío?
- DVOIETOCHE: ¿A mí edad? Yo sólo soy capaz de una declaración de respeto... Hágame un nudo bonito...
- JULIA FILIPOVNA: Ya está; le sienta de maravilla.
- DVOIETOCHE: ¡No pastes bromas! ¡Tengo una cara viril yo! Varos a comer algo... Quería preguntarte: ¿No quieres a tu marido, verdad?
- JULIA FILIPOVNA: ¿Cree usted que se le puede querer?
- DVOIETOCHE: ¿Por qué te has casado con él?
- JULIA FILIPOVNA: Fingía ser un buen tipo.
- DVOIETOCHE: (Rompiendo a reír). ¡Eres divertidísima!
- (Los tres se dirigen hacia el fondo de la escena. De aquella parte llegan ruidos y risas continuas, aunque no muy fuertes. Por la izquierda entran Pasov, algo bebido, Schalimov, Dudakov y Vlas. Los tres primeros se instalan en el montón de heno. Vlas va hacia el fondo.)
- ZAMYSLOV: (Gritando desde el bosque). Amigos, ya es hora de volver.
- BASOV: ¿No es bonito esto, Jacob? ¡Un hermoso paseo!
- SCHALIMOV: ¿Y tú que sabes? Te has quedado todo el tiempo sentado en el mismo sitio, bebiendo como un agujero...
- (En el fondo del escenario, Sonia coloca el pañuelo en la cabeza de Dvoietochie. Pisas. Zamyslov, saliendo del bosque, llega a la alfombra, de donde coge una botella y unos vasos y se dirige hacia Basov, seguido de Dvoietochie, que rechaza a Sonia con las dos manos.)
- BASOV: (Dejándose caer en el montón de heno.) Ya estoy sentado otra vez! Es la mejor postura para gozar de la naturaleza. La naturaleza, los bosques, los árboles, el heno... ¡Amo todo esto! (Tristemente.) Y a los hombres también... Y a mi pobre país, inmenso y absurdos... ¡A mi Rusia! Amo a todo y a todos... Mi alma es tierna como un melocotón. Jacob, aprovecha esta hermosa imagen: un alma tierna como un melocotón.
- SCHALIMOV: De acuerdo, la aprovecharé...
- PASOV: ¡Ah, el vino!... ¡Ponérre un poco!... ¡Qué bueno es! ¡Qué agradable, amigos! ¡La vida es un excelente entretenimiento... para quien la mira con amistad y confianza... Hay que mirarla de frente con los ojos ingenuos de un niño..., y entonces todo se hace perfecto.
- (Dvoietochie ríe, escuchando la charla de Basov.)
- SCHALIMOV: Fres demasiado charlatán. Serpio.
- BASOV: No juzguéis si no queréis ser juzgados... Hablo tan bien como tú. Tú eres un hombre de palabras hermosas y yo también... Mira, oigo la voz de María Lvovna..., una excelente persona..., digna del respeto más profundo...



- SCHALIMOV: A mí no me gusta esa ametralladora... En general no soy admirador de las mujeres dignas de respeto.
- BASOV: ¡Eso sí que es verdad! Son preferibles las mujeres indignas. ¡Es un hecho!
- DVOIETOCHEI: ¡Qué cosas dice este hombre! Él, que está casado con una reina, por así llamarla...
- BASOV: ¿Mi mujer? ¿Varia? ¡Oh, es una purista..., esto es, una puritana! Quiero decir... ¡Una mujer asombrosa! ¡Una santa! ¡Pero como se aburre uno en su compañía...! Lee mucho y cita a menudo a los apóstoles. ¡Rebamos a la salud de mi mujer!
- SCHALIMOV: ¡Una conclusión completamente inesperada! En cuanto a María Lvovna.
- BASOV: (Interrumpiéndole). ¿Sabes que tiene un flirt con mi secretario?... ¡He visto una de sus declaraciones de amor...!
- DVOIETOCHEI: ¡Hum!... Tal vez sería mejor no mencionarlo.  
(Se aleja.)
- BASOV: ¡Oh, sí! ¡Es un secreto!
- CALEPIA: (Acercándose) ¿No has visto a Varia?
- BASOV: ¡Hombre, mi hermana! ¡La querida poetisa! ¿Te ha leído sus versos, Jacob? Tienes que leerlos... ¡Están muy bien! Nubes, montañas..., estrellas..., sólo cosas elevadas.
- CALEPIA: ¿Has bebido? ¿No?
- BASOV: Un solo vaso.
- ZAMYSLOV: De esta botella.
- SCHALIMOV: Me interesan mucho sus intentos poéticos, Caleria Vasilievna.
- CALEPIA: ¿Y si le cogiera la palabra y le trajera cuatro cuadernos gordos?
- SCHALIMOV: No intente darme miedo.
- CALEPIA: ¡Veremos!
- JULIA FILIPOVNA: (Canta en el bosque.) Ya es hora de volver..., de volver...
- CALEPIA: ¿Regresamos?
- SONIA: Sí, todo el mundo está cansado.  
(Caleria va hacia la derecha, se encuentra con Sonia y le habla en voz baja. Zamyslov parte en busca de Julia Filipovna. Basov le mira ir, guiña un ojo y habla a Schalimov al oído. Schalimov se ríe.)
- CALEPIA: Cada vez que salgo de casa me acompaña una vaga esperanza..., pero siempre regreso solo. ¿A usted no le pasa?
- SONIA: No.
- CALEPIA: Ya le pasará.
- SONIA: (Fiéndose). Me parece que se divierte mucho diciendo cosas tristes.
- CALEPIA: ¡Sí! Me gustaría que la sombra angustiosa de un pensamiento noble algún día sus ojos claros. Dígame, la veo frecuentemente rodeada de gente prosera y desharrapada, y me admira mucho su valor ante la suciedad de la vida. ¿Esa gente no le da un poco de asco?
- SONIA: (Riendo). Sólo su piel está sucia; podría arreglarse con jabón.  
(Van hacia el fondo de la escena, mientras siguen hablando).
- SCHALIMOV: (Levantándose). ¡Qué lengua más larga tienes, Sergio! Ten cuidado, tú también estás casado...
- BASOV: ¿Yo?
- SCHALIMOV: La naturaleza es hermosa, pero hay demasiados mosquitos. ¿Dónde está mi manta?  
(Va hacia la derecha. Al fondo, Sonia, Sacha y Pustobayka recogen y ordenan las cosas. Bárbara aparece por la izquierda, cerca del montón de heno. Lleva un ramo de flores)
- VLAS: ¿Quién vuelve en canoa?
- BASOV: ¿Estás paseando, Varia? Y yo estoy aquí solo... Se han ido todos.
- BAPBAPA: Otra vez has bebido demasiado...
- BASOV: ¿Tú crees?



- BARBAPA: Te hace daño, ya lo sabes. Te quejarás otra vez del corazón.
- BASOV: Es oportuno sobre todo lo que... ¡No me enjuicies. Varía! Siempre me hablas en un tono severo y duro..., y yo soy un hombre tierno, Tengo el corazón afectuoso de un niño... ¡Siéntate aquí, querida mía!... Vamos a hablar con el corazón en la mano, Tenemos que explicarnos...
- BARBAPA: ¡Déjame! Todo el mundo se dispone a regresar. Levántate, Sergio, y vete al bote... ¡Vamos, rápido!
- BASOV: Está bien, ya voy... ¿Ir a dónde? ¿Hacia allá? Bueno.
- (Se va titubeando. Bárbara le ve marchar con aire severo. Al volverse encuentra a Schalimov, que se acerca con una sonrisa afectuosa).
- Edwin Schalimov* 4/abr/2002
- SCHALIMOV: Tiene usted un aire lánguido y ¡qué tristes están sus hermosos ojos!... ¿Cansada?
- BARBARA: Un poco.
- SCHALIMOV: Yo lo estoy mucho. *Pensativa* Cansado de mirar a estas gentes... Y me duele verla a usted entre ellos... ¡Perdóneme!
- BARBARA: ¿Por qué?
- SCHALIMOV: ¿No se ha sentido herida?
- BARBAPA: Se lo hubiera dicho.
- SCHALIMOV: La veo estar, silenciosa, entre esa ruidosa multitud, con esa interrogación en los ojos... Para mí su silencio es más elocuente que cualquier palabra. Yo también he conocido el peso helado de la soledad. *Hubo la flor*
- SONIA: (Gritando). ¡Mamá! ¿Vas en el bote?
- MARIA LOVNA: (Respondiendo desde el bosque.) No, vuelvo a pie.
- BARBARA: (Tendiendo una flor a Schalimov). ¿Quiere uno?
- SCHALIMOV: (Inclinándose). Gracias. Conservo siempre preciosamente las flores que se me ofrecen con tan amistosa sencillez. (Se oye gritar a Vlas, desde la derecha: "¡Eh, guardia! ¿Dónde están los otros reos?") Meteré esta flor en un libro, y si algún día lo ojeo, pensaré en usted... Sentimental y ridículo, ¿no le parece?
- BARBAPA: (En voz baja y dejando caer la cabeza). Síra...
- SCHALIMOV: (Observándola atentamente). Debe usted aburrirse mucho entre esta gente que, trágicamente, es incapaz de vivir.
- BARBARA: Enséñeles a vivir mejor.
- SCHALIMOV: No soy tan presuntuoso. Sólo soy un observador solitario, ajeno a todos; no sé hablar en voz alta y mis palabras no harían a esa gente más valiente... ¿En qué piensa usted?
- BARBARA: ¿Yo?... Le comprendo... y estoy tan triste como si de repente supiese que una persona cercana a mí está enferma de una enfermedad incurable.
- (Se oyen ruidos a la derecha.)
- SCHALIMOV: (Sin escuchar a Bárbara). ¡Si usted supiera con cuánta sinceridad le hablo! Seguramente no va a creerme, pero debo decírselo: ante usted siento la necesidad de ser más sincero, mejor, más inteligente...
- BARBARA: Se lo agradezco...
- SCHALIMOV: (Besándola la mano, muy conmovido). Cuando estoy a su lado es como si me encontrara en el umbral de una felicidad desconocida, profunda como el mar... Me parece que hay en usted una fuerza mágica capaz de atraer al hombre, como el imán al hierro... Y se despierta en mí un pensamiento audaz, un pensamiento loco... Creo que si usted... *(esperar...)*
- (Se interrumpe y mira en torno suyo: Bárbara le observa.)
- BARBARA: Que si yo... ¿qué?
- SCHALIMOV: ¿No se burlará usted de mí? ¿Quiere que se lo diga?
- BARBARA: No. Ya he comprendido... No es usted un seductor muy hábil...



- SCHALIMOV: (Confuso). ¡Me ha entendido mal! Usted...
- BARBARA: (Con sencillez y tristeza). ¡Cómo me gustaban sus libros! ¡Y cómo le he estado esperando! Vea en usted un hombre luminoso. ¡Un hombre capaz de entenderlo todo! Así le vi en una velada literaria... Yo entonces sólo tenía diecisiete años, y desde aquel día su imagen ha vivido en mi memoria brillante como una estrella..
- SCHALIMOV: (Con voz sorda, bajando la cabeza). Escuche..., no siga hablando.. le pido perdón...
- BARBARA: Cuando la vulgaridad del mundo circundante me asfixiaba, pensaba en usted y eso me aliviaba, tenía una lejana esperanza...
- SCHAMILOV: Hay que ser generoso...; hay que comprender...
- BARBARA: ¡Y al fin a llegado usted! ¡Igual a todos los demás! Exactamente igual... Dígame..., ¿qué le ha sucedido? ¿Es imposible conservar una pureza moral?
- SCHALIMOV: (Acalorándose). ¡Permítame! ¿Por qué todas esas exigencias cuando se trata de mí? Ustedes, todos ustedes viven como les parece: pero yo, como soy escritor, tendría que vivir según sus disposiciones?
- BARBARA: ¡No hable usted así! ¡Y tire mi flor! ¡Se le he dado al que era para mí el mejor de los hombres! ¡Tire esa flor!
- (Sale rápidamente.)
- SCHALIMOV: (Siguiéndola con la mirada). ¡Al diablo! (Estrujando la flor.) ¡Qué víbora!
- (Se limpia la cara con gesto nervioso y sigue a Bárbara. Dudakov y Olga llegan por la derecha.)
- DUDAKOV: Casi llegamos tarde.
- OLGA: ¡Qué cansada estoy! Querido Ciril..., no olvides este día...
- DUDAKOV: Ni tú... la promesa de dominar mejor tus nervios.
- OLGA: ¡Querido! ¡Qué feliz soy!... Ahora nuestra vida será más luminosa...
- (Pasan de largo. Pustobayka sale por la derecha; lleva una cesta y busca algo en el suelo.)
- PUSTOBAYKA: ¡Cómo lo han ensuciado todo! Una vez que se han ido, sólo quedan desperdicios y basura... ¡No hacen más que ensuciar la tierra!
- (Sale por la izquierda.)
- JULIA FILIPOVNA: (Gritando desde el bosque). ¿Falta algo ya?
- SONIA: ¡Mamá! ¡Auuuu!
- BASOV: ¡Auuuu!
- (María Lvovna sale por la izquierda; su cara refleja la fatiga y el desánimo.)
- MARÍA LVOVNA: ¡Estoy aquí, Sonia!
- SONIA: (Llega corriendo). ¡Vámonos, mamá! ¡Vamos! ¿Pero qué te pasa?
- MARÍA LVOVNA: Nada. Vuelvo a pie. Diles que no me esperen.
- SONIA: (Gritando, con las manos alrededor de la boca, a la manera de una bocina). No nos esperen... Máchense... Volveremos a pie. ¿Cómo? ¡Hasta la vista!
- LA VOZ DE DVOIETOCHIE: ¡Se cansarán!
- SONIA: ¡Adiós!
- MARÍA LVOVNA: ¿Por qué no te has ido con ellos?
- SONIA: Porque me he quedado contigo.
- MARÍA LVOVNA: Bueno, vámonos.
- SONIA: No, espera un momento... ¡Qué melancólica estás, mamá! ¡Mi querida mamá! Siéntate... Así. Déjame que te abrace... así! Y ahora dime, ¿qué te pasa?
- (Llegan del bosque ruidos, risas y exclamaciones.)
- JULIA FILIPOVNA: (Desde el bosque.) ¡No balanceen el bote!
- ZAFYSLOV: (Desde el bosque). ¡No, nada de canciones! ¡Música!



BÁSOV:

(Idem.) ¡Adelante con la música!

(Se oye afinar la guitarra y la mandolina.)

LA VOZ DE VLAS:

¡Soltamos amarras!

MARIA LVOVNA:

Sonia..., hijita! Si tú supieras...

SONIA:

(Con sencillez). Lo sé.

MARIA LVOVNA:

Tú no sabes nada.

SONIA:

¡Mamaíta! ¿Te acuerdas? Cuando era pequeña y no conseguía entender una lección, lloraba como una idiota, y entonces tú venías y me apretabas la cabeza contra el pecho, así, y me acunabas. (Canta.

"Arorro mamaíta,  
Arorro queridita..."Me parece que hoy eres tú la que no ha entendido la lección...  
Si le quieres...

(Llega la risa de Dvoietochie.)

MARIA LVOVNA:

¡Calla, Sonia! ¿Cómo lo sabes?

(Se oye el toque de la guitarra y la mandolina.)

SONIA:

¡Ssss!... No te muevas...

"Arorro mamaíta,  
Arorro queridita..."

Tengo una madre muy inteligente que me ha enseñado a pensar con sencillez y claridad... Es un buen muchacho, mamá. ¡No lo rechaces! Contigo será todavía mejor. Ya has creado un ser logrado... Porque yo no soy un ser fracasado. ¡No es cierto!... Bueno, pues ahora crearás a otro...

MARIA LVOVNA:

¡Querida mía! ¡Es imposible!

SONIA:

¡Ssss! Será un hermano para mí... Es un poco tosco, es cierto, pero tú que tienes tanta ternura le harás más suave... Le enseñarás a trabajar con amor, como lo haces tú y como me has enseñado a hacerlo a mí. Será buen camarada mío... y viviremos magníficamente los tres primero... y luego los cuatro... porque, mamá querida, me voy a casar con ese monstruo de Max... ¡Le quiero tanto y es tan bueno!

MARIA LVOVNA:

Sonia, hijita..., serás feliz..., lo serás.

SONIA:

¡SSsss! ¡No te muevas! Acabaremos nuestros estudios, él y yo, y llevaremos una vida luminosa y bella. ¡Seremos cuatro seres humanos, mamá! ¡Cuatro seres valientes y honrados!

MARIA LVOVNA:

¡Querida! ¡Mi alegría! Seremos tres: tú, tu marido y yo. El, si está con nosotros será tu hermano... y mi hijo.

SONIA:

Tendremos una vida digna de ser vivida, mamá. Todo irá bien. Mientras tanto, ¡descansa, mamaíta, y no llores!

"Arorro mamaíta,  
Arorro queridita..."

(Las lágrimas enturbian la voz de Sonia. Desde la lejanía llegan, apenas audibles, los sonos de una guitarra y una mandolina).



## ACTO CUARTO

(El decorado del segundo acto. Atardece. El sol se ha puesto ya. Basov y Suslov, bajo los pinos, juegan una partida de ajedrez, Sacha instala la mesa para la cena en la terraza. Del bosque, desde la derecha, llegan los sonidos roncós de un gramófono. En el interior de la casa Caleria toca al piano una melodía triste)

- BASOV: Nuestro país necesita sobre todo hombres de buena voluntad. Un hombre de buena voluntad es evolucionista y no tiene prisa.
- SUSLOV: Te como la torre...
- BASOV: Cómela... Un hombre de buena voluntad sabe modificar progresivamente, pero su trabajo es duradero...  
*las formas de la vida, lo hace imperceptiblemente,*  
(Dudakov se acerca a buen paso.)
- DUDAKOV: ¿Mi mujer no está aquí?
- BASOV: ¡No! Siéntese, doctor...
- DUDAKOV: No tengo tiempo... Tengo que preparar para la prensa el informe sobre los maestros.
- BASOV: ¡Creo que lo está preparando desde hace dos años!
- DUDAKOV: (A punto de salir). Soy el único que trabaja. ¡Hay mucha gente, pero pocos trabajadores! ¿Por qué?  
(Sale.)
- BASOV: ¡Qué tipo más absurdo!
- SUSLOV: Tú juegas.
- BASOV: Si... ¡Ya está! Pueno, como te iba diciendo, hay que tener buena voluntad. La misantropía, amigo mío, es un lujo superfluo... Hace once años que lleve aquí con una alfombra y una cartera por toda fortuna: la cartera estaba vacía y la alfombra era de las más delgadas. Y yo lo estaba tanto como la alfombra.
- SUSLOV: Jaque a la reina.
- BASOV: ¡Diablos! ¿Cómo se me ha escapado el movimiento de tu caballo?
- SUSLOV: Si juegas y filosofas, pierdes...  
(Se concentran. María Lvovna y Vlas entran por la derecha sin advertir la presencia de los jugadores de ajedrez.)
- MARIA LVOVNA: (En voz baja.) ¡Mi querido, mi buen amigo! Créame, pronto olvidará todo esto. Y entonces me lo agradecerá.
- VLAS: (En voz alta). ¡Sí supiera cómo sufro!  
(Basov escucha y hace señas a Suslov para que calle.)
- MARIA LVOVNA: ¡Váyase de aquí...; váyase pronto, amigo mío! Le prometo que le escribiré. Trabaje, hágase un sitio en la vida... Sea valiente, no ceda nunca a las circunstancias. Es usted bueno y yo le quiero. ¡Sí, sí, le quiero! (Basov abre los ojos con asombro; Suslov le mira sonriendo). Todo esto es inútil para usted y espantoso para mí... No me avergüenza confesarlo: ¡Tengo miedo! Su pasión se apagaría pronto, mientras que yo, a medida que pase el tiempo, le necesitaría a usted cada vez más... Y todo esto acabaría de una manera ridícula... o vulgar... y muy triste para mí.
- VLAS: No, se lo juro.
- MARIA LVOVNA: No hay por qué jurar.
- VLAS: Aunque pase el amor, queda siempre el respeto...
- MARIA LVOVNA: Es demasiado poco para una mujer que ama... Y, además, hay otra cosa, amigo mío: puede ser ridículo, incluso anormal, pero me avergonzaría vivir para mis sentimientos personales: me parece que en nuestros días no tenemos derecho. ¡Váyase, amigo mío, váyase! Y no olvide esto: en los momentos difíciles, cuando necesite una amiga, vuelva a verme..., yo le acogeré como a un hijo amado tiernamente. ¡Adiós!
- VLAS: Deme su mano... Querría arrodillarme ante usted... ¡Cómo la amo! Tengo ganas de llorar... ¡Adiós!
- MARIA LVOVNA: Adiós, mi buen y querido amigo. No olvide mi consejo; no hay que tener miedo de nada... y no sorprenderse jamás a nada ni a nadie... ¡Jamás!...



- VLAS: Me voy... ¡Amor mío! Mi primer amor..., gracias.
- (María Lvovna sale rápidamente por la derecha. Vlas, al ir hacia la casa, ve a Pasov y a Suslov y comprende que lo han oído todo. Pasov se levanta, le saluda y quiere decir algo. Vlas va hacia él.)
- VLAS: ¡Silencio! ¡Ni una palabra! ¡Se lo prohíbo! ¡Ni una palabra!
- (Desaparece en la casa.)
- BASOV: (Confuso) ¡Qué duro!
- SUSLOV: (Riendo) ¿Qué? ¿Te ha dado miedo?
- BASOV: No, pero ¿Qué te parece?... Para mí no es una sorpresa..., pero esa nobleza en los sentimientos... ¡Son divertidos!
- (Se ríe a carcajadas. Julia Filipovna y Zaryslov se dirigen hacia la casa de Basov. Julia se reúne con su marido y Zaryslov sigue su camino.)
- SUSLOV: Es una trampa para seducir mejor al muchacho...
- BASOV: ¡Ah, diablos! ¡Es para reírse de risa!
- SUSLOV: (Sombrio). ¡Qué astuta! A mí me ha jugado una mala pasada! Mi tío, aconsejado por ella, ha entregado todo su dinero a...
- JULIA FILIPOVNA: Pedro, ha venido a verte un hombre...
- BASOV: (Interrumpido). ¡Qué le cuente antes lo que ha visto!
- SUSLOV: ¿Quién era?
- JULIA FILIPOVNA: (A Basov.) ¿Qué pasa? (A su marido.) Un contratista; dice que es urgente... Ya debido hundirse algo, no sé muy bien dónde...
- SUSLOV: ¡Qué estupidez!
- (Sale rápidamente.)
- BASOV: Imagínese usted, querida... Estábamos aquí sentados su marido y yo... y de repente llega María Lvovna (ríe a carcajadas) ¡y nos enteramos de que se quieren!
- JULIA FILIPOVNA: ¿Quiénes? ¿Mi marido y María Lvovna?
- (Ríe.)
- BASOV: ¡No, Vlas! Nuestro bufón y esa...
- JULIA FILIPOVNA: ¿Es sólo eso? ¡Pero todo el mundo lo sabe desde hace mucho tiempo gracias a su mala lengua!
- BASOV: Sí, pero no conoce los detalles...
- (Llegan Dvoietochie, cargado de paquetes, y Piumin.)
- DVOIETOCHIE: ¡Salud a todos! ¿Está Bárbara Mijailovna? Miren, les traigo a un amigo...
- BASOV: ¡Ah! ¡Ya volvió del largo viaje! ¡Qué tal! ¿Está usted más guapo, más moreno..., aunque un poco más delgado... ¿De dónde viene?
- PIUMIN: Del Sur, donde he visto el mar por primera vez... ¡Buenos días, Julia Filipovna...!
- JULIA FILIPOVNA: Es cierto que se ha puesto usted guapo. Tendrá que ir al mar y también.
- DVOIETOCHIE: Voy a entrar. Sobrina, te he traído bombones como regalo de despedida.
- (Entra en la casa.)
- BASOV: Venza, si mujer se alegrará de verlo.
- PIUMIN: ¡Se esté bien allí! Sólo la música es capaz de evocar la belleza y la inmensidad del mar. Ante él, como ante la eternidad el hombre se siente muy pequeño, como una partícula insignificante de polvo.
- (Se dirige hacia la casa. Bárbara sale de una esquina.)
- BASOV: Voy a recoger el ajedrez. ¿No te has enterado, Varia? ¡Ha llegado Pablo Sergueievich!
- BÁRBARA: ¿Está en casa?



- BASOV: (Acercándose). Sí, y me parece que ha completado otra vez su reserva de hermosas palabras... Por cierto, tengo que contártelo Estábaros Suslov y yo jugando al ajedrez cuando llegaron de repente María Lvovna y Vlas... ¡Una auténtica novela de amor! (Ríe.) Tu decías que no era eso. ¡Pues sí, es eso! ¡Es un hecho
- BAPBARA: ¡Basta, Sergio! Vas a empezar otra vez a decir vulgaridades...
- BASOV: ¡Pero si todavía no he dicho nada!
- PAPBARA: Te pedí que no hablaras de sus relaciones, pero no has podido callarte la boca... ¿No te das cuenta de lo ruin que es...?
- BASOV: ¡Ya vuelves a empezar! ¡No hay ranera de hablar contigo!
- BAPBAPA: Harías mejor en hablar menos y en pensar, aunque no sea rás que por una vez, en lo que estás haciendo y en lo que se dice de ti...
- BASOV: ¿De mí? ¡Estoy por encima de las habladerías! ¡Qué digan lo que quieran! Pero me asombra que tú, mi esposa...
- BAPBAPA: Ser tu mujer no es un honor tan grande como tú crees...; es un honor bastante duro...
- BASOV: (Indignado). Bárbara, ¿qué dices? ¿Cómo me estás hablando?  
(Dvoietochie y Vlas salen a la terraza.)
- BAPBAPA: Digo lo que pienso... y como lo siento.
- BASOV: Está bien... Hablaremos luego.  
(Basov, encogiéndose de hombros, entra en la casa. Vlas le sigue con una mirada hostil y se sienta en el primer escalón de la terraza.)
- DVOIETOCHIE: La he traído bombones, Bárbara Mijailovna.
- BAPBAPA: Gracias.
- DVOIETOCHIE: (Sentándose en un escalón de la terraza.) He traído bombones a todas las señoras para dejar un buen recuerdo y halagarlas... ¿Y el retrato que me prometió?
- BAPBAPA: ¡Ah, sí! Un momento.  
(Entra en casa.)
- DVOIETOCHIE: Entonces, ¿nos vamos, tío Vlas?
- VLAS: Inmediatamente, si usted quiere.
- DVOIETOCHIE: Ya sólo queda un día... ¡Si pudiéramos llevarnos a su herrana! No tiene nada que hacer aquí.
- VLAS: (Sorbió). Nadie tiene nada que hacer aquí.
- DVOIETOCHIE: ¡Estoy contento de que venga conmigo! Nuestra ciudad es pequeña, pero muy bonita. Está rodeada de bosques y hay también un río. ¡Tengo una casa de diez habitaciones! Toses en una y el ruido resuena en todas las demás. (Llega Sonia, por la derecha.) La soledad es útil al hombre cuando es joven... pero la vejez es mejor pasarla entre dos, ¡jo, jo! ¡Ahí viene la bribona! Adiós, me voy mañana y pasado mañana usted habrá olvidado a este viejo.
- SONIA: No, no le olvidaré. ¡Tiene usted un apellido tan divertido!
- DVOIETOCHIE: ¿Sólo por eso? ¡Gracias de todos modos.
- SONIA: No, querido tío. No le olvidaremos. Es usted un hombre sencillo, y bueno, como a mí me gustan... Pero... ¿no han visto a mi madre?  
(Se acerca Caleria.)
- VLAS: Vamos a buscarla... Tal vez esté en el pabellón, al lado del río.
- CALERIA: Voy con ustedes, si no les importa...
- SONIA: ¡Desde luego!
- (Se alejan los tres. Dvoietochie lanza un gran suspiro y tararea una canción. Bárbara llega, seguida de Piumin: trae un retrato.)
- BAPBAPA: Aquí tiene mi retrato. ¿Cuándo se va usted?
- DVOIETOCHIE: Mañana. Gracias por la dedicatoria. ¡Ah, querida señora, la quiero a usted mucho! ¡Mucho!



- BARBARA: ¿Y por qué?
- DVOIETOCHIE: ¿Es que se quiere por algo? El verdadero amor es como el sol en el cielo: no se sabe en qué se sostiene. Debería usted venirse conmigo, como su hermano. Allí encontraría fácilmente un empleo.
- BARBARA: ¿Qué empleo? No sé hacer nada.
- DVOIETOCHIE: Porque no ha aprendido nada. ¡Hay que aprender! Ahí está... Vlas y yo vamos a levantar escuelas..., para muchachos y otra para chicas.
- RIUMIN: (Distrído). Para dar un sentido a la vida habría que entregarse a una obra enorme y grandiosa..., cuyas huellas traspasaran los siglos... Edificar templos...
- DVOIETOCHIE: ¡Es demasiado complicado para mí! Hasta lo de las escuelas no se me ha ocurrido a mí solo; un alma buena me ha dado la idea...
- RIUMIN: Las mismas escuelas superiores no nos aportan más que teorías contradictorias: sólo hipótesis sobre los misterios de la vida...
- BARBARA: (Irritada). ¡Dios mío! ¡Qué aburrido es esto! ¡Gastado, manoseado!
- RIUMIN: (Mirándolos, ríe silenciosamente de una manera extraña). Sí, lo sé: son palabras ruertas, como las hojas de otoño. No sé por qué he dicho eso, tal vez porque estamos en otoño. Desde que he visto el mar, en mi alma resuena sin cesar el ruido monótono de sus olas verdes, y las palabras humanas se pierden en ese ruido... como las gotas de la lluvia en el mar.
- BARBARA: Está usted muy raro hoy... ¿Qué le pasa?
- (Caleria y Vlas llegan por el lado derecho.)
- RIUMIN: (Picndo.) Nada, se lo aseguro...
- CALERIA: Tener los pies en la tierra, quiere decir hundirse en el barro hasta la rodilla.
- VLAS: ¿Prefiere volar por el aire? Todo antes que ensuciarse la cola de su vestido y la pureza de su alma. Pero ¿quién la necesita tan limpiita, tan fresca?
- CALERIA: No quiero hablar con usted; es un prosero.
- (Penetra en la casa.)
- DVOIETOCHIE: ¡Y bien, tío Vlas! ¿Está usted contento de haber irritado a la señorita?
- VLAS: (Sentándose en el primer escalón de la terraza, a los pies de su hermana). ¡Ya no la soporto! (Irritando a Caleria). "Oh, me muero de aburrimento!..." La he dicho: hay que vivir con los hombres y morir sólo...
- RIUMIN: (Rápidamente). ¡Eso es! Es cruel, pero cierto... ¡Sí!
- (Basov y Julia Filipovna salen a la terraza.)
- BASOV: Varía, he dicho a Sacha que ponga la mesa en la terraza. (Llega Suslov, desde su casa.) ¡Señor Dvoietochie, vamos a organizar una pequeña fiesta de despedida en su honor! ¡Un buen pretexto para beber champán...!
- DVOIETOCHIE: Estoy conmovido...
- SUSLOV: ¡Un momento, Julia...!
- JULIA FILIPOVNA: ¿Qué pasa?
- (Suslov hace un aparte con su mujer y le dice algo al oído. Ella se para visiblemente impresionada. El la toma por el brazo y se la lleva hacia la derecha: charlan unos minutos en voz baja y vuelven a la terraza después de la salida de Basov.)
- BASOV: Voy a ofrecerles salchichón, amigos... ¡Y qué salchichón! Regalo de un cliente de Ucrania... ¿Pero dónde está mi ayudante? (Bajando la voz:) Que también ayuda al marido de Julia...
- BARBARA: (Indignada y en voz baja). ¡Sergio! ¡Es repugnante!
- BASOV: (Desafiante) ¡Pero si todo el mundo lo sabe, Varía! No tienes por qué regañarme...
- (Entra en la casa).



**JULIA FILIPOVNA:** (Con una alegría perversa). ¡Tío! Un ruro de la cárcel que ~~me ha desolado~~ ¡Alestado a dos obreros!

**JULIA FILIPOVNA:** ¡Miente! ¡No ha ido nunca...!

**DVOIETCHIF:** La gente de su especie merecería una paliza. ¡Qué mundo!  
En lugar de actuar...

**SUSLOV:** (Con una sonrisa irónica). ¡Sí me matara! Eso sería actuar..., ¿no?

**PIUMIN:** (Moviendo la cabeza). Usted no se matará.

**SUSLOV:** ¡Quién sabe!

**BARPAPA:** Pero, dígame, esos hombres aplastados..., han muerto?

**SUSLOV:** (Sombrío.) No lo sé. Mañana iré por allí.  
(Llega Olga Alexeievna.)

**VLAS:** (Gruñendo). ¡Es infamante!

**SUSLOV:** Tranquilo, joven, tranquilo.

**OLGA:** (Acercándose). ¡Buenas tardes! Están todos quietos... ¡como pájaros en otoño!... ¡Ah, Pablo Sergueievich...! ¿Cuándo ha llegado?  
(Suslov lleva aparte a su mujer y le habla: parece furioso. Julia Filipovna le saluda irónicamente y vuelve a la terraza. Suslov se dirige, silbando muy fuerte, hacia su casa. Dvoietochie, después de observar a Julia Filipovna, le sigue).

**PIUMIN:** Esta mañana.

**OLGA:** ¿Y ya por aquí? Es usted un amigo ejemplar... Pronto llegará el otoño... Volveremos a la ciudad y allí, encerrados entre las paredes de nuestras casas, estaremos todavía más alejados unos de otros...

**VLAS:** (Gruñendo). Ya empiezan las lamentaciones...

**BASOV:** (Llamando desde la terraza). ¡Pablo Sergueievich, venga un momento!  
(Piurin se reúne con Basov, Caleria y Schalimov salen a su encuentro.)

**OLGA:** ¿No es verdad?  
(Vlas se va hacia los pinos, sin contestar a Olga.)

**SCHALIMOV:** (Perezosamente, sin convicción). Piensan que la democracia renovará la vida; pero ¿quién sabe cómo es ese bicho?

**CLERIA:** (Con emoción). ¡Sí, sí! ¡Tiene usted razón mil veces...! La democracia es todavía una fiera, algo bárbaro... Sólo tiene un deseo: comer hasta hartarse.

**SCHALIMOV:** Y llevar botas que crujan.

**CALERIA:** ¿Cuáles son sus creencias? ¿Cuál es su culto?

**VLAS:** (Irritado). ¿Y las tuyas? ¿Cuáles son sus creencias?

**CALERIA:** (Sin contestar a Vlas). Una renovación sólo puede venir de gentes con una fe..., de la aristocracia del espíritu...

**VLAS:** ¿Qué aristocracia? ¿Dónde está?

**CALERIA:** ¡No estoy hablando con usted, Vlas! Vamos hacia allá, Jacob Petrovich...  
(Caleria y Schalimov bajan de la terraza y van a sentarse juntos a los abetos, donde conversan a media voz. Caleria está nerviosa. Schalimov, que parece tranquilo, habla con gestos perezosos y lentos, como si estuviera muy cansado.)

**BARBARA:** (Acercándose a Vlas.) Qué necioso estás hoy...



- VLAS: (Con voz sorda). Sufro, Varia...
- JULIA FILIPOVNA: ¡Vlas, vamos al río!
- VLAS: No..., perdóneme..., no tengo ganas...
- JULIA FILIPOVNA: ¡Venga! Tengo algo que decirle.
- VLAS: (Sin ganas.) Está bien, vamos. ¿De qué se trata?
- (JULIA FILIPOVNA le toma por el brazo y habla en voz baja, llevándolo hacia el fondo de la escena. Bárbara sube a la terraza.)
- OLGA: (Copiéndola de la mano). ¡Varia! ¿Sigues enfadada?
- BAPBAPA: (Pensativa). ¿Enfadada? No.
- VLAS: (Desde el fondo, en voz alta). ¡Qué tipo más vulgar! ¡Si no fuera el marido de mi herrana!...
- JULIA FILIPOVNA: ¡Ssss!...
- (Lo lleva al bosque.)
- BAPBAPA: (Inquieta). Píos río, ¿qué pasa!
- OLGA: Seguramente la mujer del ingeniero está cotilleando. Veo que todavía estás enfadada, Varia. Para una palabra que se me ha escapado en un momento de irritación...
- BAPBAPA: (Pensativa). Por favor, dejemos eso. Nunca me han gustado las cosas remendadas..., ni la aristad remendada.
- OLGA: (Levantándose). ¡Qué rencorosa eres! ¿Es que no puedes olvidarlo? ¿En fin perdonarlo...?
- BARBARA: (Firme y friamente.) Nos inclinamos demasiado al perdón. Es una debilidad... Que rata el respeto mutuo... Conozco un hombre a quien he perdonado siempre todo... y ya no significo nada a sus ojos...
- OLGA: (Después de un silencio). ¿Hablas de tu marido? (Sin responder, Bárbara mira ante sí y ruede la cabeza). ¡Cómo cambian los hombres! Me acuerdo de él cuando era estudiante... ¡Qué buen muchacho era! Alegre y despreocupado, aunque pobre... Con el corazón en la mano, decían de él sus compañeros. Pero tú has cambiado poco...: has sido siempre reflexiva, seria, dura... Cuando supimos que ibas a casarte con él, recuerdo que Ciril me dijo: "Con una mujer como Varia, Pasov está salvado." El es demasiado ligero, se inclina hacia todo lo vulgar: pero ella...
- BARBAPA: (Con sencillez.) ¿Por qué me dices eso, Olga? ¿Para hacerme ver que no valgo nada?
- OLGA: ¡Varia! ¿Cómo puedes pensar eso? Lo digo sin ninguna intención... es, sencillamente, un recuerdo...
- BAPBAPA: (En voz baja, pero clara, como si se condenara a sí misma). Sí, yo también soy débil y abúlica... ¿Esa eso lo que querías decir? ¡Lo sé, Olga; lo sé hace mucho tiempo!
- SACHA: (Desde la terraza). Señora, la llama el señor. (Bárbara se dirige en silencio hacia la casa.)
- OLGA: (Tras ella). No es verdad, Varia. No me has entendido.
- CALEPIA: (A media voz). El hombre que pretende conocer la verdad ¡para mí no existe! (Pausa. Schalimov fuma.) Dígame: ¿le parece triste la vida?
- SCHALIMOV: A veces, sí; muy triste.
- CALEPIA: ¿A menudo?
- SCHALIMOV: Nunca la encuentro muy alegre. ¡Después de todo lo que he visto en mi vida! Y, además, hay que reconocer que nuestra época no es muy divertida, que digamos!
- CALEPIA: (En voz baja). La vida de cada ser pensante es un drama...
- SCHALIMOV: Sí... Dígame...
- CALEPIA: ¿Qué?
- SCHALIMOV: Dígalo francamente: ¿le gustan mis cuentos?



- CALERIA: (Vivamente). ¡Mucho! Sobre todo los últimos... Son menos realistas... ¡No hay en ellos nada de la tosquedad de la vida! Están transidos de esa tristeza suave y tibia que envuelve el alma, como una nube envuelve el sol a la hora del ocaso. Son pocos los que saben apreciarlos, pero esos pocos le admirarán incondicionalmente.
- SCHALIMOV: (Sonriendo). Se lo agradezco. Ha hablado usted de sus últimos poemas. ¿No quiere leerlos?
- CALERIA: Sí..., en otro momento. (Pausa. Schalimov muestra su asentimiento. Por la derecha llegan del bosque Vlas y Julia Filipovna, que se acercan a los abetos. Vlas se sienta en la mesa rústica y silba. Julia Filipovna entra en la casa.) ¡O ahora, si quiere!
- SCHALIMOV: ¿El que, ahora?
- CALERIA: (Con una sonrisa triste). ¿Ya lo ha olvidado? ¿Tan pronto?
- SCHALIMOV: (Frunciendo el entrecejo). ¿Cómo?... ¿De qué se trata?
- CALERIA: De leer mis versos. ¿Quiere escucharlos ahora?
- SCHALIMOV: (Rápidamente). ¡Sí, claro! Con una tarde tan hermosa... será perfecto. Pero se equivoca, no lo había olvidado...; sólo había entendido mal su pregunta.
- CALERIA: Está bien... Voy a buscarlos..., aunque no le interesan en absoluto.
- (Va hacia la casa.)
- SCHALIMOV: (Siguiéndola). ¡Por el contrario, créame! (Caleria sube corriendo las escaleras. Schalimov se encoge de hombros y hace un gesto. Se vuelve y ve a Vlas. Ivoietochie y Suslov aparecen por el camino que viene de la casa de Suslov. Van silenciosos y parecen del mal humor. Schalimov dice / Vlas: ¿Perdido en sus pensamientos?)
- VLAS: (Con indiferencia.) Silbo.
- (En la terraza aparecen Olga, que se sienta en un sillón de mimbre, Piurin, que permanece a su lado, hablándole, y Pasov, que se detiene junto a la mesa y examina los entremeses. Bárbara, de pie, se apoya en una columna de la terraza. Zamyslov está a su lado.)
- PASOV: ¿Está todo el mundo? ¿Vlas? ¿María Lvovna?
- VLAS: Estoy aquí.
- (Julia Filipovna sale de la casa y se sienta, canturreando, en un escalón de la terraza. Ivoietochie escucha a Zamyslov; Suslov se dirige hacia el grupo de abetos, donde están sentados en silencio Vlas y Schalimov.)
- ZAMYSLOV: Todos nosotros somos gente complicada, Bárbara.
- PASOV: (Inclinándose sobre la barandilla de la terraza). ¿Estás ahí, Jacob? Muy bien.
- ZAMYSLOV: Y justamente es la complejidad de nuestra psicología lo que nos convierte en los mejores hombres de este país, en eso que se denomina "inteligencia"...
- (Llegan Sonia y María Lvovna por la derecha.)
- BÁRBARA: (Nerviosa.) No, nosotros no pertenecemos a la inteligencia. Representamos otra cosa... Somos veraneantes..., huéspedes de paso en nuestro propio país. Nos afanamos mucho, nos buscamos un lugar en el sol... y hablamos una y otra vez con una prolijidad descorazonadora...
- PASOV: (Irónico). Tú eres en este momento la mejor demostración de lo que dices.
- (Caleria, que llega con un cuaderno en la mano, se detiene a escuchar.)
- BÁRBARA: (Cada vez más nerviosa). ¡Y cuántas mentiras en nuestras palabras. Para ocultarnos unos a otros nuestra indigencia espiritual, nos cubrimos con bellas frases, nos disfrazamos con los oropeles de una sabiduría libresca. Hablamos de la tragedia de la vida sin conocerla, no cesamos de gemir, de lloriquear, de quejarnos.
- (Llega Dudakov y se detiene cerca de la terraza, donde su mujer no puede verlo).



- RIUMIN: (Irritado). ¡Seamos justos! ¡Hay belleza en los lamentos de los hombres! ¡Es usted cruel poniendo en duda la sinceridad de sus gemidos!
- BARBARA: ¡Pasta de quejas! ¡Tengan el valor de callar! ¡De no exhibir sus pequeñas miserias! ¡Sabemos callarnos cuando estamos satisfechos de la vida! ¿No es así? Cada cual se esconde para devorar sólo su pequeño trozo de felicidad, pero cuando llega una dificultad, un rasguño en el corazón, nos apresuramos a convertirlo en una bandera, a enseñárselo a todo el mundo y a llenar el universo con nuestros sollozos y nuestros gritos de angustia. Igual que envenenamos el aire de las ciudades arrojando a la calle nuestros desperdicios, estoy segura de que causamos la desgracia de cientos y miles de personas envenenándolas y atontándolas, con nuestras quejas y gemidos. ¿Quién nos ha dado el derecho de afligirlas con el espectáculo de nuestras llagas íntimas?
- (Pausa.)
- VALS: (Bajo.) ¡Bravo, Varia!
- DVOIETOCHE: ¡Muy bien! ¡Muy exacto!

(María Lvovna acaricia en silencio la mano de Bárbara. Vlas y Sonia se sitúan a su alrededor. Piurin sacude la cabeza nerviosamente.)

PIURIN: ¡Pido la palabra! ¡Permítame decir mi última palabra!

CAFERIA: Hay que tener el valor de callarse.

OLGA: (A Basov). Cómo ha aprendido a hablar! ¡Con qué valor y qué brutalidad!

PASOV: Sí, es la asna de Palaam quien la ha...

(Espantado se pone la mano ante la boca. Bárbara, muy conmovida, no ha entendido las palabras de su marido, pero otros sí las han cantado. Zaryslov, riendo, baja rápidamente los escalones de la terraza. Schalimov sonríe, moviendo la cabeza con aire de reproche, Sonia y Vlas miran a Pasov con desprecio. Los demás hacen como si no hubieran oído nada. Después de algunas observaciones breves, se hace un silencio molesto. Suslov carraspea sonriendo. Bárbara nota algo anormal en el silencio, mira incómoda a su alrededor.)

BARBARA: ¿Tal vez... he sido demasiado prosera? ¿Demasiado brutal? ¿Qué les pasa a todos ustedes?

VLAS: (Con voz fuerte.) No eres tú la que has sido prosera.

OLGA: (Con cara inocente). ¿Qué pasa, amigos?

MARIA LOVNA: (Rápidamente) Vlas, por favor, no digas nada. (Empieza a hablar para disimular la salida de tono de Pasov; pero poco a poco, arrastrada por sus propias palabras, se enardece persuasivamente. Schalimov, Suslov y Zaryslov se vuelven de espaldas para no oírle: Dudakov, agradecido de su intervención, hace señas a los demás para que la escuchen.) ¡Señores, no deberíamos ser así! Nosotros, hijos de lavanderas y cocineras, hijos del mundo no corrompido del trabajo, ¡deberíamos ser distintos! ¡Pensadlo bien! ¡Nunca en nuestro país ha existido gente instruida unida por lazos de sangre a las masas del pueblo! Y ese lazo de sangre debería hacerlos desear ardientemente la transformación y mejora de la vida de aquellos que tan cerca están de nosotros y que siguen viviendo aplastados por el trabajo, asfixiados por la oscuridad y el barro. Y no deberíamos tratar de mejorar su vida por lástima o por caridad..., sino por nosotros mismos... para que podamos olvidar nuestra espantosa soledad, para que ya no veamos el abismo que separa a los que nos hemos elevado, de nuestros parientes que se han quedado abajo y que nos consideran como a enemigos, como a parásitos que viven del trabajo de los demás. Nos han enviado adelante para abrirles camino..., pero nos hemos extraviado, perdido en la soledad, y nos sentimos inquietos y desgarrados interiormente... ¡Fue es nuestro drama! Pero somos nosotros quienes lo hemos creado y nos merecemos esta tortura. ¡Sí, Varia! ¡No tenemos derecho a llenar la vida con nuestros lamentos!

(Agotada, se sienta al lado de Bárbara, Pausa.)



DUDAKOV: (Mirando a la concurrencia). ¡Sí! ¡Así es!.. ¡Es cierto!

OLGA: (Rápidamente). ¡Estás ahí? Ven...

SCHALIMOV: (Quitándose el sombrero). ¿Ha terminado, Varía Lvovna?

MARIA LVOVNA: Sí.

OLGA: (Llevando aparte a su marido). ¿Has oído? ¿Has entendido?  
¡Qué imbécil ese Basov!

DUDAKOV: (En voz baja). ¿Qué tiene que ver Basov?

(Movimiento general en la terraza. Bárbara mira, uno tras otro, a todos los presentes. Persiste la incomodidad; todavía no se ha olvidado la salida de tono de Basov.)

OLGA: ¡Ssss!... Como Bárbara estaba diciendo cosas impertinentes, la tildó de asna de Balaam.

DUDAKOV: ¡Qué imbécil! Escucha. Olga, en casa...

OLGA: ¡Espera! Galería va a leer un poema. ¡Aunque después de todo no está tan mal! ¡Bárbara se ha hecho tan altanera!

(Riumin, abatido, baja de la terraza y pasea ante la casa.)

SCHALIMOV: Amigos míos, Galería Vasilievna ha sido tan amable de acceder a leer su poema.

BASOV: ¡Adelante, querida, apresúrate!

CALEPIA: (Confusa). Bueno..., estoy dispuesta..., bueno...

SCHALIMOV: Tenga usted una silla.

CALEPIA: No la necesito. ¿Qué quiere decir todo esto, Varía? Me espanta tanto interés por mis poemas.

BARTAPA: No lo sé. Sin duda alguien debe haber cometido una falta de tacto y todos tratan de encubrirla.

CALEPIA: Bueno, empiezo. Mis versos correrán la misma suerte que tus palabras, Varía. El hondón de nuestra vida se lo trapa todo...

Empujados por el soplo del otoño  
Hermosos copos de nieve  
Flores muertas y heladas  
Caen del cielo, caen.  
Flotan y revolotean  
Sobre la pobre tierra  
Y suaves y limpios  
Sin ruido, la abrigan.  
Los pájaros callan  
En árboles negros y desnudos  
Mientras hermosos copos de nieve  
Caen del cielo, caen.

(Silencio. Todos miran a Galería como esperando la continuación.)

SCHALIMOV: ¡Es bonito!

RIUMIN: (Pensativo). "Hermosos copos de nieve". "Flores muertas y heladas".

VLAS: (Excitado). ¡Yo también hago versos! ¡Y también quiero recitarlos!

DVOIETOCHE: (Echándose a reír.) Adelante.

SCHALIMOV: ¡Un interesante concurso!

BARTAPA: Vlas, ¿es necesario?

ZARYSLOV: ¡Es necesario si es divertido!

(Todos miran la cara excitada de Vlas. Pausa.)

VLAS: ¡Señoras y señores! Quiero demostrarles lo fácil y sencillo que es embrollar el cerebro del prójimo con versos... ¡Silencio!

(Recita con voz fuerte y clara, con aire de desafío.)



Hombrecillos anodinos  
Vagabundean por mi país  
Vagabundean en busca de un rincón  
Donde arrojar su vida.  
Quieren un poco de suerte  
Un poco de tranquilidad y de comodidad  
Y piren, lloran, mienten  
Vagabundeando eternamente.  
Con bonitos tópicos de moda  
Y hermosos pensarientos ajenos  
Estos hombres anodinos  
Están fuera de la vida.

(Se calla y mira uno por uno a Schalimov, Riumin y Suslov.  
Pausa. Todo el mundo parece incómodo. Schalimov enciende  
un cigarrillo con pesto lento. Suslov está nervioso.  
María Lovna y Bárbara se acercan a Vlas, como para  
protegerle.)

- DUDAKOV: (En voz baja, pero clara) ¡Muy oportuno!... ¡En el fondo es cierto!
- JULIA FILIPOVNA: ¡Bravo! ¡Me gusta!
- IVOIFTOCHIE: ¡Cómo les has ajustado las cuentas! ¡Eh, muchacho?
- CALERIA: Es grosero y malévolos... ¿Para qué sirve?
- ZAMYSLOV: ¡No tiene gracia! ¡No!
- SCHALIMOV: ¿Te ha gustado, Sergio?
- BASOV: ¿A mí? La rima es muy débil, pero como broma...
- ZAMYSLOV: ¿Proma?— Es demasiado serio para ser divertido.
- JULIA FILIPOVNA: (A Schalimov). ¡Qué buen comediante es usted!
- SUSLOV: (Lleno de bilis). Y ahora permitan a este hombrecillo anodino que soy yo ... responder a ese..., a esa... No sé como calificar esa modalidad poética... No le responderé a usted, Vlas. Me dirigiré a la fuente de su inspiración... ¡A usted, María Lvovna!
- VLAS: ¿Qué le pasa? ¡Tenga cuidado!
- MARIA LVOVNA: (Soberbia). ¿A mí? Es raro... Pero le escucho.
- SUSLOV: ¿Qué tiene de raro? Yo sé muy bien que es usted la musa de esa poeta.
- VLAS: ¡Sin insinuaciones vulgares, Suslov!
- JULIA FILIPOVNA: (Con suavidad). ¿Es que puede expresarse de otra forma?
- SUSLOV: Pediría que no se me interrumpa. Estoy dispuesto a rendir cuentas de todo lo que diga, cuando haya terminado. Usted, María Lvovna, es lo que se llama una "ideóloga", Usted trabaja clandestinamente por una causa... ¡tal vez histórica y sublime!, eso no me interesa... Pero parece usted creer que esa actividad le da derecho a mirar por encima del hombro al resto de la humanidad...
- MARIA LVOVNA: (Tranquilamente). Eso no es cierto.
- SUSLOV: Quiere usted sermonear e influir en todo el mundo... Es usted la que empuja a ese muchacho a la rebelión...
- VLAS: ¿Qué delirio es ése?
- SUSLOV: (Colérico). ¡Paciencia, muchacho! ¡Bastante he soportado sus insolencias sin decir nada! Créame, María Lvovna, que si no vivimos a su antojo es porque tenemos nuestras razones para vivir de otra manera. Bastantes dificultades y privaciones hemos sufrido en nuestra juventud: es normal que, una vez adultos, tengamos ganas de comer bien, de beber bien y de descansar... ¡de compensar con creces el sufrimiento y el hambre de nuestros primeros años!
- SCHALIMOV: ¿Quiénes son "nosotros"? ¡Si se puede saber!



- SUSLOV: (Enardeciéndose). ¿Nosotros? Yo, usted, ése..., aquél... Todos nosotros. Sí, todos somos aquí hijos de pequeños burgueses, de gentes pobres. Y como ya he dicho, hemos pasado hambre en nuestra juventud..., y muchos apuros. Ahora queremos sentarnos y descansar. ¡Esa es nuestra psicología! A usted no la gusta. María Lvovna, pero es natural y difícilmente podría ser de otra manera. ¡Primero el ser humano, respetadísima María Lvovna, y después todas esas tonterías! ¡Y por eso la ruego que nos deje en paz! ¡Por más que usted nos censure o nos haga censurar por sus discípulos, por más que nos llame cobardes o perezosos, ninguno de nosotros va a precipitarse hacia esas actividades llamadas sociales! ¡No! ¡Nadie!
- NUDAKOV: ¡Qué cinismo! ¡Sería mejor que se callara!
- SUSLOV: (Enardeciéndose más todavía.) En cuanto a mí, le diré que no soy ningún niño. ¡Inútil darme lecciones, María Lvovna! ¡Soy un adulto, un ruso medio, un filisteo! ¡Un filisteo y nada más! ¡Ese es mi plan de vida! Y me gusta ser un filisteo. Y vivo como me parece... Y para acabar, me dan risa sus cuentos..., sus llamamientos,... y sus ideas...
- (Se cala el sombrero y se va rápidamente hacia su casa. Estupefacción general. Zamyslov, Pasov y Schalimov, aparte, hablan animadamente entre sí. Bárbara y María Lvovna forman otro grupo. Julia Filipovna, Dvoietochie, Dudakov y su mujer, otro distinto. Conversación general muy viva. Caleria, con aspecto abatido, está sola bajo un abeto. Piurin, pasea.)
- VLAS: (Apartado, se coge la cabeza con las manos). ¡Ah, diablos! ¡Ah, diablos!
- (Sonia, que lo ha seguido, le habla en voz baja.)
- MARIA LVOVNA: ¡Es histerismo! ¡Sólo un enfermo mental puede desnudarse de esa forma!
- PIURIN: (A María Lvovna). ¿Lo ve...? ¿Ve usted cómo la verdad es horrible?
- BARBARA: ¡Qué penoso es esto!
- DVOIETOCHE: (A Julia Filipovna). ¡No entiendo nada! ¡Nada en absoluto!
- JULIA FILIPOVNA: María Lvovna, querida amiga. ¿La ha ofendido, no es cierto?
- MARIA LVOVNA: ¿A mí? No. ¡Se ha ofendido a sí mismo!
- NUDAKOV: (A su mujer). Espera... (A Dvoietochie) Es un absceso que ha reventado en su alma, ¿entiende?... ¡Eso nos puede pasar a todos!
- (Hace grandes movimientos y tartamudea.)
- JULIA FILIPOVNA: Nicolás Petrovich...
- ZAMYSLOV: (Acercándose). ¿La ha molestado mucho?
- JULIA FILIPOVNA: En absoluto... Pero me resulta incómodo seguir aquí. Acompáñeme a casa.
- ZAMYSLOV: Qué estuidez, ¿no? ¡Y qué lástima! ¡El patrón nos había preparado una sorpresa gastronómica!
- JULIA FILIPOVNA: Tanto peor. ¡Pasta ya de sorpresas!
- (Salen.)
- SCHALIMOV: (Acercándose a Caleria). ¿Y usted qué dice?
- CALERIA: ¡Es horrible! ¡Cierro que sube del fondo de un pantano y que me ahoga! ¡Me ahoga!
- (Pasov se acerca a Vlas y le toma por la manga).
- VLAS: ¿Qué quiere?
- PASOV: (Llevándole aparte). ¡Dos palabras!
- PIURIN: (Acercándose a Bárbara, fuera de sí.) Bárbara Mijailovna, este torrente de biliosa vulgaridad me ha anonadado..., me ha hundido. Me voy... ¡Adiós!... Había venido a despedirme de usted... Quería pasar a su lado una tarde tranquila..., la última tarde... Me voy para siempre. ¡Adiós!



- BARBAPA: (Que no le escucha). ¿Sabe lo que pienso? Creo que Suslov es el más sincero de nosotros. Ha hablado con brutalidad, es cierto, pero ha expresado esa verdad implacable que los demás no se atreven jamás a confesar.
- RIUMIN: (Retrocediendo). ¿Eso es todo? ¿Es ése su adiós? ¡Oh, Dios mío!
- (Se aísla al fondo del escenario.)
- BASOV: (A VLAS.) Bueno, pariente. ¡Se ha distinguido usted bien! Ha insultado a mi hermana... Y a Jacob, quien... que... ¡es un escritor! ¡Un escritor respetado en todo el mundo! ¡Suslov y también a Riumin! Tiene que disculparse.
- VLAS: ¿Cómo? ¿Yo? ¿Disculparme? ¿Ante ellos?
- BASOV: Sí. ¿Y qué? Dígales sencillamente: "Quería distraerles, hacerles reír, y se me ha ido la mano..." Lo perdonarán. Todo el mundo está acostumbrado a sus salidas. Todos saben que usted es en el fondo un bufón.
- VLAS: (Gritando). ¡Váyase al diablo! ¡El bufón lo es usted! ¡Payaso!
- SONIA: ¡Compasión, amigos míos!
- BARBAPA: Vlas... ¿qué te ocurre?
- MARIA LVOVNA: Es una ola de locura...
- DVOIETOCHIE: Váyase, Vlas...
- BASOV: No. Permita. ¡Me ha insultado!
- BARBAPA: ¡Sergio, por favor! ¡Vlas!
- PASOV: ¡No. Permita. ¡Me ha insultado!
- BAPBAPA: ¡Sergio, por favor! ¡Vlas!
- PASOV: ¡No, señor! ¡No soy ningún payaso!
- BAPBAPA: ¡Vlas! ¡Te lo prohíbo!...
- VLAS: Sólo el respeto que siento por mi hermana me impide decirle...
- (Caleria se acerca.)
- SACHA: (A Bárbara.) ¿Sirvo la cena?
- BAPBAPA: ¡Déjame!
- SACHA: (A Dvoietochie, en voz baja.) ¡Lo mejor será que traiga la comida! Cuando el señor vea los platos en la mesa se tranquilizará.
- DVOIETOCHIE: ¡Lárgate!
- BASOV: (A Vlas). No, señor, permita... (Aúlla). ¡Es usted un chiquillo.
- CALERIA: ¡Sergio, estás loco!
- BASOV: ¡Un chiquillo! ¡Sí! ¡Es un hecho!
- SCHALIMOV: (Tomando a Pasov por el brazo y llevándole hacia la casa). Tranquilo, viejo...
- (Sacha les sigue.)
- MARIA LVOVNA: ¡Vlas! ¡Eso no está bien!
- VLAS: ¿Es culpa mía?
- SACHA: ¡Señor! ¿Sirvo la cena?
- BASOV: Déjame! Yo aquí no soy nadie... en mi propia casa...
- (Desaparece en el interior de la casa.)
- MARIA LVOVNA: (A Sonia). Lleva a Vlas a casa. (A Vlas) Váyase, amigo mío...
- VLAS: ¡Perdóneme! ¡Perdónenme todos! ¡Tú también hermana! ¡Mi infeliz hermana! ¡Márchate de aquí! ¡Márchate!
- BAPBAPA: (En voz baja). ¿Y a dónde quieres que vaya?
- DVOIETOCHIE: ¡A mi casa, por ejemplo! ¡Sería formidable!
- (Nadie le escucha. Exhala un gran suspiro y se aleja lentamente hacia la casa de Suslov.)
- MARIA LVOVNA: ¡Venja a mi casa. Varía! ¡Venja usted también!
- BAPBAPA: Sí, iré... más tarde... iré...



(Va hacia la casa, seguida de María Lvovna. Vlas y Sonia se dirigen hacia el bosque. Caleria, visiblemente deprimida y andando a duras penas, entra también en la casa.)

OLGA: ¡Qué escándalo! ¡Y qué inesperado! ¿Tú entiendes algo aquí, Ciril?

DUDAKOV: ¿Yo? ¡Claro que lo entiendo! Estamos todos asqueados unos de otros... ¡Era inevitable! ¡Tenía que suceder! ¡Vlas ha dado en el blanco! ¡Pero tú tienes que volver a casa, Olga!

OLGA: Espera un poco... ¡Es tan interesante! Tal vez pase algo más...

DUDAKOV: Escucha, Olga: esto no está bien... Tienes que volver. ¡Hay un barullo en casa! Volka insultó a la niñera, que se ha enfadado, pero él afirma que le tiró de las orejas. Todo el mundo llora y grita... Hace mucho rato que te lo estoy diciendo: vuelve a casa.

OLGA: ¡No es verdad! ¡No me lo habías dicho!

DUDAKOV: ¡Sí! Estábamos allí y tú me hablabas de Pasov cuando te dije...

OLGA: ¡No me has dicho nada!

DUDAKOV: ¿Pero para qué discutes? Me acuerdo perfectamente, ¡pardiez! Te dije: vuelve a casa...

OLGA: ¡No me has podido decir eso! ¡En ese tono sólo se habla a los niños y a los criados!

DUDAKOV: ¡Olga! ¡Eres tonta!

OLGA: ¿No te da vergüenza, Ciril? ¡Me habías prometido ser más amable!

DUDAKOV: (Alejándose). ¡Cállate! ¡Qué tontería! ¡Pazonas como una mujerzuela!

OLGA: (Siguiéndole). ¿Con que soy tonta, Ciril? ¿Soy una mujerzuela? (Con lágrimas en la voz). ¡Gracias!

(Desaparecen en el bosque. Durante unos momentos le escena permanece vacía. Pasov y Schalimov salen a la terraza.)

SCHALIMOV: ¡Hay que ser un poco filósofo, amigo mío! ¡Es ridículo acalorarse por tonterías!

BASOV: ¡Pero es irritante! ¡Ese chiquillo! ¡Un mocoso! ¿Tú ni siquiera te has enfadado?

SCHALIMOV: Salidas como la de ese... coplero, se leen todos los días en los periódicos. ¿Pero quién las toma en serio?

(Pajan de la terraza a los pinos. Suslov se les une.)

SUSLOV: ¡Sergio Vasilievich! Me vuelto... para presentarte mis excusas. (A Schalimov) y a usted también. Pero no he podido contenerme. Hace mucho que esa mujer me desquicia. A ella y a quienes se le parecen no puedo soportarlos..., es algo orgánico... Odio su cara, su manera de hablar...

BASOV: Te comprendo, viejo. ¡Te comprendo muy bien. ¡Un ser humano ha de ser delicado y tolerante!

SCHALIMOV: (Secamente) Pero usted se ha pasado de la raya... Sí, señor.

BASOV: ¡Vale ya! Yo suscribiría todo lo que ha dicho, ¡palabra de honor! En cuanto a esa buena señora, yo, hablando con franqueza...

SUSLOV: Todas las mujeres son comediantas. ¡Esa es la verdad! Y las mujeres rusas son, sobre todo, actrices dramáticas..., todas quieren hacer papeles de heroínas...

BASOV: Sí, estas mujeres... ¡es difícil convivir con ellas!

(Fárbara y María Lvovna salen a la terraza.)

SCHALIMOV: Somos nosotros quienes creamos esas dificultades. No deberíamos olvidar que las mujeres todavía pertenecen a una raza inferior.

BASOV: (Se nota que no hace más que repetir palabras ajenas) Claro que sí, amigo mío. La mujer está más cerca del animal que nosotros. Para someter a una mujer hay que ejercer sobre ella una especie de despotismo muy firme, pero con un cierto atractivo.

(A la derecha, en el bosque, resuena un disparo. Nadie hace caso.)



- SUSLOV: Sencillamente: que esté encinta lo más a menudo posible. Entonces es cuando se las somete completamente.
- BARBARA: (En voz baja, pero con fuerza). ¡Oué infamia!
- MARIA LVOVNA: ¡Dios mío! ¡Es como una descomposición! ¡Son cadáveres putrefactos... ¡Márchese de aquí, Varia!
- (Suslov se va, tosiendo secamente.)
- BASOV: (Precipitándose hacia su mujer). No, Pedro..., no. Te has pasado de la raya... exageras.
- BARBARA: (A Schalimov). ¿Y usted? ¡Usted!
- SCHALIMOV: (Quitándose el sombrero). Sí, yo.. ¿Y qué?
- MARIA LVOVNA: ¡Vámonos pronto, Varia! ¡Vámonos de aquí!
- (Sale llevándose a Bárbara. Pasov las ve marchar desconcertado.)
- BASOV: ¡Diablos!... Nos han oído....
- SCHALIMOV: (Con una sonrisa irónica). ¡Oué lamentable amigo eres! ¿Th, viejo?
- BASOV: (Contrariado e inquieto). ¿Oué le ha picado... a ese imbécil? ¡A esa monstruo bilioso! Cosas así no se pueden decir en voz alta. ¡Diablos!
- SCHALIMOV: (Secamente). Me irá mañana. Aquí hace frío y un poco de humedad. Vuelvo a casa.
- BASOV: (Con desaliento). Y allá estará mi hermana dando gritos! ¡No hay manera de escapar!
- (Salen. Pausa. Pustobayka y Kropilkine, salen por detrás de la casa de Pasov. Van bien abrigados y llevan estacas y silbatos. Se oye tocar el piano en la casa de Suslov, y después llegan las voces de Julia Filipovna y Zaryslov, cantando a dúo.)
- PUSTOBAYKA: Tú da la vuelta a ese cercado y yo iré por esta parte. Luego... nos encontraremos en la cocina y beberemos té con Estefanía.
- KROPILKINE: Hemos salido muy temprano..., todavía no hay nadie durmiendo.
- PUSTOBAYKA: Hay que hacer como si se vigilara. Anda..., empieza por allí.
- KROPILKINE: (Poniéndose en marcha hacia la izquierda). Adelante... ¡Oh, Dios!
- PUSTOBAYKA: ¡Cuántas porquerías, diablos! Estos veraneantes parecen excursionistas...; llegan, lo ensucian todo y se van. Y uno no tiene otra cosa que hacer que limpiar y barrer...
- (Colérico, da golpes con la estaca y silba fuertemente. Sale Pustobayka. Aparece Galería y se sienta bajo los pinos. Triste y pensativa, escucha el canto moviendo la cabeza y canturrea ella misma... Por la derecha, en el bosque, resuena la voz de Pustobayka.)
- PUSTOBAYKA: (En voz alta, visiblemente alarmado). ¿Qué es esto? ¿Quién es usted? ¡Oué historia! (Galería escucha inquieta. Entra Pustobayka sosteniendo a Piúmin). ¿Es a la casa del señor Pasov a donde tengo que llevarlo?
- PIUMIN: Un doctor..., por favor....
- CALERIA: ¿Es usted, Pablo Sergueievich? ¿Oué le pasa? ¿Oué ha sucedido?
- PUSTOBAYKA: Andaba por aquella parte... y llega... arrastrándose... dice que está herido....
- CALERIA: ¿Usted herido? ¡Sereio, llama a María Lvovna! ¡Pronto, un médico!
- BASOV: (Llega corriendo) ¿Oué pasa?
- PIUMIN: Perdóneme...
- CALERIA: ¿Quién le ha herido?
- PUSTOBAYKA: (Gruñendo). ¿Quién quiere que sea? El mismo. Mire su pistola.
- (Saca una pistola de su bolsillo y la mira tranquilamente).



- CALERIA: ¿Le duele a usted mucho?
- PIUMIN: ¡Siento vergüenza..., mucha vergüenza!
- SCHAMILOV: ¡Quizá no sea muy grave!
- RIUMIN: Llénenme de aquí... No quiero que ella me vea... ¡Llévenme!
- CALERIA: (A Schalimov.) ¡Varos! ¡Pronto!... ¡Pida ayuda!
- (Schalimov va hacia la casa de Suslov. Se oye ruido de voces y de pasos precipitados. Entran María Lvovna, Sonia y Vlas.)
- MARIA LVOVNA: ¿Usted? ¡Oh!... Ayúdame, Sonia. Quítale la chaqueta. Despacio, no te aturdas...
- BARBARA: ¡Pablo Sergueievich...!
- PIUMIN: Perdóneme. Me debido apuntar mejor. Pero cuando se tiene un corazón pequeño que golpea muy fuerte... es difícil tocarle...
- BARBARA: ¿Por qué? ¿Por qué?
- CALERIA: (En un grito histérico, a Piumin). ¡Qué cruel es esto! (Dominándose.) ¡Pero qué es lo que dijo! Perdona.
- VLAS: (A Caleria.) No se atormente más... Váyase, amiga mía.
- (Se va hacia los pinos. Llegan corriendo Suslov, Dvoietochie, en mangas de camisa, con un abrigo por la espalda y sin sombrero. Después Zamyslov, Julia Filipovna, Dudakov, descompuesto y colérico, y Olga, tibia y azorada.)
- MARIA LVOVNA: ¡Ajá! Aquí está la herida. Creo que no será nada.
- PIUMIN: Vienen... Bárbara Mijailovna, deme su mano.
- BARBARA: ¿Por qué lo ha hecho?
- PIUMIN: La quiero... ¡No puedo vivir sin usted!
- VLAS: (Entre dientes). ¡Qué el diablo te lleve... con tu amor!
- CALERIA: (Murmura claramente). ¿Cómo se atreve? No se remata a los moribundos.
- MARIA LVOVNA: (A Bárbara) Será mejor que se vaya. Y usted, señor, no se asuste; la herida no es grave y aquí tenemos al doctor.
- DUDAKOV: Bien, ¿qué pasa? ¿Una herida? ¿En el hombro? ¡Menuda idea la de apuntar al hombro! Hay que apuntar en el lado izquierdo... o en el cráneo... si va en serio.
- MARIA LVOVNA: Vamos, doctor, ¿qué está diciendo?
- DUDAKOV: ¿Eh? A, sí... perdón. ¿Lo han vendado? Entonces hay que llevárselo.
- BASOV: A casa..., ¿verdad, María?
- RIUMIN: No hace falta que me lleven. Puedo andar.
- DUDAKOV: ¿Puede? Estupendo.
- PIUMIN: (Anda tambaleándose, sostenido por Basov y Suslov.) No he sabido vivir... y tampoco he sabido morir... Soy un tipo lastimoso...
- (Le llevan al interior de la casa.)
- JULIA FILIPOVNA: Tiene razón.
- ZAMYSLOV: (Melancólico). ¡Qué vodevil más triste!
- PUSTOBAYKA: (A Dvoietochie). Fui yo quien traje al señor.
- DVOIETOCHE: ¡Ah, sí? Muy bien.
- PUSTOBAYKA: ¿Quién me va a dar una propina por el trabajo?
- dvoietochie; (Con reproche). ¡Eres un tipo divertido!
- (Le da una moneda.)
- PUSTOBAYKA: Muchas gracias.



- CALFPIA: (A Bárbara) ¿Morirá? Yo tendría que haber hecho eso...  
¿Verdad, Varia?
- BARBAPA: Cállate... ¡Basta! (Grita histéricamente.) ¡Oh! ¡Que repugnantes somos! ¿Por qué?
- SCHALIMOV: (A María Lvovna). ¿Es peligrosa la herida?
- MARIA LVOVNA: No...
- SCHALIMOV: ¡Hum!... ¡Un desagradable incidente!... Bárbara Vijailovna...
- BAPPARA: (Estremeciéndose) ¿Qué quiere de mí?
- SCHALIMOV: Hace un rato oyó usted unas palabras....  
(Entran en escena Pasov, Suslov y Dudakov).
- PASOV: ¡Ya está acostado!
- BARBARA: (A Schalimov). ¡Déjeme! No le creo... ¡No quiero explicaciones! Los odio a todos con un odio sin límites. Son todos unos miserables, unos pobres paleles...
- VLAS: Espera, hermana; les hablaré yo... Yo lo sé: ¡están disfrazados! Y mientras viva seguiré arrancando los oropes bajo los que ocultan sus mentiras..., su vulgaridad..., la pobreza de sus sentimientos ... y la corrupción de sus ideas!  
(Schalimov se aparta, encogiéndose de hombros.)
- MARIA LVOVNA: ¡Basta! ¡Es inútil!
- BARBARA: ¡No! ¡Oué escuchen todos! ¡Me pagado bastante caro el derecho de decirles la verdad! ¡Han mutilado mi alma y me han envenenado la vida! ¿Acaso soy la misma de antes?... No creo en nada... Ya no tengo fuerza... ¡No tengo nada que hacer en la vida! ¡Yo no era así...!
- JULIA FILIPOVNA: (Con tristeza). ¡Yo tampoco! Podría decir lo mismo...
- OLGA: (A su marido). Mira a Bárbara... ¡Fíjate en su cara! ¿Ves que mala es?  
(Dudakov rechaza a su mujer con un gesto.)
- BASOV: ¡Basta, Varia! ¡Vamos a ver! ¿Qué ocurre? Por culpa de ese Riumin..., que es un tonto..., no hay por qué...
- BARBAPA: Vete, Sergio.
- BASOV: Amiga mía...
- BARBARA: Nunca he sido tu amiga..., ni tú el mío. Sólo éramos marido y mujer. Y ahora somos dos extraños. Me marcho.
- BASOV: ¿A dónde? ¡No te da vergüenza, Varia! ¡Delante de nuestros amigos!  
(Suslov permanece inmóvil al fonde del escenario.)
- BARBAPA: Aquí no hay amigos.
- MARIA LVOVNA: Vámonos, Varia.
- JULIA FILIPOVNA: ¡Déjela en paz! ¡Oué hable!
- DVOIFTOCHIE: (Tristemente). ¡Ah, amigos, qué tristeza me dan!
- CALERIA: (A María Lvovna.) ¿Qué significa todo esto?
- MARIA LVOVNA: ¡Tranquilícese! Ayúdeme a llevarla.
- BARBAPA: ¡Si, me iré! Lejos de aquí donde todo se pudre y se descompone. Lejos de todos esos ociosos. ¡Quiero vivir! ¡Y viviré...! ¡Trabajaré...! ¡Contra ustedes! ¡Contra ustedes! (Les mira y grita desesperada:) ¡Ah, malditos seáis!
- VLAS: Vamos, hermana. Ya es suficiente.  
(Le toma por el brazo y se la lleva.)
- BASOV: (A Schalimov). ¡Ayúdeme a acabar con todo esto!
- SCHALIMOV: (Friamente, con una sonrisita). Dale agua fría... ¿Qué otra cosa quieres hacer?
- JULIA FILIPOVNA: (Acercándose a Varia). ¡Ah, si yo pudiera irme también!
- BASOV: Varia... ¿A dónde vas a ir? ¡María Lvovna, esto no está bien! ¡Usted que es médico, debería tranquilizarla!



LVOVNA:

¡Déjeme en paz!

ETOCHE:

(A Basov). ¡Usted..., usted es un malhechor inocente!

(Se va hacia el bosque, en pos de Bárbara y Vlas.)

ERIA:

(Sollozando). ¡Y yo! ¿Qué va a ser de mí? ¿A dónde voy a ir?

NIA:

Venga a casa..., venga.

(Se lleva a Caleria.)

JULIA FILIPOVNA:

(Con una falsa tranquilidad). Y... ¡Pedro Ivanovich...! ¡Vamos a continuar nuestra vida!

(Suskov enseña los dientes, sin decir nada. Salen.)

BASOV:

¿Que es esto? ¿Se han vuelto todos locos? ¿Por ese idiota de Píumin? ¿Por sus entúpidos nervios! ¿No dices nada, Jacob? ¿Por qué te ríes? ¿Crees que esto no es muy serio? ¿Si lo hubiera previsto! ¡Zas, y todo al suelo! ¿Qué se puede hacer ahora?

SCHALIMOV:

¡Tranquilizarte, amigo mío! Es sólo retórica con un fondo de histeria y nada más, créeme.

(Coge del brazo a Basov y lo lleva hacia la casa.

Sale Dudakov, con las manos a la espalda, y va sin prisa hacia la izquierda. Su mujer, muda e inmóvil, le espera bajo los árboles.)

BASOV:

¡Ah..., que se los lleve el diablo!

SCHALIMOV:

(Con una sonrisa irónica). Tranquilízate... Mira... Ahí tienes a los Suslov que se disponen a continuar su vida... Vamos a hacer nosotros lo mismo, con mucha tranquilidad...

OLGA:

Ciril... ¿se morirá?

DUDAKOV:

No..., ven. Nadie se morirá.

(Se pierden en el bosque.)

SCHALIMOV:

Todo esto, amigo mío, carece de importancia..., tanto las personas como los acontecimientos... ¡Ponme un poco de vino! Todo esto es insignificante, amigo mío...

(Bebe. Llegan, largos y apagados, los silbidos de los serenos en el bosque.)

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

FIN

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
DEPARTAMENTO DE DRAMA  
27 de octubre de 1982

brr